



Docentes

Fantásticos

Antología de cuentos fantásticos de
los docentes de la Ciudad



Ministerio de Educación



Buenos Aires Ciudad

Docentes

Fantásticos

**Antología de cuentos fantásticos de
los docentes de la Ciudad**

ISBN: 978-987-549-546-3
© Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
Ministerio de Educación
Dirección General de Planeamiento Educativo
Recursos Pedagógicos
Av. Paseo Colón 275 - 14º piso
C1063ACC-Buenos Aires
Tel.: 4340-8020
Correo electrónico: recursospedagogicos@bue.edu.ar

Docentes fantásticos : antología de cuentos fantásticos / Andrea Altamore ... [et.al.] ;
dirigido por María de las Mercedes Miguel. - 1a ed. - Buenos Aires : Ministerio de
Educación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2013.
240 p. : il. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-549-546-3

1. Antología Literaria Argentina. I. Altamore, Andrea II. Miguel, María de las Mer-
cedes, dir.
CDD A860

Ministerio de Educación - Ciudad de Buenos Aires

Colección Mi primer libro: Elaboración y coordinación a cargo de la Dirección
General de Planeamiento Educativo del Ministerio de Educación - GCBA

Recursos Pedagógicos

Coordinadora Gimena Fernández Schmid

Asesoras Pedagógicas: Nancy Blanco, Claudia Gómez, Julieta Aicardi y Yamila Lucero

Diseñadora: Silvana Carretero

Ilustradora: Claudia Mendoza

Programa Escuelas Lectoras

Coordinador Diego Carballar

Asesores literarios: Beatriz Ortiz y Soledad Kushidonchi

Jefe de Gobierno

Mauricio Macri

Ministro de Educación

Esteban Bullrich

Subsecretario de Gestión Económico Financiera y Administración de Recursos

Carlos Regazzoni

Subsecretaria de Gestión Educativa y Coordinación Pedagógica

Ana María Ravaglia

Subsecretario de Políticas Educativas y Carrera Docente

Alejandro Finocchiaro

Subsecretaria de Equidad Educativa

Soledada Acuña

Director General de Educación de Gestión Estatal

Maximiliano Gulmanelli

Directora General de Planeamiento Educativo

María de las Mercedes Miguel





Prólogo del Ministro de Educación



Es un orgullo para mí compartir este libro fantástico, realizado por los docentes, representantes y partícipes de la palabra escrita y oral, permitiéndose un lugar de autores que nos enriquece a través de la literatura.

Con **Docentes Fantásticos** quisimos abrir un espacio de reunión para las historias, en donde la imaginación desafía y revela las fronteras de lo real para interrogarlas; expandir los límites del mundo y sorprendernos.

Gracias al Proyecto *Mi Primer Libro*, los docentes se apropiaron de ese mundo y lo hicieron escritura en esta antología de relatos.

Agradezco a todos ellos y a las instituciones participantes que apuestan, una vez más, a la literatura como herramienta de crecimiento en nuestra comunidad educativa y que permiten con el trabajo y su entrega ser puente entre el sueño y la palabra, que alimentan tantas aulas, tantos niños y tantos momentos.

¡Felicitaciones a todos los docentes escritores!



Lic. Esteban Bullrich
Ministro de Educación



Prólogo

Mercedes Miguel



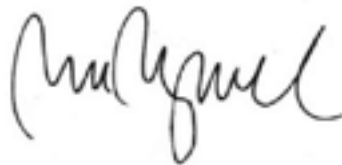
Cuando fui a la escuela N°13 D.E.5, *Fray Mamerto Esquiú*, a entregar en un acto el libro de **Mi Primer Libro**, la directora de esa escuela, Rosalía, me dijo que sería muy lindo que los docentes también tuvieran sus libros; le respondí que me parecía una muy linda idea, y que lo íbamos a realizar.

Por tanto, es una enorme felicidad ver crecer la colección de **Mi Primer Libro** y sobre todo, tener como escritores a quienes son autores diarios del maravilloso relato pedagógico que sucede dentro de las escuelas y dentro de las aulas.

Felicito y agradezco a cada uno de los docentes que se animaron a la hoja en blanco, que dejaron volar su imaginación y jugaron con la palabra para dar vida a sus cuentos fantásticos.

Valoramos su ejercicio de creatividad, competencia y habilidad que nos hemos propuesto a desarrollar en los alumnos, y qué mejor puente que un libro para acercarnos allí.

¡Gracias por animarse, vamos por más!



Mercedes Miguel
Directora General de Planeamiento Educativo
Ministerio de Educación



Índice

I La pavorosa sombra fugitiva *(Cuentos de seres sobrenaturales)*

El duende matemático - Autora: Andrea Altomare.....	15
Soledad - Autora: Adriana De Angeli.....	17
Aquella noche en la isla - Autora: Susana Orden.....	19
¿Será un sueño? - Autora: Mónica Proverbio.....	22
Identidad - Autora: Liliana La Greca.....	24
Cuando todo oscurece - Autor: Juan Larrosa.....	27
Vacaciones fantasmáticas - Autora: Verónica Rodríguez.....	31
El error - Autora: Laura Sanchez.....	34
El viejo Coria - Autor: Juan Tóffalo.....	35
Triste destino - Autora: Claudia Altobelli.....	38
Son amores - Autora: María Lancuba.....	38
Negro azabache - Autora: Paula Malagrabá.....	41
Mi compañera de cuarto - Autor: Oscar Moyano.....	44
La terraza vecina - Autora: María Sandoval Moreno.....	47
Ver más allá - Autora: Mirta Rivarola.....	49
La dueña de la casa - Autora: Noemí Tejerina.....	52
El encuentro - Autora: María Perino.....	54

II Huyó lo que era firme *(Cambios en el tiempo y el espacio)*

Un sueño inesperado - Autora: María Martínez.....	59
Entre ángeles - Autora: Graciela Nuñez.....	61
Tan oscuro como callado - Autor: Pablo Díaz Carro.....	64
Fingir la realidad - Autora: Daniela Fraga.....	67
La silla de la cabecera - Autora: Karina Gorenstein.....	70
Izmir café - Autor: Diego Cutuli.....	72
Un movimiento visitante - Autora: Gabriela Shverdfinger.....	74
El reflejo - Autora: Olga Salerno.....	77
Nada que hacer - Autora: Mónica Inwentarz.....	78
La vejez - Autora: Lucía Ruderman.....	79
Piedra libre a la palabra - Autor: Emanuel Bianchi.....	83

III Flores lucientes del jardín del cielo *(Lo maravilloso)*

De gotas y flores - Autora: Carmen Cerminara.....	89
Ariel y el helicóptero invisible - Autora: Patricia Ortega.....	92
El país mágico - Autora: Marcela Delgado.....	94





La novia de papá - Autora: Natalia Laudizio.....	97
El pedido - Autora: Laura Fernández.....	99
La bañera, la sirena y el dragón - Autor: Jorge Miramontes.....	101
El armario de la abuela - Autora: Silvia Kreutzer.....	104
Un viaje soñado - Autora: Sandra Tomé.....	107
¡Allá vamos! - Autora: Laura Palmiotti.....	109
El día en que descubrí al duende Campanita - Autora: Liliana Rohr.....	113
Atrapado en un mundo irreal - Autora: Roxana Jorge.....	115
Lluvia - Autora: Amanda Candelario.....	116
Rebelión en la profundidad - Autora: Carla Militello.....	119
Cocheras, una buena inversión - Autora: Mónica Mercado.....	121
¡Abran los cuadernos! - Autora: Marcela López.....	123
El árbol de los sueños - Autora: María Geller.....	125
Tiza rayuela - Autora: Silvana Sosa.....	128
Matrimonio arreglado - Autora: Cecilia Torres.....	132
El rey tacaño - Autora: Tamara Fejgelis.....	135
El portal mágico - Autora: Patricia Mourriño.....	137
Sabor a ti - Autora: Carmen Vilches.....	140
Falucho en La Siberia - Autora: Lucinda González Loizaga.....	143
Los pequeños hombrecitos honestos - Autora: Vanesa Sierra.....	146
La mancha - Autora: Gabriela Rodríguez.....	147
Cuentos tradicionales con finales distintos	149
Autora: Claudia Bonamino	

IV Sílabas las estrellas compongan *(Cuentos de ciencia ficción)*

Kabín, su vida y el videojuego - Autora: Romina Guillan.....	152
Avecmoi Feliz - Autora: Liliana Spaltro.....	155
El milagro - Autor: Gerónimo Austral.....	157
Piratas - Autora: Claudia Mari.....	159
La llorona - Autor: Valentín Casaravilla.....	161
Candy - Autora: Patricia Kieffer.....	164
La asesina - Autora: Marisa Barnatán.....	167
Maldiciones - Autora: Adriana Fava.....	171
El regalo - Autora: Norma Lascuraiñ.....	173
Yo soy vos - Autor: Adrián Trasmonte.....	176
La visita de Goyo - Autor: José Frías.....	178
El salón de los esqueletos - Autora: Jimena Barcos.....	182
La selva del sueño - Autora: Lucila Alarcón Iriarte.....	184





Extraño romance - Autora: Ana Sepe.....	186
Victoria - Autora: Claudia Antinori.....	188

V Mudando de semblante (*Transformaciones*)

El misterio de la Fuente de las Nereidas - Autora: Sandra Lione.....	192
Al filo de la muerte - Autora: Patricia Leira.....	195
La grieta - Autora: Ana Lenardi.....	197
Ciudad de guillotinas - Autora: Marcela Deidda.....	200
El guardián - Autora: María Taboada.....	201
No me olvides - Autora: María Piacentino.....	202
Lo que mata es la humedad - Autora: Alicia Vieytes.....	204
Visita nocturna - Autora: María Astigueta.....	206
Intentó levantarse - Autora: Andrea Andreoli	209
9 de Julio - Autora: Julieta Leiro.....	211
Yo conmigo - Autora: María Gaozza.....	213
Alergía - Autora: Mónica Echenique.....	214
Con olas y espuma - Autora: Verónica Rius.....	215
En la vereda - Autora: Ana Casale.....	216
La foto - Autora: Marcela Roja Baez.....	218
Un cuento que nace de las alas - Autora: María Vera.....	221
Soñar con aventuras - Autora: Gabriela Palopoli.....	224
La isla - Autora: Paula Zanola Alarcón.....	226
Pétalos de sangre - Autora: Nora Rosenbolt.....	228
El emperador de las aves - Autora: Alicia Schoenfeld.....	231
Epílogo.....	233
Marco teórico.....	237
Agradecimientos.....	241





I

La pavorosa sombra fugitiva *(Cuentos de seres sobrenaturales)*

*¿Qué basilisco entre las flores vistes
que de su engaño a la razón advierte?*

Félix Lope de Vega y Carpio

*¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?
Con poco espanto lo admiro,
con mucha duda lo creo.*



Pedro Calderón de la Barca



El duende matemático



Juan no era bueno en matemática y siempre fallaba en las evaluaciones.

Aún, desde pequeño le había costado reconocer los números y ni qué hablar cuando llegó el momento de las operaciones de sumar y restar. Veía cómo sus compañeros participaban en la clase o pasaban al pizarrón para resolver cuentas y situaciones problemáticas.

Situación problemática es la mía, se decía Juan, mientras una voz le repetía: “pensá Juan, pensá”. La maestra ya le había advertido que iba a tener que asistir a la escuela de verano y rendir examen de matemática en febrero del año siguiente. Si no cumplía con los objetivos, repetiría de grado. Así fue como matemática se convirtió en una amenaza: adiós vacaciones, adiós regalos de Navidad, adiós, adiós y adiós.

Y una noche estando en su cuarto, cuando casi estaba por resignarse, una voz le dijo: “no pasarás por eso”. Luego, se durmió. Al día siguiente, durante el Taller de Matemática, la maestra preguntó quién quería pasar al frente a completar la tabla pitagórica. Siempre que alguien tenía que trabajar en el pizarrón, Juan se hacía chiquitito, sólo que en esa ocasión, su mano se levantó y una voz que no pudo reconocer como suya, gritó: “Yo, señor, yo.”

—¿Estás seguro, Juan?, preguntó, asombrada, la maestra. Pero Juan ya había sido llevado al frente. Y sin más palabras, la tiza en su mano comenzó a completar, sin errores, la tabla. Su cuerpo flotaba y una fuerza exterior manejaba su mano.

—Muy bien, ¡excelente!, la maestra festejó su hazaña. Juan la miraba desde su pupitre.

Durante toda la semana siguiente, la inminencia de la evaluación de matemática del último trimestre fue un fantasma que lo perseguía. La noche anterior al examen, cuando apoyó la cabeza sobre la almohada, escuchó: “todo depende de cómo lo mires” y cayó en un sueño profundo.

A la mañana ni siquiera quiso desayunar, tenía mucho apuro en llegar a la escuela. En un abrir y cerrar de ojos, estuvo en el aula con el examen frente a él. Al verlo, se dio cuenta que ya estaba hecho. Inmediatamente lo tomó y se lo entregó a la maestra cuando aún ninguno de sus compañeros había terminado.

—Pero... ¡Qué maravilla, Juan! ¡No puedo creerlo! —le dijo la señora y agregó.

—Está perfecto, tenés un... ¡Sobresaliente!

En un tiempo que le pareció un segundo, Juan entró a su casa.

—Hola hijo —lo saludó su mamá—. Y antes que él le respondiera, le escuchó decir:

—Fui a cambiar las sábanas de tu cama y encontré un muñeco horrible debajo de tu almohada. Era de color verde, con un sombrero que dejaba ver unas orejas grandes y en punta, con una sonrisa entre pícara y burlona que le ocupaba casi toda la cara. Me dio tanta impresión que lo tiré.

Juan corrió hasta el cesto de los residuos a buscar el muñeco del que su mamá le hablaba. Mientras revolvía, pensó: mejor que lo encuentre, sino chau matemática...



Autora

Andrea Silvia Altomare



Soledad



Aquella mañana, Soledad despertó con la fuerte convicción de cambiar su vida de manera drástica.

La deprimente realidad que la acosaba, llenaba de angustia cada uno de sus días y sus noches, por eso, en un acto desesperado y luego de atravesar la oscuridad del llanto, parecía descubrir un nuevo amanecer.

Dispuesta a poner en práctica ese necesario cambio en su vida, se levantó de la cama dando un salto, dispuesta a encarar la realidad con diferente predisposición.

Abrió su armario decidida a engalanarse con lo mejor de su guardarropa. Seleccionó las prendas, las colocó sobre la cama pero al intentar vestirse, comenzó a percatarse de que la ropa le resultaba ajena. Desconocía su cuerpo y su imagen en el espejo...

Resolvió restar importancia a la situación y continuó con la rutina impuesta, intentando ponerle color a su día.

Se estiró hasta el más caro de sus perfumes..., y le pareció divertido no necesitar del banquito de siempre para llegar hasta él. Por el contrario, se sintió liviana y percibió que sus miembros se estiraban sin dificultad hasta donde ella lo deseara.

Abrió el frasco y las gotas se deslizaron hasta el piso, manchando la alfombra..., sin entender por qué su cuerpo no conseguía retener el preciado y perfumado líquido.

No sentía apetito y por lo tanto decidió no desayunar, pensó que no le vendría mal bajar unos kilos.

Comenzó a preocuparla un creciente rumor de voces que le llegaban desde afuera de su departamento. Eran voces familiares y queridas. Por eso, justamente, el tono desesperado y lloroso de las mismas comenzó a quebrarla.

Se dirigió apurada e intrigada al comedor. Quería saber qué había pasado. Bajó las escaleras como si se deslizara, como si no tuviera pies...

La puerta del comedor estaba abierta, y el llanto conmovedor de su madre la desgarró internamente.

Quería calmarla, pero no le salía la voz. Quería entender lo que ocurría, pero no descifraba las palabras.

De pronto, la verdad cayó sobre ella como un alud de nieve que arrasa con todo lo que encuentra a su paso.

Ella no estaba allí. Aún permanecía acostada en su cuarto..., su madre y su familia, lloraban la trágica decisión que Soledad había tomado la noche anterior al quitarse la vida.



Autora

Adriana María de Lourdes De Angeli



Aquella noche en la isla



Desde muy pequeño, leía con voracidad libros de cuentos fantásticos y tenía una hermosa colección de ellos. A veces, mis compañeritos se burlaban de mi afición, que ellos no llegaban a comprender del todo.

Una tarde decidí, siendo adulto, perseguir a mi niño interior y realicé un viaje a una isla misteriosa.

Luego de cuatro horas de navegación llegué a ella, dándome cuenta, al bajar del barco, que no era ése un sitio cualquiera, y que mi mundo interno se sentiría muy regocijado allí. Al comenzar a caminar hacia el camping, comencé a sentir la sensación peculiar de que miles de pequeños ojos me observaban entre los árboles. Acampé en un bellissimo lugar, en medio de la naturaleza.

Luego de un rato empecé a escuchar los sonidos de la selva. Sonidos y silencio, sonidos y misterio de un verde enramado. Sobre mi cabeza, un rayo travieso de luz se filtraba en el follaje cerrado. Mirándolo me adormecí acunado por la selva. Habrían pasado unas dos horas, cuando me desperté, entumecido por el frío y la oscuridad, porque allí cortan la luz por la noche —¡Qué ocurrencia! —pensé contrariado.

Estaba tratando de conciliar el sueño nuevamente, cuando empecé a escuchar un ruido muy extraño que provenía de la oscuridad, allí, donde debería estar la selva.

Tomé mi linterna y comencé a caminar tras el ruido de hojas pisadas, en forma tenue.

—¿Sería un animalito nocturno? —me pregunté.

A medida que me acercaba, el sonido se iba convirtiendo en un lamento apagado. Yo seguía y seguía a mi presa y comprobé, que en el cielo, había una hermosa luna llena, Las ramas se apartaban al paso de lo que yo perseguía y pude observar el río, al pasar por un mirador en la selva. De pronto, “eso” se detuvo y yo también.

No podía verlo, pero percibía su presencia. Ahí me di cuenta con espanto, que a partir de ese instante, yo no sería el perseguidor, sino la presa y, volviendo

sobre mis pasos, corrí y corrí, pero... ¿Dónde estaba el camping, la luna, el río y lo que me perseguía?

En medio de mi fuga desesperada, encontré una rama atravesada y perdí el equilibrio. Mientras caía y caía reflexioné, para horror mío, que estaba cayendo sobre una tumba que tenía una cruz con un brazo inclinado hacia una abertura ubicada en la parte superior de la misma. Para mi asombro, de ella emanaba una luz dorada que iluminaba la penumbra. Me aferré con desesperación para no caer dentro de ella. A mi lado, una hermosa joven vestida de blanco pasó y se introdujo en la abertura. Un velo suave apenas rozó mi rostro y no pude ver más. Perdí el sentido...

Al día siguiente, dos turistas me encontraron dormido sobre una tumba, me ayudaron a recuperarme y me acompañaron al camping, mientras me preguntaban si conocía el misterio de esas cruces inclinadas, que había desorientado a muchos investigadores de los secretos de la isla.

—No, les respondí...

Volví al cementerio al día siguiente y al otro y al otro, a sacar fotos de la tumba y su cruz. Finalmente retorné a casa donde, en forma frenética, investigué durante días y noches enteras sobre ese cementerio, las cruces, la joven y el embrujo de esa noche en la isla. Sin embargo, durante mucho tiempo no pude saber nada más del tema.

Pero finalmente, cuando revelé una de las fotos de esa tumba, pude percibir una aureola dorada, alrededor de la cruz inclinada y a mi lado se veía, increíblemente desafiante, la figura borrosa de una joven mujer...

No volví a pensar en la misteriosa dama del blanco del cementerio de la isla.

Pero un día luego de diez años, casualmente, en una revista de navegación, leí una historia de un fantasma singular, el de una joven vestida de blanco, que recorre la selva buscando el cuerpo de su amado que nunca fue hallado, luego de que se hundiera el barco en que ambos navegaban. Muchos testimonios extraños avalan la presencia del fantasma, con su traje de seda y su velo al viento que cubre sus rubios cabellos, buscando, entre los visitantes, el rostro de su amado.

Yo volví a la isla preso de su embrujo una última vez, hace poco tiempo. Tengo todavía en mi poder las fotos, y si algún lector curioso quiere verlas, puede visitarme y así conocer el final de la historia. Dejo aquí apuntada mi dirección: "Cementerio de la Isla Encantada. Tercera fila, a la izquierda de la entrada".

Si vienen al anochecer, podrán observar mejor las luces, los efectos especiales y hasta podrán presenciar el movimiento tenue y ondulante de las ramas de los árboles impulsadas por el viento, que van abrazando e inclinando suavemente las cruces nuevas, hasta que adopten la posición “correcta”.



Autora

Susana Angélica Orden



¿Será un sueño?



Una de esas raras noches de melancolía que suelo tener cada tanto, me decidí a salir a dar un pequeño paseo por las oscuras calles de mi ciudad. Al pasar por el antiguo cementerio escuché voces y risas lejanas, me tenté a entrar. Me escondí tras de unos tilos. A lo lejos logré divisar un grupo de niños jugando entre las tumbas. No pude evitarlo y curiosa me acerqué para observarlos más de cerca. Estaban vestidos con esmoquin y galeras, estaban reunidos alrededor de una fogata, cantaban, gritaban y aullaban...

De pronto, todos se agacharon. Yo los miraba desde una distancia considerable, ahora escondida entre unos arbustos. Comenzaron a pelearse entre ellos. Al ver esas escenas, con cuidado, saqué mi celular y grabé todo lo que sucedía.

Uno de los niños se dio cuenta de mi presencia y corrió hacia mí, yo comencé a retroceder atónita, una mordida en mi pantalón me paralizó por un instante, instintivamente le di una patada y logré separarlo de mí. Los aullidos del muchacho, llamaron la atención del resto, quienes acudieron a su auxilio. Ninguno hablaba, sólo le lamían el rostro. Luego todas las miradas se tornaron hacia mí. Yo traté de dialogar con ellos pero ninguno hablaba, solo se comportaban como animales. De pronto una mujer que llevaba una negra piel en el cuello, dio un agudísimo aullido. Tras el cual todos comenzaron a perseguirme en cuatro patas. Yo corrí con todas mis fuerzas hacia la salida del cementerio que aún estaba lejos. Al voltear para ver si me seguían, me di cuenta de que una auténtica manada de lobos me perseguía. No podía creer lo que veía, se habían acabado de transformar en animales, yo no alcanzaba a entender cómo, escapaba a mi lógica. Tal vez la magia sí existía.

Con las pocas fuerzas que me quedaban me trepé a un árbol. En la copa no me podían atrapar. Allí me quedé toda la noche, viendo a los lobos saltar una y otra vez para mordirme y tirarme.

Al alba comencé a quedarme dormida, cuando terminó de salir el sol y ya no escuché movimientos, ni aullidos, me decidí a bajar...

A los pies del árbol estaban varios niños vestidos completamente de negro con sus ropas rasgadas y manchadas por el barro y el pasto. En la boca de uno de ellos, un trozo de mi pantalón.

Sigilosamente me alejé, al pasar junto al enterrador éste me miró con sorna. Clavó su oscura mirada en mis ojos y solo me dijo que nunca olvidara que la curiosidad es muchas veces lo que mata.

Yo regresé a casa, me recosté agotada...

De repente un beso húmedo de mi hijo menor en la mejilla y un abrazo en el cuello de mi hijo mayor, me despertaron. Yo solo sonreí, mientras ellos reclamaban su desayuno.



Autora

Mónica Elena Proverbio



Identidad



Miradas, miradas esquivas, miradas sencillas y buenas, miradas inocentes, miradas despectivas, prejuiciosas, tensas, blandas, cortas, largas, pensativas, desconsoladas. Miradas que te afectan y te rompen en dos en el momento menos esperado.

Fue aquella mirada, la del casi sin querer, la que paralizó mi rumbo despreocupado e incierto.

Caminaba aquella calle bulliciosa, de vaivenes caprichosos, esquivando el loco desenfreno de una multitud ensimismada.

Caminaba porque sí, porque el sol, porque mi tiempo, porque las ganas, porque me ayuda a pensar hacia adelante y eso, precisamente eso necesitaba.

No sé por qué lo hice, ¿casualidad o la mano invisible del destino?

Lo cierto es que de pronto me paré en seco en la puerta de un negocio pequeño, casi insignificante del estilo de los antiguos “Todo por \$2”.

Entré por entrar, desprevenidamente, mirando sin mirar, manoteando alguno de esos objetos tantas veces inservibles que uno suele comprar en esos lugares para no usar nunca.

Llevé unas perchitas de plástico, esas que sirven para colgar cosas pequeñas y siempre se terminan rompiendo. “Veinticuatro pesos”, me dijo el cajero.

“Caro”, pensé mientras miraba la bolsita y llegaba a la puerta.

Y aquella mirada y el desconcierto. ¿Creen si les digo que intentando salir me encontré conmigo?

Siempre le huí al espejo. Nunca fue mi mejor amigo. Solía devolverme una imagen con la que no me llevaba muy bien.

Pero el encuentro me devolvía una imagen distinta, serena, agradable, fresca. Casi una actitud.

Su mirada fija en la mía invitaba a la pregunta.

¿Quién sos? ¿Cómo te llamás? ¿Qué hacés? ¿Cuántos años tenés? ¿Estás casada? ¿Tenés hijos? Preguntas interminables en mi mente confusa.

Y sin embargo un silencio invadió el espacio buscando una reacción.

—¿Raro no? —me dijo. Cuántas veces lo intentaste y tuvo que ser así.

—No entiendo —dije.

—No importa ¿Vamos?

—¿A dónde?

—Deberías saberlo... Por lo pronto salgamos de esta puerta.

Caminamos sin rumbo. Casi una metáfora. No podía dejar de mirarla.

Caminos sinuosos y búsqueda impuesta. Diálogos sutiles sobre temas claves. Silencios consensuados.

Tiempo de encuentros, de encrucijadas y cierres. De disculpas, de comienzos.

Caminos espejados. ¿Realidad o sueño?

Y después de mil encuentros en esencia y alma, y vidrieras de imágenes desdibujadas, apenas perceptibles, comencé a amigarme, a redescubrir a aquella persona que el tiempo, los apuros, las concesiones, la vida misma me habían hecho olvidar.

Poco después desapareciste como llegaste con la huella abrupta de un destino. Simplemente partiste. Casi como un presagio. Casi como un adiós.

Retomar mi mundo fue difícil. Lo cotidiano y lo tangible retornaba en ese día a mi vida chiquitita pero real. Mi familia, mi trabajo, mi día.

Imágenes furtivas. Flashes incomprensibles que despiertan intriga, sudor, incertidumbre.

Cansancio. El día sobre mis hombros. La cama como oasis esperado.

Me acosté esperando el tiempo reparador.

No sé cómo llegué hasta allí, mi propio cuarto como escenario de un mundo paralelo. El comienzo de un día como cualquier otro.

El despertador y aquellas acciones sincronizadas mecánicamente sin registro. Rutina compañera.

Me acerco hasta la puerta del cuarto en dirección al baño y un sudor frío fluye repentinamente por todo mi cuerpo. Mi casa no era mi casa. Era otro lugar, ajeno. Lo recorro agitada... ¿Dónde estaba? Vuelvo al cuarto y observo a mi marido todavía durmiendo boca abajo; busco instintivamente el cuarto de mis hijos, estaban allí, tapados.

La duda explotó en mi cabeza como un grito desesperado. Me acerqué con el temor de lo incierto y la pesadilla se consumó inevitable. Quienes dormían allí, no eran mis hijos.

Había allí otros rostros, rostros ajenos a mi historia, a mi mundo.

¿Pasa algo Anita?... La voz provenía de mi cuarto..., amable, tranquila...
¿Anita? ¿Anita?, resonaba ese nombre una y otra vez en mi cabeza mientras
mis pies me llevaban apesadumbrados hacia el cuarto. Y al llegar allí, otra vez
la pregunta. ¿Pasa algo Anita?

Entendí lo de ayer como una despedida...

Y frente a ese rostro desconocido y mi llanto interior la confirmación de
mi identidad en un nombre, repetido una y mil veces para no morir del todo...
Carla...Carla...Carla.



Autora

Liliana B. La Greca



Cuando todo oscurece



Un sombrío mensaje en forma de susurro, comenzó a expandirse entre los hombres debilitando fuertemente su moral. Corría el rumor que un explorador había llegado en medio de la noche, convertido prácticamente en un espectro. No hubiera sobrevivido, de no haber sido por su fiel y vigoroso potrillo, que arrastró su humanidad convertida en harapos, hacia la puerta de nuestra fortaleza.

Pero la condición del rastreador no era lo que alarmaba a la tropa, sino las versiones que circulaban sobre las palabras que había dicho, justo antes de su inevitable muerte.

Casir, así lo llamaban los hombres de su aldea, había salido hacía ya tres días, comandando un grupo de avanzada con el fin de reconocimiento y patrullaje de la zona. Nada fuera de lo habitual. La simple rutina, que ellos repetían semana tras semana, mientras nosotros permanecíamos resguardados tras los muros inexpugnables de nuestra ciudadela.

Dicha fortificación, había sido construida en el corazón de la montaña y rodeada, en el flanco derecho, por el efímero cabo de Berforst, saliente pedregosa que generaba un oleaje tal, que hacía imposible los intentos de ataque enemigo por la vía marina; y hacia el flanco izquierdo, una inmensa pared de piedra, formando un desfiladero impenetrable, resistente a cualquier tipo de asedio por tiempo ilimitado.

La única entrada, hacia el centro, era una gran puerta, a la que se accedía gracias a un estrecho sendero que comunicaba a continente, ruta fatal para cualquier ejército que lo quisiera atravesar.

Hasta allí, había cabalgado el bravo corcel, cargando sobre su lomo al hombre, testigo del horror. Los que lo socorrieron, dijeron que su aspecto era indescriptible. Al principio, no emitía sonido alguno. De repente, comenzó a balbucear y, entre sollozos y pavor, contó el destino de los que no lo acompañaban más.

En una mañana de niebla, habían perdido el rumbo, alejándose de la ruta que ellos frecuentaban. Vil jugarreta del destino, que los llevó a parar al campamento de nuestro enemigo. Tiendas, y tiendas acampadas, con diferentes

estandartes de los pueblos lejanos y salvajes de sur, y el hedor de aquellos, que espesaba el aire, dificultando la respiración.

Cuando perplejos por aquella sorpresiva imagen, se dispusieron a emplear la retirada, para advertirnos de lo que nos esperaba, unas criaturas se interpusieron en su camino.

Estaban cubiertos por túnicas negras, que les recubrían hasta tapan los pies. Algunos llevaban lanzas, otros espadas, y habían también los que esbozaban hoces recubiertas de una sangre azulada, ahora sí, todas sostenidas por garras en vez de manos.

Ante este desolador paisaje, Casir, arengó a sus hombres, y se arrojaron contra aquellos seres. Pero, se encontraron con una gran sorpresa: cuando su acero, impactaba contra los cuerpos de estas bestias, los traspasaban como si estuviera formados por aire.

Una y otra vez, las estocadas parecían acertar a la nada.

Aprovechándose de esta ventaja, y ante el desconcierto de nuestros compañeros, los nigromantes fueron derrotándolos uno tras otro, hasta que el comandante se encontró totalmente rodeado y sin salida. Fue en ese instante, cuando súbitamente, los atacantes dieron paso a Morgot, un hechicero que había experimentado con las almas de los que ya no estaban, obteniendo resultados más allá de lo conocido.

Lamentablemente, este símbolo del mal, estaba bajo las órdenes de quien amenazaba nuestras murallas, y ésta era solo una pequeña muestra del poder que había adquirido.

Casir, vio cómo sus propios hombres se convertían en las criaturas a las que había estado combatiendo hacía unos pocos minutos, y luego de haber sido mortalmente herido, logró escapar.

“Están a menos de dos días. HUYAN” fue lo último que logró decir.

Estas palabras, eran las que resonaban una y otra vez dentro de los muros del castillo. El temor había invadido las mentes de los soldados, como una iracunda vertiente de magma volcánico, que deja a su paso una estela de desolación y destrucción.

Estábamos preparados para lo peor. Y lo peor, estaba en camino.

Igualmente, hubo a quien le animaron las noticias, y hasta envidió la suerte de los que perecieron en batalla. En definitiva, ellos habían encontrado un final digno de ser recordado, y habían terminado de una vez por todas con el calvario que estábamos viviendo: el de esperar hacía ya ocho

meses a un enemigo que nunca se divisaba en el horizonte. Además, eran solo rumores...

Las provisiones escaseaban, las enfermedades empezaban a escabullirse entre la tropa, y el fervor y la adrenalina con que había llegado nuestro ejército, se transformaba no solo en apatía y desazón, sino en un número de desertores que crecía noche tras noche, y luego de burlar el control de la guardia, se alejaban, llevándose consigo, otro fragmento de la poca esperanza que nos quedaba.

Yo no hacía más que recordar los tiempos de mi adolescencia, en mi ciudad natal, donde los aromas de la primavera, se entremezclaban con el canto de las gaviotas, que sobrevolaban en el puerto, revoloteando alrededor de los mástiles de los barcos, que entre mercancía y mercancía, traían noticias de tierras lejanas llenas de aventuras, solo hechas para los verdaderos hombres, forjados en el arte de la guerra. En ese momento, yo miraba hacia la mar, e inspirando profundamente, me permitía soñar e imaginar cómo sería vivir esas historias, tan alejadas de la vida del hijo de un humilde campesino, en un pequeño poblado olvidado en los confines del mundo.

Qué lejos estaba mi realidad actual, de aquellos ingenuos sueños de chiquilín. Lo que hubiera dado por volver a sentir lo mullido de mi viejo y maltratado catre, o el exquisito sabor de aquel caldo materno, que día y noche ayudaba a engañar al hambre con gusto a tan poco..., lo que hubiera dado por un caldo así.

Hasta que lo que tanto temíamos, se hizo finalmente realidad.

Recuerdo que el viento soplabla con gran violencia, dejando a su paso una estela de frío que calaba hondo en los castigados huesos. Yo había podido encontrar refugio debajo de un portal destinado a los animales de carga. Aproveché la paja que utilizaban los asnos, y sin importarme lo rumiada que pudiera estar, la coloqué recubriendo todo mi cuerpo. Hacía una semana que la inesperada helada había convertido a las noches en un obstáculo difícil de sortear, transformando a las sombras en la única batalla que estábamos enfrentando: la contienda decisiva entre el que abría los ojos y daba cuenta del funcionamiento de sus órganos vitales; y el que no lo conseguía, exponiendo su cuerpo inerte y rígido al recibir el alba.

De repente, mi sueño entrecortado llegó a su fin. Instantáneamente eché mano al mango de la espada, y añorando que lo que mis incrédulos ojos veían fuera una creación de mi imaginación, me levanté, esperando lo peor...

En ese mismo momento, el texto se cerró, y se oyó la voz áspera de la enfermera diciendo: —disculpe señor, ya se terminó el horario de visitas. Entonces el padre, con la mirada “vidriosa”, besó a su hijo en la frente y se prometió, como lo hacía desde aquel fatídico accidente, regresar al día siguiente a leerle aquel libro de relatos fantásticos.

Y pensar que lo había hecho tantas veces, cuando luego de arroparlo, accedía a la petición de ese niño, que con ojos maravillados, le pedía oír nuevamente su historia favorita...



Autor

Juan Ignacio Larrosa



Vacaciones fantasmáticas

A los chicos de la Escuela Patricios que me dieron el título



—Bueno, no discutamos más. ¿Vamos a desenterrar el tesoro o vamos a dejar que un pobre fantasma, que no sabemos si existe o no, nos asuste? —apuró Tatiana.

Facundo sentía asombro y fastidio por lo que estaba oyendo, no podía creer que fueran tan supersticiosos los amigos de su prima. Todo había empezado esa tarde, o mejor dicho, cuando su madre decidió ir de vacaciones a un lugar ignoto llamado Punta Indio o antes aún, cuando sus padres se separaron y se acabaron las vacaciones en Mar de Ajó y tantas otras cosas... Pero esa es otra historia.

Esa mañana cuando se bajó del micro, se indignó al comprobar que Tatiana, un año menor que él y con doce recién cumplidos, le llevaba una cabeza. A la tarde, tampoco pudo creer que llamaran “playa” a esa costa barrosa, llena de mosquitos y con un río marrón y lejísimo, un asco. Pero lo que sí le había gustado fueron los ojos color de mar de una morocha simpática que resultó amiga de su prima: Marcela.

—Bueno, que venga este porteño a la noche. Pero a no decirle a nadie más, ¿eh? —dijo de golpe un flaco alto señalándolo a él.

Recién después de cenar, su prima le contó, mientras caminaban hacia las ruinas del hotel Argentino, que esa noche pensaban desenterrar el tesoro de un pirata.

—¡Al fin llegaron! —los increpó el flaco malhumorado que se llamaba Esteban.

— ¡Empecemos a cavar para hacernos ricos esta noche! Acá están las palas.

— ¡Esperen! —pidió Manuel que recién llegaba, agitado—. No vamos a poder buscar el tesoro, chicos ¡Este lugar está maldito!

—¿Qué? —saltó Tati—. ¿Por qué decís eso?

—Primero escuché al gordo Julio decir que vio un fantasma por acá, por la zona del Argentino el otro día cuando sacaba el trasmallo. Al gordo mucho no le creo, pero entonces por las dudas hoy a la tarde fui a hablar con don Cuneto. El viejo la tiene clara y me lo confirmó: parece que cuando encalló el barco pirata en estas costas, uno de sus tripulantes hizo lo imposible por salvarse y salvar su oro, pero finalmente se ahogó cuando llegó a la orilla.

—¡Guácala!

—Acuérdense que en esa época el hotel todavía ni existía y, sudestada tras sudestada, las monedas que salvó el pirata se fueron enterrando más y más.

Después sobre todo eso se construyó el hotel. Incluso se dice que uno de los albañiles que participó en la construcción encontró un par de monedas.

Como había escuchado la leyenda del pirata no dijo nada y volvió a la noche para desenterrar el tesoro.

—¡Re guácala!, ¡como queremos hacer nosotros!

—La cuestión es que a este albañil, a la mañana siguiente, lo encontraron muerto con una pala en la mano. ¡Y se sabe que fue el fantasma pirata el que lo mató por intentar llevarse su tesoro!

Se hizo un silencio que sólo se atrevió a interrumpir Facundo:

—Los fantasmas no existen, ¿ustedes se creen todas estas pavadas? Son simples historias de campo, como la luz mala.

—Bueno, no discutamos más. ¿Vamos a desenterrar el tesoro o vamos a dejar que un pobre fantasma, que no sabemos si existe o no, nos asuste?—apuró Tatiana.

—Los fantasmas no existen —dijo en un tono más bajo Facundo y, arrancándole de las manos la pala a un petrificado Esteban, se puso a cavar. De a poco comenzaron los otros y Manu fue el más retrasado porque se quedó murmurando algo como que a los fantasmas no hay que molestarlos y cosas así.

Al cabo de tres horas todos empezaron a cansarse, excepto Facundo y Esteban que parecían competir por quién hacía el hoyo más profundo. En eso Facu ve un destello, alumbrando el fondo de su pozo con la linterna del celular y llama a los chicos porque cree ver una moneda de oro.

—¡Lo encontramos! ¡Encontramos el oro! —grita Marcela que llegó primero al pozo de Facu y lo abraza fuerte, pero justo en ese momento se le apaga el celular y comienzan a escucharse unos ruidos extraños, como gemidos.

—¿Sintieron eso? —pregunta Marcela apretando fuerte el brazo de Facundo.

—Sí —contesta Manuel— ¿Ustedes también?

—Yo no escuché nada —dice Facundo con su atención concentrada en el celular que por una extraña razón no quiere volver a encender.

—Yo sí —responde Tatiana abrazada a su amiga que ya empezaba a temblar y en eso vuelven a escuchar una serie más fuerte de quejidos que hacen que Facundo levante la vista de su celular. ¿Escuchaste ahora? ¡Vámonos!

—¿Será el viento? —aventura él mientras ve irse a las chicas.

—El viento no sopla así—le dice por lo bajo Esteban y agrega sin poder evitar las ganas de provocarlo:— ¡Y hoy ni siquiera hay viento, porteño!

Tatiana se detiene un poco, para escuchar qué hablaban los varones y juntar las palas con Manu, cuando la paraliza un alarido que viene de sus espaldas y es de Marcela que, como una poseída, señala hacia un árbol de la derecha:

—¡¡Ahí!! ¡¡¡El fantasma!!! —dice y empieza a correr seguida por los demás a toda velocidad.

Fue tanto el alboroto que armaron al llegar a lo de Tati que salió la madre a retarlos al jardín y sólo comenzaron a tranquilizarse cuando la mujer regresó a la casa.

—Nos olvidamos las palas —comentó de pronto Manu en voz baja.

—Oh, no, ¿quién las va a buscar mañana? —imploró Marce—. ¡Mi papá me mata si se las pierdo!

—¿Y el fantasma? —preguntó Manu.

—¿Qué fantasma? —dijo Facundo— Ahí no había ningún fantasma.

—No te hagas, nene —reaccionó Tati que ya no escuchaba tan seguro a su primo —¿Y si no había ningún fantasma, por qué corríste con nosotros?

—Yo me voy —estalló de pronto Esteban— Mañana en la playa vamos a ver si corrés tan rápido como recién, porteño.

—Bueno, esperen que yo me voy con ustedes —pidió Marcela—. Vení, Tati, que te digo algo.

Las dos chicas se alejaron a cuchichear y entre risas Facundo notó que lo señalaban. Mientras tanto, él sostenía un duelo de miradas con Esteban y Manu parecía que estaba hablando solo.

Cuando todos se fueron, Tatiana lo taladró a preguntas:

—¿En serio crees, Facu, que no había ningún fantasma? ¿Y el aullido que escuchamos? ¿Y la imagen que vio Marce? ¿Y tu batería? Fijate si tu celular enciende ahora.

Entonces volvió a intentar prender su celular y éste funcionó normalmente. Sonó el bip de los mensajes y pudo leer en la pantalla: “Fue lindo saber q tabas ai pa sakrm el mied. Marce ;)”

Mientras sonreía, Facundo pudo imaginar que su prima le había dado su número de celular a Marce, pero todavía le costaba entender qué eran esos gemidos escuchados, justo cuando a él le pareció haber encontrado las monedas. ¿Eran del tesoro del pirata? ¿Marce se sugestionó o realmente había visto un fantasma? ¿Y qué le había pasado a su celular que había dejado de funcionar de manera tan extraña? Había cosas que no estaban claras aún, pero las vacaciones recién empezaban y no estaban tan mal después de todo.



Autora

Veronica Rodriguez



El error



Buena parte de lo ocurrido me desconcierta. Me llaman monstruo pero es un error, un grave error.

Todo podría haber comenzado aquel día en que me iba a venir a visitar mi primo. Me desperté algo tarde, teniendo en cuenta que siempre me despertaba con el cantar del gallo y esa mañana aquel sonido apareció como algo lejano...

Me vestí y baje las escaleras rápido. Allí mismo me dirigí a la cocina a preparar el desayuno que me ayudaría a despertar. Una vez acabado, repase en mi mente los quehaceres del día para que me quedara la tardecita libre para esperar esa visita familiar tan ansiada.

Ya eran las 5 de la tarde cuando decidí darme un baño para quitarme todo el polvo que llevaba encima. Mientras lo hacía noté mi piel algo extraña.

El sol iba cayendo.

Escuché el sonido del timbre que anunciaba que mi invitado ya había llegado.

Bajé las escaleras, y aunque me tomé unos minutos para terminar de arreglar mi ropa, dije en voz muy alta como para que me escuchara:

—ya voy.

Abrí la puerta. En los ojos de mi primo puede ver horror. Caminó hacia atrás y comenzó a correr sin dejar de gritar:

—¡Es un monstruo!

Ahora es de madrugada. Volví a despertar escuchando esa voz que viene de lejos y que no deja de repetir:

—todo fue un error, un grave error.

Estoy aquí desde aquel día y no he vuelto a saber de él. De esto hace ya 400 años.



Autora

Laura Vanesa Sanchez



El viejo Coria



El viento helado del sur atravesaba los aperos gauchos que llevaba puesto.

Bombacha de campo, alpargatas, camisa celeste casi blanca de tanto uso, pullover con algún remiendo y campera con funda de cuero de oveja. Tal vez lo mejor que tenía aquel hombre para vestirse. La ocasión lo ameritaba. Iba hasta el pueblo, como todos los primeros días del mes, a cobrar la pensión de su mujer, la “Titina”, muerta hace varios años.

Cinco y treinta en punto. La helada blanqueaba los pastos y las viejas manos castigadas por el trabajo trataban de encontrar, en lo más profundo de los bolsillos, un tibio calor inexistente en pleno invierno.

A lo lejos se lo veía venir, el ruido y el polvo lo delataban. El viejo colectivo de la empresa “San Andrés” se acercaba una vez más a aquel inhóspito paraje, ubicado al límite del departamento; será por eso que sólo pasaba una vez cada tanto.

El chasquido de los frenos dio paso al de la vieja puerta.

—¡Buenos días, don Coria!

—¡Buen día! ¿Qué tal `pal? ¿Con fresco?

—¡Un poco! —Contestó el chofer con una sonrisa cómplice.

Subió como pudo los tres escalones y de sus bolsillos sacó unos billetes arrugados para pagar el boleto.

Transitó los pasillos del vehículo vacío de gente mientras el chofer lo seguía atentamente por el espejo retrovisor. Se sentó donde lo hacía siempre, quizás ese lugar avivaba el recuerdo de su mujer que ya no estaba. El chofer intentó conversar, pero don Coria parecía ido, así que enseguida desistió.

Poco a poco el transporte se fue llenando. El viejo apenas si saludaba a los nuevos pasajeros, volvía enseguida a mirar el paisaje que ya conocía de memoria. De vez en cuando, el conductor fijaba la vista en él.

Por fin el pueblo. La terminal de ómnibus, vacía como de costumbre, se convirtió en minutos en un bullicio casi placentero para los que trabajan allí. Se abrieron las puertas, que como bocas escupieron la gente hacia afuera. El viejo Coria se perdió en la multitud. El chofer lo buscó con su mirada y allí estaba, a lo lejos, con su paso cansino. Éste se dio media vuelta y cruzaron miradas, el chofer levantó su mano, el viejo hizo lo propio.

El tibio sol estaba en su punto máximo. El micro debía salir nuevamente hacia el paraje.

Las mismas caras, pero con otro semblante, seguramente porque en sus bolsillos traían los pocos pesos del cobro. Casi todas, don Coria brillaba por su ausencia.

El conductor estaba preocupado y no era para menos, el colectivo no volvería hasta la semana próxima y, por lo que él sabía, que no era poco, ya no le quedaban parientes en el pueblo donde poder quedarse.

Media hora de atraso por un desperfecto que nunca existió apenas si cambió el ánimo de los alegres pasajeros. Ya no podía esperar más y decidió partir.

La misma ruta de hace veinte años, las mismas paradas, hasta las mismas despedidas. El último pasajero se bajó. Era hora de regresar, no sin antes pasar por la casita del viejo.

Unos doscientos metros antes pudo divisar el gentío que se agrupaba en la entrada de la casa. Caballos atados en los postes y alguna que otra camioneta estacionada.

Decidió frenar. No comprendía lo que pasaba. Bajó del colectivo y su desconcierto fue mayor cuando vio las caras de los que allí. En el ambiente se respiraba tristeza. Las viejas vestidas de luto lloraban abrazadas.

Se acercó a uno de los presentes que estaba apartado de la multitud y preguntó qué pasaba.

—El viejo Coria se murió. —Fue la respuesta a su pregunta.

—Pero... ¡¿Cómo puede ser?! Si esta mañana lo dejé en el pueblo y no regresó. —¿Será que alguien lo trajo antes?

—No creo, lo encontró doña Ramona Benítez cerca de las seis de la mañana cuando le traía a convidar un pan casero. Capaz lo confundiste con otro.

Él no hizo más ningún comentario, quizás por desconcierto o por miedo a pasar por loco, o ambas.

No podía ser, él lo había visto, lo levantó de la puerta de su casa, intercambiaron palabras y hasta lo vio cuando salía de la terminal de ómnibus del pueblo.

Se dice que mientras vestían al finado para celebrar su mortuorio, encontraron en uno de los bolsillos de su camisa unos cuantos billetes. El monto casi coincidía con lo que cobraba todos los meses por la pensión de su mujer, la diferencia alcanzaba para pagar el boleto del colectivo. El dinero apenas si alcanzó para comprarle un cajón como la gente y darle un entierro digno.

Son las cinco y media en punto. El viejo colectivo de la empresa “San Andrés” se acerca. Frena, abre sus puertas. En su interior un joven conductor asoma la cabeza.

—¡Buenos días señor!

—¡Buenos días! ¿Qué tal ‘pa? ¿Con fresco?

—Un poco.

—¿Usted es el nuevo chofer? Mi nombre es Julián Coria, pero todos me conocen por Don Coria.

Se cierra la puerta. El polvo invade el paisaje.



Autor

Juan Ariel Tóffalo



Triste destino



Muere el sol. Mi vida también va hacia el ocaso.

Un ventanal abierto las separa de mí. Detrás de estas negras rejas las veo pasar. Se ven hermosas, grandes, diferentes, únicas. Son simplemente mías.

Son parte de mí y sin embargo tienen vida propia y absoluta.

Un hilo invisible las une a mí a pesar de la distancia. Juegan, saltan, se divierten. Son felices.

Los momentos no pasan, simplemente las rozan.

Pero, ¿por qué están allí y no tomadas de mi mano? Ya recuerdo.

Hoy se las llevan. Las alejan de mi lado. ¿Por qué? ¿No hice lo que hubiera hecho cualquier madre?

Sólo las defendí de aquel terrible hombre. Del que alguna vez fue su padre. Lo maté. Es verdad.

Pero sólo así, logré darles una nueva vida . Más pura y sana.

¿Quién sabe cuánto tiempo más estaré de este lado del espejo? ¿Cuándo comenzaré a ser sólo una visión sin sustancia?

Mi mirada las sigue con cariño. Hijas, pequeñas, soy mamá. Acá estoy.

Pronto volveremos a unir nuestras manos, nuestros ojos, nuestras vidas.

Acá vienen de la mano de mi madre. Se acercan y me miran a la distancia. ¿Qué pasa? ¿Por qué lloran? ¿Por qué me miran así? ¿No me reconocen? Soy mamá. Acérquense, déjenme darles un beso.

No, no lloren. No se vayan.

Pero, ¿qué hace ese hombre ahí? ¿Acaso no estaba muerto? ¿No había desaparecido para siempre de nuestras vidas? ¿No habían mis manos traído paz para siempre a mis niñas?

De pronto puedo ver mi realidad. Soy yo quien está cruzando el umbral sin retorno absoluto. Una última mala jugada del destino me alejó de ellas para siempre.

Una triste oscuridad comienza a cubrirme. Cae, inapelable, un velo negro como el telón final de una pieza teatral.



Autora

Claudia A. Altobelli



Son amores



Cinthia era una joven muy tranquila y amable. Vivía con sus padres en una pequeña casa junto a un hermoso bosque. Siempre vestía ropas sueltas y usaba su roja y abundante cabellera completamente libre. Parecía una chica feliz aunque sus ojos color avellana la delataban como una muchacha melancólica, solitaria y romántica.

Desde pequeña soñaba que un hermoso y valiente caballero se enamoraba de ella y que escapaban para vivir para siempre juntos sin separarse jamás.

A Cinthia le gustaban los museos. Su espíritu soñador hacía que le gustaran demasiado. Tanto era así, que después del colegio, en lugar de regresar a su casa se refugiaba en uno que quedaba a muy pocas cuadras de donde vivía.

Se pasaba horas y horas, casi siempre hasta el momento de la cena, admirando cada obra con una meticulosidad propia de un crítico de arte.

Al principio, su familia se preocupaba pero con el paso del tiempo, en el hogar se acostumbraron a sus escapadas.

Desde siempre había sentido una mayor atracción hacia las obras que mostraban personas y desde hacía bastante tiempo sentía una fuerza especial por un cuadro que estaba colgado en un solitario y penumbroso pasillo el cual daba a una de las escaleras secundarias del museo.

Allí se encontraba su tela preferida. En ella se levantaba la figura de un muchacho cuya expresión en los ojos era tan triste como la de Cinthia. Sus manos aparecían con las palmas hacia arriba como en una actitud de espera. La muchacha se sentaba en un pequeño banco ubicado frente al cuadro y ahí permanecía extasiada contemplando esos ojos y esas manos que parecían llamarla.

Una noche la muchacha no regresó a su hogar. Su madre y su padre comenzaron a preocuparse. Ante la impaciencia ambos se dirigieron al museo seguros de que estaría allí. Decidieron que no le permitirían volver al lugar y así se terminaría su obsesión.

Luego de explicarle la situación al guardia nocturno los tres comenzaron a buscarla sin suerte. Después de bastante tiempo empezaron a subir por una escalera. Mientras ascendían escucharon unas risitas ahogadas que los llenó

de esperanza. Sin embargo, al llegar a aquel solitario y penumbroso pasillo no vieron a nadie.

En un momento giraron de espaldas y observaron un cuadro donde aparecía un apuesto joven y cuyas manos con las palmas hacia arriba ya no estaban en una actitud de espera. Entre ellas se encontraban las manos de una hermosa muchacha de ojos color avellana con una roja y abundante cabellera.

En los ojos de ambos se veía reflejada una brillante luz de felicidad como si los dos hubieran escapado para vivir para siempre juntos sin separarse jamás.



Autora

María Alejandra Lancuba



Negro azabache



—¿Venís a casa hoy?

— No puedo, voy a lo de mi abuela. Se lo prometí ayer, me da pena decirle que no voy ahora. Seguro que ya preparó algo para almorzar y todo.

—¡Qué pena! Quería presentarte a Zeus.

—¿A quién?

—A Zeus, el nuevo integrante de la familia. ¿Te acordás del cachorrito que había elegido mamá?

—¿Ya lo tenés? Arreglemos para mañana, entonces.

Tengo ganas de conocerlo...

Juan es mi mejor amigo. Generalmente, a la salida del colegio, paso un rato por su casa. La mamá de Juan no trabaja y suele prepararnos algo rico. No hace falta que me insista mucho para que me quede a comer con ellos.

En casa no hay nadie, estoy sola. Es que mis padres llegan tarde del trabajo y entre almorzar sola y almorzar con Juan, no tengo mucho que pensar.

Pero ese día fue distinto. La abuela me había llamado para invitarme a su casa y me había comprometido con ella. Papá siempre dice que lo más importante que una persona tiene es la palabra, y yo ya le había dado la mía.

Me esperaba con unos ñoquis caseros de zapallo espectaculares. Nada de una salsa así no más... ¡No! Había hecho una salsa rosa increíble. Y, para seguir con la dieta, de postre, arroz con leche con dulce de leche. Una delicia. Me gusta almorzar con ella en la semana. No es que no la vea seguido, pero cuando voy a su casa después del colegio, conversamos sin mis padres, entonces puedo contarle mis secretos. Y me escucha, me aconseja, discute mis puntos de vista como si yo fuera adulta. Además, claro, para qué negarlo, mi abuela cocina muy rico... Hemos tenido charlas sobre “novios de mi infancia”, “las mejores películas que vi”, “los lugares por los que tenés que viajar cuando crezcas”, “por qué no es bueno copiarse en las pruebas” y mil temas interesantes más. Ese día, nuestro tema de conversación fue “Juan”.

—En el cole nos molestan y dicen que somos novios.

—¿Y no lo son?, me decía la abuela sirviéndome un segundo plato de ñoquis humeantes a los que les agregaba queso rallado en abundancia.

—¡Para nada! Bah... (Hice una pausa para tomar el plato que me alcanzaba), nunca me lo propuso pero...

—Pero... Cuando hay un pero...

—Pero si me lo propusiera me sentiría contenta. Y mastiqué tres ñoquis juntos para no hablar más.

Abu, me explicó que quizás era chica para tener novio pero que en séptimo grado, ya era normal sentir lo que siento. Me dijo que Juan le parecía un buen chico y que, quién sabe, más adelante, a lo mejor, podía ser algo más que mi mejor amigo.

Cuando terminamos de comer, me ofrecí a lavar los platos, pero no quiso. Ella es fanática de la vajilla y sabe que en mis manos corría peligro y que soy capaz de convertir dos platos en cuatro. Así que mientras ella lavaba, me puse a sacar mis cosas de la mochila para mostrarle las pruebas que me había dado la de Matemática, porque estaba orgullosa de mi ocho.

Fue entonces, cuando apoyé la cartuchera en el sillón que la abuela tiene en el comedor, que sentí algo que me golpeaba la pierna. Era la cola de un perro negro azabache, con apenas una manchita blanca tipo corbata en el pecho. Me movía la cola contento, festejándome, como presentándose. Lo acaricié y respondió a mi caricia lamiéndome la mano.

—No sabía que tenías un perro, abuela, dije por arriba del ruido de la canilla de la cocina, que sacaba agua a borbotones mientras ella seguía en la tarea de lavar.

—Sí... ¿No lo habías visto? Chirola.

—Parece educadito y tranquilo...

—Parece no más...

Y siempre con las manos bajo el agua, sacando la salsa de la cacerola y de los platos, la abuela me explicó algunos de los líos que Chirola le había hecho. No podía escucharla bien. Quería acercarme a la cocina para hablar con ella pero el perrito se subió a la punta sillón y se puso panza arriba para que lo acariciara. No pude resistirme a tanto afecto perruno y me arrodillé junto a él.

Cuando la cocina quedó en condiciones, la abuela volvió conmigo, dispuesta a reanudar la conversación.

—¿Te aburriste sola?, me preguntó.

No alcancé a decirle que Chirola me había entretenido y que me encontraba a gusto con su compañía. Se encaminó hacia los portarretratos que adornan el mueble del comedor y tomando una de las fotos me la tendió sonriendo. Era el mismo perro.

—¡Chirola! Mi mamá me lo regaló cuando yo tenía tu edad. ¡No se me despegaba de encima! Cuando murió, papá me consoló diciendo que me acompañaría por siempre, como los buenos amigos.

Entonces, incrédula y siempre arrodillada, tomé la foto. Giré la cabeza hacia el perrito. El borde del sillón estaba hundido, como si un perro se hubiera recostado en él. Pero estaba vacío.



Autora

Paula Eleonora Malagraba



Mi compañera de cuarto



Era un día como cualquiera en el que después de un rápido desayuno fui a visitar a mi amigo. Sí, porque es mi amigo a pesar de que la mayoría de la gente que lo rodea lo llame señor. Felipe, mi amigo el gobernador. Es gobernador de una provincia aunque cuando yo lo conocí y en las circunstancias en las que lo conocí nadie hubiera dicho que llegaría adonde llegó.

Se sentaba al lado mío en la escuela y me pasaba parte de las monedas que el padre le daba para gastar en el quiosco, él podía, para que yo le solucionara los problemas de matemática y otras cositas que él no podía o no quería hacer. La cuestión es que desde siempre sabíamos que él llegaría a ser algo en la vida. Tenía esa característica especial que se necesita para hacerlo. Además de venir de una casa en la que, además de dinero, se conseguían con facilidad otras cosas.

La cuestión es que me fui a tomar unos mates a esperar que me cuente de sus cosas como lo hacía normalmente, ya que un poco me usaba como escape de las presiones.

Ese día la charla se fue a cualquier lado y poco a poco nos acercamos a esa época donde las cosas parecen grandes, y uno cree tener todo el tiempo del mundo para vivir, se cree inmortal, se cree todo poderoso.

Estábamos hablando de los compañeros de cuarto grado y de repente se acordó de una chica que me tuvo a mal traer. Era una de esas chicas que uno no se atreve a hablarles, que parece tan lejana que nunca se nos ocurriría intentar un acercamiento y de pronto se armó una de esas discusiones estúpidas, sin sentido y que las tomamos tan en serio que parece que nuestras vidas fueran en ellas.

El decía que esta chica, Adriana, había entrado en la escuela en quinto grado y yo insistía que el año en el que la conocimos fue cuarto.

Mi argumento era muy fuerte, a mi me había marcado de tal manera que no podía ser que no me acordara de ella y de cuál era el año de su entrada a la escuela.

Sin que me diera cuenta, se levantó de su silla y abrió una puerta de donde sacó una pequeña caja con una etiqueta que decía “ESCUELA”.

Me sorprendió un poco su velocidad para encontrar la caja y sospeché que esto era algo que él había planeado para hacerme caer en alguna broma, sin embargo a medida que buscaban la caja y se metía en la charla, esa sospecha se disipó.

En la caja tenía todas las fotos de la escuela, primaria y secundaria, entre las que en un momento encontró la de cuarto.

—Jaaaa, te lo dije, ves que en esta foto no está. Te dije que había entrado después de cuarto.

El grito me sobresaltó un poco, pero viniendo de él todo era esperable así que me repuse y le dije – Está bien, tenés razón, pero me queda la duda de que ese día hubiera faltado o algo así.

— Claro, “o algo así” —me repitió socarronamente— Eso es una excusa de perdedor. Está bien te dejo porque me están llamando. Nos vemos otro día.

Te llamo

Salí de su casa y me fui con la espina clavada en medio de la autoestima.

El muy desgraciado me había ganado, pero esto no iba a quedar así.

En cuanto llegué a mi casa me tiré sobre la caja donde guardaba las fotos y estuve un largo tiempo buscando para sacarme la duda. De a una encontré todas y cada una de las fotos de la primaria que, como imaginarán, no las tenía tan ordenaditas como mi amigo Felipe.

Grande fue mi sorpresa cuando descubrí que en las fotos que yo tenía de cuarto no aparecía registro de Adriana, ni en quinto, ni en sexto, ni en séptimo.

Agarré la pila de fotos y salí corriendo a la casa de Felipe sin darme cuenta de que para ese momento se habían hecho las once de la noche y era difícil que lo encontrara. Cuando estuve en la puerta me arrepentí y decidí dejar para el día siguiente la charla para no sumar a Felipe a mi locura.

Al día siguiente me levanté un poco más tranquilo y llamé a Felipe para contarle lo que había descubierto. Obviamente me trató de loco y se puso a buscar las fotos que él tenía.

Después de una hora me llamó y me dijo:

—Tenemos que hacer algo, yo no la encontré.

Como siempre expeditivo, Felipe, sin pensarlo, organizó un viaje a la vieja casa de los padres de Adriana para consultar sobre su paradero y, finalmente, dilucidar la duda que nos había quedado planteada a partir de una tonta charla.

Ahora, a pesar de su seguridad inicial, Felipe empezó a dudar de sus propias fotos y le pareció un poco raro esto que había pasado, así que después de tomarse unas horas para organizar su salida, que entre los dos era la más complicada, estábamos de viaje antes del mediodía.

En menos de media hora estábamos frente al viejo local en el que el padre tenía su taller y que la madre alquilaba después de su muerte. Parecía que habíamos

vuelto a la primaria, parados frente a ese inmenso local que todavía guardaba en sus paredes algo de las letras que hacía casi 40 años nosotros usábamos como referencia para encontrar la casa. Atrás, la casa que estaba separada de la vereda por un alambrado rústico que cerraba una puerta atada por un alambre.

Después de buscar un timbre o algo con que anunciarnos, recordamos la vieja forma que no era otra que golpear las manos.

Desde adentro y sin apuro, se acercó a nosotros un hombre alto, rubio, algo encorvado y con un andar muy relajado. A medida que se acercaba lo reconocimos como el hermano menor de Adriana que, junto con ella había entrado a la escuela en el jardín y que por motivos que desconocíamos, nunca había cursado su escuela primaria en el mismo colegio.

Por temor a equivocarnos preguntamos por la hermana como si no supiéramos quien era él.

—Buenas tardes, estamos buscando a Adriana González.

El hombre levantó la cabeza y por primera vez sostuvo su mirada en la nuestra como no lo había hecho hasta ese entonces. Casi pidiéndole permiso a las palabras nos dijo:

—Qué raro, mi hermana se llamaba así, pero no creo que la busquen a ella, murió antes de cumplir los siete años.

Mi amigo Felipe y yo nos miramos y empalidecimos y enmudecimos al unísono. Nuestras miradas hablaron por nosotros y cada uno entendió lo que el otro estaba tratando de decir.

Agradecemos al hombre y un poco perturbados le dimos a entender que seguramente estábamos hablando de otra persona. Él no hizo más preguntas y antes de que nosotros reaccionáramos desapareció por donde había venido. Nosotros, después del sobresalto, caminamos en silencio hasta el auto y seguimos así hasta cruzar el arco de entrada del palacio de gobierno. Antes de bajar, Felipe me miró y dijo: —Mejor no hablar de ciertas cosas— haciendo referencia al tema de Sumo.

Yo esboqué una sonrisa, que se notó bastante nerviosa, y bajé del auto llevándome conmigo mi opinión de la experiencia que nos había tocado vivir. Durante un mes dejamos de hablarnos y creo que pasó más de un año para que recordáramos nuestra escuela primaria.



Autor

Oscar Alfredo Moyano



La terraza vecina



Resbalaban las gotas heladas sobre los vidrios empañados del ventanal.

La luz tenue e indiferente apenas dejaba ver los sencillos contornos del dormitorio. Los fantasmas pululaban y él, rígido y distante, no se despegaba de los postigos atrapando visiones lluviosas de un paisaje, una idea, un deseo único y personal.

No sabía por qué pero aquella tarde lo aturdiría de sensaciones y su cuerpo vibraba ansioso buscando una respuesta.

De pronto, todo desapareció: el ruido de la lluvia, la luz, la ciudad, la casa... Quedaron sólo el hombre y una incógnita.

Un minuto. Llegó a la terraza y bajo el cielo gris se abrió un mundo de cemento, cables y ropas anónimas tendidas sin pudor.

Se acercó a la cornisa y contempló desde lo alto cómo los plátanos de su cuadra ondulaban con desparpajo, despidiendo en cada movimiento un polvo amarillo que alfombraba la vereda. Retrocedió y volvió la mirada hacia los cables de electricidad y las viejas antenas de TV insertadas en cada una de las plataformas que se sucedían ofreciendo un panorama repetido y sin final.

Cruzó al techo contiguo a su casa. En ese momento se dio cuenta que no sabía quién vivía allí, no conocía a sus vecinos. Por las prendas colgadas intuyó que se trataba de una pareja con chicos.

Se detuvo, entonces, frente a un vestido sencillo, parecía de confección casera, y recordó por un instante aquel que usaba su madre cuando era chico.

Siguió su camino. Quedó atrapado por el olor a café recién hecho que salía de una casa cualquiera.

Nuevamente en su mente su casa, su familia y sus padres. ¡Qué borrosas esas imágenes después de tanto tiempo! Bruscamente lo golpeó esa ingrata soledad y el silencio descarnado de su pobre alma.

Continuó atravesando azoteas todavía con cierta agilidad a pesar de sus cuarenta y tantos años. Alcanzó a capturar con su vista cansada la silueta, un poco desdibujada, de una mujer que cruzó por un ventanal. Se asomó de nuevo por la baranda de ese techo y allí estaba otra vez. Parecía una casa vacía, habitada solamente por esa mujer que caminaba lentamente, quizá para matar el tiempo. Esa visión lo perturbó bastante.

Volvieron despiadadamente los recuerdos de una familia perdida, de un hogar que necesitaba desesperadamente recuperar.

Ya no aguantaba más, el cansancio se apoderaba de su cuerpo y tenía que tomar una decisión. Empezó así la marcha hacia la puerta que lo comunicaría con esa casa. Podría conocer a esa mujer tan extraña que lo atraía tanto.

Quería ver además el color de sus ojos.

No pensó en las consecuencias o no quiso que la razón lo dominara como siempre. Ese día estaba dispuesto a todo.

Abrió la puerta. Bajó las escaleras del edificio. Ya estaba en la casa. En puntas de pie comenzó a recorrer el lugar. La penumbra le nublabla los ojos y se hacía difícil la marcha. Abrió otra puerta.

Estaba en el dormitorio. Esperó un momento y levantó los ojos. Miró cada rincón de esa pálida habitación y ya inquieto caminó hacia el ventanal frío y húmedo. Imprevistamente, reconoció el lugar.

Se encontraba en su propia casa mirando a través de la ventana como lo había hecho unas horas antes. Los recuerdos desaparecieron por completo.

Ya la noche había caído.



Autora

María Elizabeth Sandoval Moreno



Ver más allá



Por primera vez en mi vida llegué temprano. Toqué timbre y no me atendió. Saqué de mi bolsillo las llaves de la puerta y empecé a caminar, impaciente, en la vereda. Laura llegó pocos minutos después, igual que yo, antes de la hora establecida. Se acercó a mí con paso apurado y la cara desencajada. Ni siquiera nos saludamos.

—No responde.

—Déjame abrir.

Igual que yo, ella tenía las llaves en las manos. En un segundo estábamos dentro de la casa. El silencio nos envolvió como un mal presagio. Cerré la puerta suavemente, como si pudiera despertar a mamá de su siesta.

—¡Hola, mamá! ¿Mamá? ¿Mamá?

Atravesamos el living mirando a derecha e izquierda para seguir buscándola en la cocina: era su lugar preferido. Ahí pasaba la mayor parte del día lavando o cocinando algo para recibirnos cuando la visitábamos. También allí pasaba las tardes cosiendo o tejiendo. Todo estaba en orden, no había nada fuera de lugar.

—No está en casa —le dije a mi hermana—. La llave de gas está cerrada.

Mamá nos había enseñado que, antes de dejar la vivienda sola, debíamos cerrar el paso del gas. Me agaché para mirar debajo de la bajo mesada.

—También cerró la llave del agua —le advertí a Laura mientras permanecía arrodillado.

—Como si se hubiera ido de vacaciones. Pero no me dijo nada. ¿A vos te contó que pensaba irse a alguna parte?

—No, para nada.

En el lavadero colgaban una toalla, un camisón, ropa interior, una funda y dos sábanas. Todo estaba seco.

—¿Viste el tacho? Está limpio y sin bolsa —observó mi hermana mostrándomelo, como si pudiera dudar de sus palabras.

Este comentario me produjo un nudo en la garganta. Mamá siempre dejaba una bolsita para los residuos bien colocada en su recipiente, lista para arrojar allí lo que se necesitara; era muy previsora. Desde chicos nos había enseñado a tener

todo preparado con anticipación. Y la casa estaba como cuando nos íbamos de vacaciones, como si no fuera a tener ningún ocupante por una larga temporada. ¿Se había ido y pensaba no volver a la casa? ¿A dónde? ¿Cómo no nos había comentado nada? Desde el fallecimiento de papá no había vuelto a salir. Prefería quedarse en la casa y recibirnos allí, con un bizcochuelo casero o unas tortas fritas recién hechas. Algo extraño estaba pasando. Preferí no compartir mis pensamientos con mi hermana; también ella se veía nerviosa.

Laura me había advertido que mamá no respondía a sus llamados. Había intentado comunicarse por teléfono durante dos días y mamá no la había atendido. Me contó lo que sucedía y me pidió que fuera con ella a la casa porque no se animaba a entrar sola, tenía miedo de... Le prometí esperarla en la puerta y así lo hice, no porque no hubiera querido romper mi promesa y defraudarla, sino porque yo también presentía algo que no me animaba a confesar.

Dejamos la cocina y pasamos al comedor. Su teléfono estaba sobre la mesa.

—Si salió, se olvidó el celular.

No vimos nada fuera de lugar, todo parecía estar en su sitio.

Pasamos al dormitorio y lo primero que vimos fue una cartera abierta sobre la cama. Laura dio la vuelta para revisarla, mientras, yo detuve mi mirada en la foto que mamá conservaba desde hacía tantos años sobre su cómoda. Allí estábamos, mi hermana y yo, jugando en la playa de San Clemente. Teníamos cuatro y cinco años y construíamos un castillo de arena.

—Se llevaban tan bien cuando eran chiquitos..., —repetía siempre mamá cada vez que mi hermana y yo nos peleábamos.

Inconscientemente busqué la foto de papá sobre la otra cómoda, aquella donde se lo veía tan contento y con las manos en los bolsillos del traje. Mamá había tomado su imagen y, como muchas otras de su autoría, estaba mal encuadrada. Papá no ocupaba el centro de la fotografía sino que se lo veía a la izquierda, dejando a la derecha un gran espacio vacío. Mamá sonreía cuando la criticábamos por lo mal que empleaba la cámara fotográfica. Aseguraba que ella era una artista, que aprenderíamos a mirar más allá de lo que se veía a simple vista.

—Falta el retrato de papá —dije.

Pero Laura no me escuchó, ya no estaba en la habitación. La encontré en la entrada del patio, apoyada en el marco de la puerta, mirando hacia el banco de madera. Cuando me acerqué me tomó con su mano y no me dejó avanzar.

Allí, sobre los almohadones verdes, allí donde mamá y papá se sentaban a mirar las estrellas en las noches de verano estaba el portarretratos. Y la fotografía

estaba completa: papá, joven y alegre tenía una mano en su bolsillo, con la otra sostenía la mano de mamá. Mamá con su vestido y su collar preferidos. Los dos, juntos y sonrientes.



Autora

Mirta Rivarola



La dueña de la casa



Me levanté como todas las mañanas, encendí el televisor y me dispuse a leer el diario mientras preparaba una taza de café. Leí la página de avisos clasificados pero no encontré lo que tanto buscaba. Salí de casa apurado, llegué tarde a la oficina y así pasó el día, miraba con interés los trabajos de la redacción del diario pero sin tener la menor noticia de lo que buscaba. A la mañana siguiente luego de levantarme, busqué los diarios por Internet como lo hacía de costumbre, leí la sección de avisos pero la historia parecía repetirse, no había nada que me interesara. Me levanté a buscar más café y vi que el diario de la mañana ya estaba tirado en la puerta, lo levanté y comenzó la búsqueda que parecía interminable. Leí pero para mi sorpresa, esta vez la búsqueda parecía haber terminado. Allí estaba lo que buscaba, el aviso de venta, una casa antigua, cercana al barrio donde vivía, a tres cuadras estaba la parada del subterráneo y lo más importante acorde a mis posibilidades económicas. Pensé que por fin encontraba lo que tanto buscaba, saqué la hoja del diario y marqué el tercer aviso del rubro ventas, ahí estaba la casa antigua de la calle Alvarado al ochocientos.

Salí de casa apurado en mi auto gris, llegué a la oficina mientras entraba saludaba a todos los que salían a mi encuentro, el chofer, el jefe de seguridad, la secretaria, los reporteros y fotógrafos, felices compartían mi alegría. Ese día mientras hacía el trabajo de redacción, la casa estaba en mis pensamientos.

Al llegar el mediodía llamé y acordé una entrevista con el vendedor de la inmobiliaria Rouller. Las horas parecían interminables hasta que el reloj marcó las diecisiete horas, apurado me dirigí hacia el lugar acordado. Mientras manejaba, pensaba que quizás un error del diario que publicaba el aviso o alguien hacía una broma pero todas mis dudas se disiparon cuando terminó la visita a la inmobiliaria. Luego de varias preguntas, conversaciones telefónicas, visitas, recorridos la casa ya era mía y el fin de semana me mudaría.

Llegó el domingo, todo parecía un sueño estaba ya instalado en la casa de la calle Alvarado, logré acomodar los muebles, sólo la biblioteca no entraba pero la ubiqué tapando la ventana que daba hacia el patio. Cansado pero todo en orden, dormí toda la noche. El lunes temprano cuando llegué a la oficina, no paraba de contarle a todos las comodidades de mi nueva casa.

Al tercer día de la estadía era de noche, la tranquilidad se interrumpió cuando realizaba el último trabajo para la redacción del diario, era una extraña

sombra ,tenía forma de mujer , parecía buscar algo mientras subía y bajaba por las escaleras del comedor. Sentí una sensación rara, al verla, temor quizás miedo o curiosidad pero junté valor y la busqué por toda la casa. Pensé que era el cansancio del día y me fui a dormir. Al día siguiente todo parecía normal trabajé todo el día terminé de redactar las noticias sobre la desaparición del poblado de Huares. Al terminar la jornada, regresé preocupado y nervioso no sabía con qué sorpresa me encontraría en la casa nueva. Entré, miré para todos lados pero sentí que no estaba solo. Traté de pensar en otras cosas mientras esperaba la serie policial favorita, acomodé el sillón del comedor, puse la bandeja con jugo de naranja y una picada que había comprado el día anterior. Allí sentado frente al televisor, mirando casi adormecido un viento frío entró por la ventana, es taba abierta, los libros tirados y cerca de mis pies un visitante poco amigable maullaba cerca de mí. Cerré la ventana con fuerza, perseguí al gato por toda la casa pero no logré encontrarlo pensé que por algún hueco había escapado.

Por fin la preocupación desapareció, la serie favorita había comenzado, tranquilo miraba pensando en lo que estaba sucediendo. El reloj marcaba las doce de la noche, me fui al cuarto más cercano a la puerta de salida pero no podía dormir, media hora más tarde sonó el teléfono, era el señor Andrada, jefe de redacción del diario adonde trabajaba. Algo preocupado insistía que trató de ubicarme en la nueva casa, pero una mujer lo atendió y le respondió que allí no vivía. Traté de no pensar en esa situación, me vestí y salí directo rumbo al aeropuerto de Ezeiza, allí debía ir a realizar el reportaje al cantante italiano que visitaba Buenos Aires. Esa noche no regresé a casa y desde la oficina llamé a la empresa de traslados.

Más tarde antes de irme para siempre tomé una foto mientras el camión de mudanzas se ponía en marcha. Al anochecer en mi nuevo departamento, mientras miraba las fotografías que había tomado esa tarde, descubrí la imagen de la mujer que paseaba en la casa tenía puesto un vestido largo, oscuro, llevaba en su cabeza una gran capelina y a su lado estaba el gato negro que tantas veces había corrido de la casa. Al mirar la foto nuevamente me di cuenta quién era la dueña de la casa de la calle Alvarado al ochocientos.



Autora

Noemí Alejandra Tejerina



El encuentro



Hacia algún tiempo que venía madurando la idea de realizar un viaje porque mi cuerpo y mi mente lo necesitaban desesperadamente. Mi tía abuela Isabel vivía en un pueblo llamado La Lunera, en la provincia de Corrientes que según ella era el paraíso, en una enorme finca que había heredado. Me convenció, después de tanto insistir, en que fuera a visitarla. Empaqué poca ropa, un libro, revisé mi auto y me fui. Luego de un renovador recorrido de catorce horas llegué a destino.

Isabel expresó su alegría de verme con un abrazo enorme, y a pesar de lo aterrador que me pareció el lugar, me tranquilizó diciéndome que el poblado era único y que, en las sucesivas jornadas averiguaría el porqué.

Al otro día, al despertarme decidí recorrer los alrededores. En ese amanecer soleado, no sentí la misma sensación del momento en que llegué, sino que veía a la villa distinta. A medida que me alejaba de la finca, encontraba los primeros rasgos de una selva frondosa, que nacía en ese clima cálido. De repente, comencé a encontrar restos de animales muertos y comenzaba a advertir una extraña impresión al verlos, si bien era así la naturaleza. Las criaturas lucían desfiguradas, no parecía que los habían cazado para comer. A la tardecita, volví a la finca, exhausta. Los empleados y sus familiares prepararon un asado para darme la bienvenida. La fiesta era magnífica. En una ocasión se me acercó Pedro, el encargado de más confianza de Isabel.

—¿Qué le parece La Lunera, doña Victoria?

—De verdad me parece exclusivo el sitio, como de un cuento, pero se respira una atmósfera particular. ¿Por qué encontré tantos animales muertos por ahí? —Mire, esos temas prefiero no hablarlos —me contestó secamente.

—Avíseme, si es un yaguaré o algo así que me da pánico—arremetí con diplomacia.

—Es una bestia que ataca las noches de luna llena—me dijo y se fue dejándome con más dudas que antes. Creí que se trataría de un animal típico de la zona, posiblemente en extinción. Por las dudas miré el cielo y vi una enorme luna llena, que duraría siete noches más, después me enteré. Al finalizar la cena, ya entrada la oscuridad, me fui a acostar. Recuerdo que esa noche escuché, a lo lejos, rugidos y pisadas sobre el follaje agreste.

A la mañana siguiente desperté dispuesta a averiguar que animal azotaba a los ganados de aquella área. Nadie me pudo precisar nada, creían que yo exageraba por ser bicho de ciudad y que eran parte del ciclo de la vida, las muertes de los ganados. Ya había desistido de buscar más respuestas, cuando me crucé a la señora más anciana del pueblo. Era la mamá de Pedro. Me contó su versión de la bestia. Me dijo que de chiquita, sentía pavor las noches de luna llena, porque un ser humano, el séptimo hijo varón se convertía en lobizón y salía a cazar para saciar su hambre. También me detalló, que al clarear, aparecía como humano de nuevo, desnudo, tirado y con heridas. Lo más importante lo precisó al final, nadie lo había podido matar y la maldición nunca se terminaba, pero nadie lo había visto nunca. Era una mezcla entre mito y certeza. Consideré la historia demasiado rebuscada para que fueraverdad. Por otro lado, no era tan sencillo encontrar siete hermanos varones, sin embargo Isabel me comentó que Lautaro, el encargado de las plantas cítricas, reunía aquella condición y se ausentaba varios días del trabajo, sin saber bien los motivos. Con mi profesión frustrada de periodista y de fotógrafa, me marché rumbo a mi investigación sobre el extraño séptimo hijo. Mi racionalidad se oponía a que yo creyera el mito del lobizón y mi tía supuso que era un delirio.

Caminé y caminé toda la tarde buscando la casa donde vivía Lautaro, según me había comentado un vecino. Cuando creía que la suerte ya no me acompañaba, divisé un hermoso joven de unos treinta años que vestía un pantalón azul y arrastraba un cajón de naranjas. Estaba tan desesperada por llamarlo creyendo que era la persona indicada, que no vi el enorme pozo con el que me topé. Caí, de tal forma, que perdí mi pequeño bolso, mi teléfono y me lastimé la pierna. Grité desesperadamente por un largo rato pidiendo ayuda, ya que no podía salir por mis propios medios. Lloré tanto, que las lágrimas se me secaron al ver que las horas pasaban y comenzaba a oscurecer. Mi única esperanza era que salieran a buscarme, cuando mi tía se diera cuenta que no había regresado. Solo escuchaba muy lejanamente algún ruido, pero sentía que estaba en una región muy apartada como para que me encontraran. Lo peor sucedió al caer la noche. El resplandor de la luna era cada vez más intenso. En ese momento comprendí porqué se llamaba así esa región.

Sentí una rara sensación cuando divisé en el cuadrante azul de mi reloj que eran las doce de la noche. No me encontrarían en las horas siguientes y tendría que pasarlas en ese fatídico lugar. Al rato me tranquilicé, agobiada y dormité muy incómoda. De repente, me paré sobresaltada al oír aullidos leja-

nos como de lobos u otras fieras semejantes. Por un instante creí que tal vez no me salvaría, que era mi fin y que ese pozo, en verdad, era una trampa de cazadores. Fue en el momento que la luz del cielo bajó y la atmósfera se oscureció aún más que presentí en lo más profundo de mi ser, los pasos veloces de una bestia. Los oía cada vez con mayor intensidad hasta que apareció en el enorme hoyo. No se cómo lo observé a sus espeluznantes ojos. Era una bestia mezcla de lobo, perro gigante y hiena. Traía restos de animales en su boca llena de sangre. Se me paralizó el corazón. En ese segundo vi en sus patas traseras los restos de un pantalón azul. Solo quería que no me matara en esa mezcla de sueño y terrible realidad, tenía demasiado por hacer en la vida. Al tirar los vestigios muertos se fue. Descompuesta del olor y agotada, me desmayé.

A la mañana siguiente desperté enloquecida con el rayo de sol de las siete de la mañana. Al rato, apareció el joven que había visto el día anterior. Estaba herido y vestido con harapos. Me ayudó a salir del pozo y se fue tratando de huir. Parecía dolorido. No pude decirle qué sabía quien era ni agradecerle el rescate.

Al llegar a la finca, recibí la mayor de las sorpresas ya que nadie había notado mi ausencia y jamás me habían buscado. Noté en la mirada de Pedro que parecía saber lo que había ocurrido, al curarme la pierna. Por otro lado, meextrañó mucho cómo mi tía creyó los disparates que conté sobre mi desaparición de la noche anterior. Recogí mis pertenencias y percibí su alivio al verme marchar.

Nunca más regresé a La Lunera.



Autora

María Leticia Perino



II

Huyó lo que era firme *(Cambios en el tiempo y el espacio)*

*¡Oh santos dioses! ¿Qué es esto que veo?
¿Es error de fantasma convertida
en forma de mi amor y mi deseo?*

Garcilaso de la Vega

*Buscas en Roma a Roma ¡oh peregrino!
y en Roma misma a Roma no la hallas.*



F. de Quevedo



Un sueño inesperado



En un pueblo del norte de Italia vivía una familia muy particular. Este pueblo mantenía sus tradiciones y el aspecto ancestral de sus construcciones. Muchos de sus pobladores se habían mudado a las ciudades, pero muchos otros quisieron permanecer en su tierra. La mayoría de estos habitantes eran comerciantes y otros trabajadores de la vid, debido a que este lugar está ubicado en una zona apta para su cultivo, con preponderancia en la actividad vitivinícola.

Carla y Luisa tenían ocho y diez años. Eran hermanas y vivían con su mamá que tenía una librería en la parte de adelante de su casa y era una apasionada de su trabajo. Su papá era abogado en Florencia, una ciudad cercana, pero que sólo le permitía estar en su pueblo los fines de semana. Pese a esto la familia no quería abandonar el pueblo y preferían vivir un poco separados, pero que las niñas se críen en contacto con la naturaleza, la libertad y la tranquilidad que podía brindarle el pueblo donde ellos habían crecido.

Luisa, la mayor, era muy buena deportista, ágil en sus movimientos, habilidosa con pelotas, sogas, haciendo piruetas. Le gustaba mucho treparse a los árboles y hacer construcciones con sogas para colgarse, impulsarse y de vez en cuando esconderse en la copa de aquellos para observar situaciones sin ser vista.

Carla era muy distinta a su hermana, le gustaba mucho leer, motivada por el oficio de su mamá y era muy soñadora. A los cuatro años ya leía y se pasaba horas mirando libros. Cursaba tercer grado en la escuela y lo que más le gustaba era ayudar a la maestra con otros niños.

Un día Paula, la mamá, encontró un libro en sus estantes que ella no había comprado, ni se lo habían regalado, ni nada. No sabía cómo había ido a parar allí un libro de poesías, porque Paula conocía muy bien todos los libros que tenía en su librería y qué procedencia tenían. Preguntó a sus hijas y ellas no tenían idea de qué les estaba hablando. En el fin de semana le preguntó a su marido, pero tampoco sabía nada de ese libro. Todo le parecía raro.

Carla, como buena amante de los libros, quedó obsesionada con este tema y una noche tuvo un sueño. Soñó que ella era una importante escritora y

que iba a recibir un premio por un libro de poesías que había publicado. En el sueño se veía en una gigantografía la tapa del libro que era igual a la del libro que había encontrado su mamá. El nombre de la autora se leía clarito, Carlota, como se llamaba su abuela materna que había fallecido antes de que ella naciera y sus papás habían decidido ponerle el nombre de Carla en honor a ella.

Cuando se despertó le contó a su mamá su sueño. Ella se sonrió y le dijo que posiblemente algún día iba a escribir un libro. Carla le leyó unos versitos que tenía escritos en su libretita y que los había escrito después de mirar a su hermana haciendo piruetas en el árbol del fondo de la casa. Estas palabras las encontró en un poema del libro en cuestión. Paula estaba asombrada. Leyó una de las dedicatorias del libro y a unas de las personas que se lo dedicaba era a su hermana, Luisa, quien fue fuente de inspiración para muchos de sus poemas. Un cierto estremecimiento la asaltó de pronto. Guardó el libro en su habitación, quería olvidarse y que Carla también dejara de pensar en ello.

En el fin de semana le contó la historia a Antonio, su marido. Antonio se rió y le dijo que no fantaseara, que el leer tanto la hacía vivir en un mundo irreal.

Paula no podía evitar su curiosidad por encontrar más datos que le confirmaran su sospecha.

Una noche en que estaba sola en su habitación, tomó el libro y comenzó a leer: “En memoria de mis padres, Paula y Antonio, quienes me incentivaron el gusto por la lectura”. Esa dedicatoria provocó que su corazón comenzara a latir muy rápido. Ya no leía, las palabras llegaban solas a sus ojos. En el almanaque que tenía en su escritorio señalaba el tiempo real: 1970. Pero allí en sus manos sudorosas una línea en imprenta resaltaba: New York año 2000. Y allí sus ojos enviaron un estímulo a su corazón que galopaba fuertemente y que ya no podía detenerse... No podía... No podía...



Autora

María Rosa Martínez



Entre ángeles



Don Miguel cumplió sus sesenta años trabajando ese día, como lo venía haciendo desde hace treinta y cinco, en aquella galería de arte.

Él era el sereno del lugar. Se encargaba de la vigilancia nocturna. Su función era recorrer observando que todo estuviera bien: limpieza, orden y las cerraduras puestas.

En la galería había un sector muy especial para él. El sector donde todos los pintores de cuadros de ángeles exponían sus obras.

En sus solitarias noches se paseaba y detenía a observarlos, admirarlos y hasta hablar con ellos. Los saludaba dirigiéndose con el nombre que el autor los había bautizado. En ocasiones se lo pudo ver agradeciendo ante la imagen de los ángeles de la guarda y en otras implorando ante el cuadro de los arcángeles.

Siempre era así, pero una noche, justo la noche de su cumpleaños, los protagonistas de sus cuadros de ángeles les planearon una sorpresa angelical.

Se reunieron todos en la galería que los albergaba: los serafines, los ángeles de la guarda, los querubines y los arcángeles Rafael, Uriel, Gabriel y Miguel.

Los cuatro arcángeles dirigieron la congregación para la realización de la sorpresa que le darían a Don Miguel.

Los traviesos querubines fueron los primeros en dar la idea. Propusieron que cuando el homenajeado los estuviera observando le harían entrar en un estado de semi—inconciencia y les narrarían historias tiernas.

El arcángel Rafael les pidió que lo hicieran tratando de que al despertar el cumpleaños creyera que todo había sido producto de su imaginación.

Los serafines expresaron que deseaban obsequiarle objetos extraídos de los cuadros: una estrella, un pedacito de cielo, una nube en forma de almohadón. Cuando el arcángel Uriel preguntó el motivo de ese regalo los serafines contestaron que Don Miguel se lo merecía ya que tenía ganado un trozo de cielo a pesar de estar en la tierra.

Los arcángeles se propusieron pintar un cuadro hecho por ellos mismos donde estarían todos los integrantes de la galería y se lo enviarían a su casa.

Los ángeles de la guarda propusieron cumplirle todos los deseos que pi diera al soplar las tradicionales velitas. Sabiendo de antemano cuales serían esos deseos.

Terminada la reunión redispusieron volver cada uno a sus respectivos cuadros y esperar la recorrida diaria de Don Miguel.

Ese día, el encargado llegó como de costumbre a horario para tomar la guardia. Se puso el uniforme y comenzó la recorrida. Llevaba su anotador de parte diario y la linterna. Recorrió uno por uno los pasillos de la galería y dejó para el final su sector preferido mientras iba asentando en su registro las observaciones.

Mientras tanto los ángeles esperaban ansiosos la llegada. Cuando por fin entró al salón, donde lo aguardaban, escribió: hora 00:15, hall principal sin No pudiendo terminar de escribir la palabra “novedad” porque escuchó un sonido raro.

Levantó la vista y dio un pantallazo general a toda la colección.

Tal como estaba previsto comenzaron los ángeles a actuar. Cuando otra vez se disponía a escribir sintió que un silbido proveniente del cuadro de los querubines lo llamaban. Atónito se dirigió a ellos, los miró detenidamente.

Los querubines comenzaron su relato, mientras tanto los serafines le traían sus regalos poniéndoselos en sus brazos deseándoles un muy feliz cumpleaños.

Los ángeles de la guarda le acercaron una torta con sesenta velitas encendidas y todos cantaban el feliz día pidiéndole al homenajeado que pensara tres deseos y luego recién soplara. Aturdido el sereno hacía todo lo que se le pedía.

Ni bien terminó de soplar las velitas todo volvió a la normalidad, es decir, a la realidad. Se refregó los ojos, como desconcertado por la situación vivida. Miró nuevamente a su alrededor y todo estaba en perfecto orden y estado.

Salió del lugar y se dirigió a la mesa de entrada. Se rehusó escribir “sin novedad” en su parte diario. Es que hubo novedad, ¿pero quién le creería lo sucedido?

Terminada la guardia regresó a su casa disponiéndose a descansar y olvidar lo acontecido. Y así lo hizo. No le contó nada a su familia y se durmió.

Al despertarse encontró a toda su familia reunida esperándolo para festejarle su cumpleaños.

Oh, de casualidad, su primer deseo se había cumplido.

Una de sus hijas le regaló un pasaje con estadía para dos personas a España, lugar de nacimiento de él.

Coincidencia, el segundo deseo también cumplido.

Un mensajero tocó la puerta trayéndole un regalo muy bien envuelto. Era un cuadro con ángeles pintados, como el de la galería y que él tanto quería.

Sorpresa, tercer deseo también cumplido.

Cuando por fin terminaron de almorzar y trajeron la torta con las velitas encendidas Don Miguel expresó que no iba a pedir los acostumbrados tres deseos porque los había pedido antes y todos se habían cumplidos ya.



Autora

Graciela Nuñez



Tan oscuro como callado



El elevador se detuvo en el tercer piso. Al caminar por el pasillo noté que allí estaba mi madre. Sentada, esperando, con mi teléfono celular en sus manos. Me contó sobre los problemas cardíacos en la gente de la edad de mi padre, pero en ningún momento dejé de pensar en que descuidé a mi familia por un irracional miedo. No podía seguir permitiéndome esa situación que hace días me asediaba.

Luego de un rato dejé el hospital sin noticias sobre la evolución de mi padre, decidí caminar, eso me daría aire y tiempo.

Al llegar a mi apartamento, todo era silencio, subí la escalera que comunicaba las dos plantas, volví a conectar el teléfono de línea, y me senté a esperar.

Sabía que ineludiblemente el teléfono sonaría a las 23. Sin dejar ningún mensaje, sin decir nada. Solo silencio detrás del auricular.

Recordé que algunos de mis amigos, los pocos con los que me atreví a conversar el asunto, me recomendaron que haga una búsqueda en internet, para buscar casos similares, así que con algo de tiempo, lo hice. Sinceramente, no sé lo que intentaba encontrar, más que decenas de escritores anónimos, escudados tras ciber pseudónimos que contaban experiencias paranormales, de lo menos creíbles. Bajé las escaleras, tomé un vaso de agua, me senté en el mullido sillón que descansaba en el centro de la sala, y lentamente caí en el cálido abrazo del sueño.

El sonido del canal deportivo de la tv, la noche que se hacía notar por la ventana, y el sonido incesante desde el teléfono me despertaron. No eran las 23, me llamó la atención. Subí la escalera, agitado por la curiosidad. Atendí, una voz del otro lado me invitaba a un bar, junto con otros amigos. Accedí, después de todo necesitaba relajarme, y olvidarme de ese teléfono. Terminé mi comida rápidamente apagué el televisor. Me duché y salí.

Me costó abrir la puerta del apartamento en ese estado. Sobre todo porque era la primera vez. Abrí la puerta. El sonido del teléfono que sonaba en el segundo piso enseguida me estremeció. Nuevamente sonando. Miré el reloj, indicaba que eran alrededor de las 4 am.

Quedé inmóvil en el umbral de la puerta. No hacía frío. El teléfono sonaba, intermitente, invitándome a atender. Por unos minutos estuve en la misma

posición, pensando mis opciones. Me aterrorizaba pensar que el teléfono había estado sonando todo ese tiempo.

Cerré la puerta raudamente. Subí las escaleras corriendo. Arrojé el abrigo hacia la habitación, tomé el auricular comencé a gritar, amenazas en contra de quién estuviese llamando. No importaba quien, no importaba cuántos, no importaba nada, y nada fue lo que se oyó. Ni un solo sonido, ni una respiración, ni un chasquido.

Al despertar, estaba un poco confundido. Tenía mucha sed, me dirigí al baño, y al salir lo encontré nuevamente allí, inocente, inanimado, quieto, silencioso, el teléfono que me causaba tanta perturbación.

Durante el día terminé de desempacar, una mudanza nunca termina, y es en ese preciso momento donde uno descubre que tiene un misterioso placer por acumular basura inservible. Después de todo, ya nadie debía decirme donde ubicar tal o cual objeto. Era yo y nadie más.

Un fuerte sonido provocó que abandone mi tarea, deduje que era el sonido de su propio timbre, al cual nunca había escuchado. Después de todo sabía que vendrían algunos amigos. Y así fue, una visita, que no se extendió de más porque al otro día todos debíamos trabajar.

Aún debía llamar a mi madre, era tarde, pero sabía que ella no se molestaría por el horario en el que me comunicara para saber de mi padre. Busqué mi teléfono celular, llamé al suyo, y cuando el tono intermitente comenzó a oírse, el temor empezaba hacerse piel, el teléfono sonó. 23hs, como cada día desde que había llegado a ese apartamento. El incesante sonido se convertía en un aullido, que se repetía idénticamente detrás del incómodo silencio que los separaba. Nunca había tenido miedo, o al menos no lo sabía hasta ese momento. Me inquietaba pensar que una persona estaba atenta a un reloj, detrás del teléfono para hacer sonar el mío. El teléfono seguía sonando, como si no supiese el daño que me estaba causando. Sonaba igual que las otras veces. Igual que a las 18, igual que a las 22:30. Pero sabía que no era lo mismo. En mi interior pasaban cientos de pensamientos, cientos de opciones barajadas en mi mente producto de un sonido. Incesante. Inacabable. Eterno. Había agotado las escasas alternativas de las que disponía y el teléfono no paraba de sonar.

Comencé a pensar que las personas que allí vivían habían dejado el lugar por ese motivo, o que quizás si no atendía algo podría suceder. Lo paranormal se volvió normal por unos instantes. Pensé mis opciones. Dos por el momento, atender, o no hacerlo. Mientras tanto, el teléfono sonaba.

Se me ocurrió que si alguien estaba jugando una broma, debía de estar observando, de otro modo, no sería gracioso. De modo que apagué las luces. Subí la escalera. Entré en la habitación y lentamente corrí las cortinas. El teléfono sonaba. Aún más lentamente corrí las puertas del balcón y salí sigilosamente.

La noche estaba oscura, la luna iluminaba detrás de los edificios que me rodeaban. El teléfono sonaba dentro del apartamento. me escondí detrás de las anchas barandas del balcón, que además de protegerme de la visión de otros, me permitían ver lo que sucedía alrededor. Algunos cálculos matemáticos permitían construir parábolas mentales para descubrir los posibles ángulos desde donde podría ser observado. Ningún indicio de vida alrededor. Nada, como el silencio tras el teléfono. Tan oscuro como callado. Nuevamente me sentí idiota. Me puse a descubierto, entré a la habitación y atendí el teléfono, nadie contestó, y en un ademán denoté desinterés. Falso, pero desinterés a los ojos de un posible bromista.

Me desperté con mal humor. No encontrar soluciones no es precisamente algo que me guste. La vida continúa y debía elucubrar algo que constituya una solución al problema del teléfono.

Como siempre, el sol no dejó de salir, no dejó de llover, el tiempo no dejó de pasar, y en mi apartamento, a las 23, el teléfono no dejó de sonar.



Autor

Pablo Sebastián Díaz Carro



Fingir la realidad



Vivía yo en un pequeño pueblo de Rosario, en Santa Fe. Digo vivía y no vivo, porque hoy habito en un “hermoso hospital psiquiátrico”. ¿Las causas?. Dicen que por ilusiones y fantasías, digo que por una increíble realidad.

1

Trabajaba como empleado en una casa de computación. Hasta que me vinieron a buscar por encargo de un “amigo”, mi único amigo. Desde ese día escribo con la esperanza de que alguien lo lea y me crea, no como aquel amigo que un día pensó que estaba loco. Si alguien desea sumarse a mi hermosa locura, tan sólo lea lo que me pasó y luego crea.

2

Todo comenzó un trece de agosto, día en el que yo cumplía mis 33 años. Después del trabajo salimos a festejar con José, que hasta ese momento era mi amigo. Nada extraordinario, sólo comimos y bebimos hasta altas horas de la noche. Al finalizar la cena José me llevó a mi casa justo antes de que empezara a llover. Una vez adentro caminé a oscuras hasta la cocina. Cuando abrí la puerta no me sentí solo, tuve la sensación de que alguien estaba conmigo. Tuve miedo, no lo niego. Seguí adentrándome en la oscuridad hasta que un relámpago iluminó aquel rostro, fue increíble, pero dejé de tener miedo. Me acerqué a la luz y la prendí. Quedé varios segundos observando a aquel extraño sin pronunciar palabra alguna. De pronto tomé coraje y le pregunté quién era. No contestó mi pregunta, sólo dijo que conocía a mi padre, el que llevaba desaparecido hacía veinte años, y venía en su nombre. Tenía una forma de hablar y de vestir poco común, llevaba solamente una túnica blanca y en sus manos y pies presentaba heridas profundas.

Comprendiendo que no iba a contestarme, no indagué más, me limité a escuchar lo poco que dijo. Repitió una y otra vez que conocía a mi padre y que traía una carta suya contándome su triste historia.

Tomé las hojas y reconocí su letra. No dije más nada, no escuché más nada, todo daba vueltas en mi cabeza.

Luego de componerme mínimamente, de volver en mí, invité al hombre desconocido a que se quedara aquella lluviosa noche a dormir en mi casa.

3

Tuve un sueño muy pesado y dormí poco.

Me levanté a las cuatro de la mañana y aún seguía el mal tiempo. Me preparé un café para despejarme y tomé la carta que había dejado anoche sobre la mesa.

Leí una y otra vez, me froté los ojos para asegurarme que estaba despierto, y no entendí, no porque su escritura no fuera clara, sino porque era increíble. En su escrito me contaba de su gran invento, su famosa máquina del tiempo.

Leyendo aquellas notas las horas habían transcurrido a tanta velocidad que ya era tiempo de ir al trabajo. La carta volvió a quedar sobre la mesa sin poder terminar de leer la última hoja.

4

Al llegar, todos me miraron, cálculo que por mi mal aspecto. Al entrar a mi oficina encontré a José, que al verme supuso que mi aspecto obedecía a rezagos del festejo de la noche anterior.

Sentí dudas en contarle o no lo sucedido, pero finalmente lo hice. En qué otra persona podía confiar. Le conté todo y noté que a medida que mi relato avanzaba su faz iba mutando.

Cuando terminé, me sentó en su escritorio, me sirvió café y me pidió que me relajara, que me fuera a mi casa y que él haría el trabajo por mí. Insistí en vano, mis suplicas de nada sirvieron. Como otra opción no me quedó, tuve que volver a mi domicilio.

5

Ya estaba en casa.

Mi huésped se había ido.

Busqué la carta con el temor que se la haya llevado. Por suerte las hojas aún estaban sobre la mesa. Sonó el timbre de la puerta, la abrí, eran dos

hombres de mediana estatura, de cuerpos robustos con pantalones y camisas blancas. Dentro de la ambulancia los esperaba un tercer hombre. Mi amigo los había llamado, supuestamente preocupado por mi conducta. Rápidamente guardé la carta en mi bolsillo.

Me tomaron de los brazos, no comprendí nada, no me resistí, no hablé, me sumergí en un silencio absoluto.

Cuando desperté estaba en un diminuto cuarto, hice memoria para ubicarme nuevamente en tiempo y espacio.

Busqué la hoja que aún tenía en el bolsillo del pantalón y la encontré. La leí y la entendí. Entendí todo, aunque me hubiera gustado no entender nada. Pasé los primeros días de estadía en esta clínica psiquiátrica tratando de asimilar el increíble pero cierto relato que transcribiré a continuación:

“Así fue hijo mío como me enteré lo que iba a sucedernos.

De la misma forma que pude viajar al futuro y conocer así tu destino, también lo hice hacia el pasado para pedir ayuda. Encontré un hombre maravilloso, quien me escuchó y me dio tranquilidad. Le dejé esta carta para que al leerla puedas cambiar tu destino.

Después de leer la carta, rompela y no se lo cuentes a nadie, sólo así evitarás caer en la misma desgracia que caí yo.

Si necesitas ayuda invoca a aquel hombre que conocí, y que seguramente también conociste. No hace falta ninguna máquina del tiempo sólo hace falta que creas.

Tu padre.

Lloré como nunca. En mi llanto llamé a ese hombre.

Comenzó a llover y un relámpago iluminó aquel” extraño rostro”.

Hoy, cada vez que viene alguien, finjo que olvidé lo que una vez creí. Los doctores y mi amigo creen que estoy curado. Pronto saldré.

Pido que quienes lean lo que escribí finjan no creerlo, puede que les pase lo mismo que a mí. Sólo dejen de fingir cuando todo el mundo lo crea, cuando todos estén locos, cuando todos vean aquel rostro cada vez que llueva en sus almas.



Autora

Daniela Alejandra Fraga



La silla de la cabecera



Al regresar del cementerio, cuando aún no podía controlar los movimientos involuntarios de sus manos que temblaban, abrió el pesado portón de hierro negro que separaba la vereda del zaguán en el que de pequeña atesoraba una y otra vez sus figuritas con brillantina.

A pesar del caluroso verano que cursaba dejó de lado el frío que sintió, atravesó el patio de baldosas negras y amarillas prolijamente emplazadas en diagonales e ingresó al sombrío comedor deshabitado desde el último Kipur en familia.

Por alguna razón que desconocía, su mano acarició cada una de las ocho sillas de tapizado verde inglés que rodeaban la mesa que siempre le había parecido enorme pero que ese día sólo le tomaría unos segundos recorrer.

De repente sintió que una energía indescriptible la llevó a rodear con sus brazos la silla de una de las cabeceras, la más cercana a la puerta de la cocina que seguramente seguía chirriando como cada vez que se abría para que una gran fuente de vidrio de pollo con papas cobrara protagonismo después de un prolongado ayuno. La Bobe, siempre apuraba su regreso del Shil, para encender el horno y poder servir ese gran plato reconfortante luego del arenque con café con leche –sabores que ella nunca entendería como podían amalgamarse–.

Sin pensar por qué lo hacía, levantó la silla, y, sin soltarla, caminó unos pasos hacia la habitación principal y la depositó junto al gran ropero color roble oscuro de puertas espejadas. De la cama, retiró un prolijo rectángulo tejido al crochet en naranjas, turquesas y blancos y lo apoyó sobre el asiento de forma tan automática que hasta esbozó una sonrisa en medio del dolor recordando las veces que le habían dicho que ponga algo sobre la silla para que no se marcara.

Tomando envión con su pie izquierdo subió a la silla y tanteó con su mano por encima del ropero. Un ruido metálico la sorprendió al empujar unas llaves sueltas que yacían entre algo de polvo acumulado. Entonces, una curiosidad incontrolable la llevó a palpar el resto de la superficie, descubriendo, un poquito más allá, una pequeña caja que tomó entre sus manos y miró detenidamente como intentando reconocer de qué se trataba.

No la recordó. La abrió. Treinta y cinco años desfilaron en un instante por detrás de sus frontales como si estuviese descendiendo en la montaña rusa de su propia vida.

A tiempo, logró mantener el equilibrio para no caer desde las alturas, aunque no pudo evitar que al agitar sus brazos, la caja volara por el aire desatapándose y desenrollando unos negativos que parecían ser de alguna vieja filmación y que apenas lograría sostener por uno de sus extremos.

Sorprendida, bajó de la silla tomándose por el respaldo y se sentó sobre la cama intentando controlar su respiración entrecortada. Recogió el resto de la cinta prolijamente, pero no la guardó. Y sin despegar su vista del rollo, caminó hacia la ventana de la sala, cuyas persianas estaban entreabiertas ya que “así parece que siempre hay gente” seguía oyendo a sus padres decir al salir de la casa.

Estiró la primera parte de los negativos sosteniéndolos por encima de la altura de sus hombros con ambas manos e intentó descifrar a contraluz de qué se trataba.

Pudo ver dos personas cuyos rostros no alcanzaba a distinguir. Luego, algunas más. Unos cuadros después vio lo que parecía ser una fiesta de casamiento. Entrecerró los ojos intentando agudizar la mirada y se desplomó sobre la misma ventana cuando advirtió allí un par de siluetas que le resultaban familiares.

Del pequeño cajón de la vieja Singer sacó la lupa de marco negro que su madre usaba y recorrió nuevamente los pequeños cuadros convencida de que allí había algo que si bien nunca había visto lo habría vivido.

No pudo contener las lágrimas que la ayudaron a fundir en uno ambos rostros del negativo que observaba. Y los reconoció. Y se reconoció.

Comprendió entonces que su madre, recién muerta, quiso revelarle el secreto mejor guardado de su familia y que nunca, en vida, había podido contarle.

Todavía, no puedo imaginar que la Bobe, hubiese ayudado a refugiarse durante unos meses, a una pareja de activistas en la época de la última dictadura en el país.

Pero mucho menos, me hubiese atrevido a suponer, que yo no soy su nieta.



Autora

Karina Gorenstein



Izmir café



Jamás me había fijado en él.

Durante años había pasado por esa vieja esquina del barrio, sin siquiera retener su nombre.

El recuerdo que en ese entonces tenía del lugar, era más bien vago, difuso.

Sabía que era un café y eso me bastaba. Recién supe de su verdadera existencia, cuando entré al Izmir.

“*Vagarás por las mismas calles y en el mismo barrio te harás viejo*”, me había vaticinado Schultze, una vez, mientras ultimábamos los detalles del plan.

Nunca lo creí. No llegaría a viejo, lo sabía; debí decírselo en ese entonces, pero no me animé a hacerlo.

El tiempo y la geografía del Izmir, de alguna forma, me eran ajenos. La atmósfera vaporosa, lugar con aroma a paraíso vencido, se me hacía eterna.

El barrio había cambiado, yo, había cambiado, el Izmir, no.

“*Siempre llegarás a este lugar*”, rezaba, en itálicadorada, sobre fondo marrón, la carta del Izmir café.

Debía esperar a que Franky pasara a buscarme por “*el café de la calle Gurruchaga*”. Así lo habíamos acordado. Pero las cosas no salieron como las habíamos planificado y esto, no lo había predicho Schultze. A Samuel, durante la huida, le agujerearon la cabeza a balazos. Me había pedido a gritos que le pasara el cargador. No lo escuché, y quedó tendido en el suelo de la recepción.

De Tesler...

—¿Qué se va a servir? —me preguntó.

—Un té rojo por favor —dije de inmediato, sin pensarlo, intentando conservar un tono firme que no denotara mi nerviosismo. Tanteé, con la mano izquierda el portafolio y lo afirmé junto a la silla.

—¿Nada más? —añadió.

—No, nada más —asentí.

El ambiente estaba cargado; una gota tibia corrió por mi espalda.

—¡Perdón!, agregue al pedido dos porciones de aquella tarta de...

—Cerezas. ¿Algo más le puedo traer? —dijo, mientras se le dibujaba una media sonrisa.

Siempre se puede pedir más, pensé.

De Tesler... Sólo recuerdo la expresión de horror de su rostro, cuando le pedí el portafolio al tiempo que apuntaba sobre su pecho.

—Sí, algo más, envuélvame para llevar aquella pastafrola de membrillo que tiene en el escaparate —intenté atenuar cierto atisbo de desmesura, que sentí embriagador, y pensé en Schultze...

Franky ya debería haber llegado.

El tiempo parecía no pasar en el Izmir.

—¿Es todo?

—Ahora, sí, es todo. Tráigame, con el pedido, la cuenta por favor —acompañé la frase, con un gesto de la mano derecha, como si estuviera firmando un documento en el aire.

Me zumbaba la cabeza. Un extraño olor que parecía provenir de la cocina, comenzaba a expandirse y a ganar todo el espacio del café.

Repasé mentalmente el plan. Delas seis balas que me quedaban en el cargador, dos serían para Franky, para cuando me dejara en la casa de Saavedra, las restantes, para Schultze, al tiempo que le daría fuertes razones, al menos tres de peso, de por qué, él tampoco llegaría a viejo; era lo justo, pensé, aunque no estuviera en sus planes.

El mozo giró sobre sus pasos y partió rumbo a la cocina.

Lo vi perderse en la espesura del denso aire.

Franky ya debería haber llegado.

El tiempo parecía no pasar en el Izmir.

Me sentía un poco ahogado y me costaba respirar. Las sienas me latían.

Vino hacia mí y recién noté su presencia, cuando se había marchado, luego de dejar la bandejita metálica sobre la mesa.

Parecía no quedar más nadie en el Izmir, al menos entre los clientes.

Un sonido metálico comenzó a filtrarse por debajo de la puerta de la cocina.

Se hizo más intenso.

Alcancé, a leer el papel que había dejado sobre la mesa.

La luz se cortó, luego... silencio. Únicamente el cuadrado de vidrio esmerilado de la puerta de la cocina, permanecía encendido.

Sólo percibía, el jadeo de mi respiración... y el fuerte olor, que enrarecía el aire y lo tornaba cada vez más denso.

No atiné a sacar el revolver de la cartuchera, no era necesario y de nada serviría. Me recliné sobre el respaldo de la silla e inspiré el aire viciado, por última vez, del Izmir café. Tuve la impresión, de que el lugar, no me era completamente extraño.



Autor

Diego Alberto Cutuli



Un movimiento visitante



Era temprano cuando sentí un pequeño temblor. Estaba nublado, el día anticipaba la extrañeza que se produciría.

Cuando sentí que el suelo se mantenía firme, fui al pueblo como todas las mañanas a realizar unas compras, pero me sorprendí al ver una vecina que pocas veces sale de su casa. Ella vive con su marido, y no tiene hijos. No podía creer que escuchaba su voz pidiéndole al almacenero una gran cantidad de alimentos. Él le preguntó si tenía visitas, y ella le contó que su sobrino había llegado hacía solamente unas pocas horas. En ese mismo momento entró al local, y un silencio estremecedor se produjo; incluso podría asegurar que sentí un temblor en el piso. Mi vecina se puso nerviosa y se apresuró a pagar, y ambos se retiraron.

En el transcurso del día se produjeron varios temblores. Estábamos asustados ya que se repetían. Es la naturaleza que nos pasa la factura— pensaba.

Al llegar la noche no hubo temblores. Como no podía dormir salí a dar una vuelta y pasé por la casa de mi vecina. Todo estaba apagado. Imaginé que dormía, hasta que una luz se encendió y un temblor se produjo.

Volví a casa con rapidez. No pude dormir en toda la noche pensando si la casualidad me estaba volviendo loca o si realmente estaba ocurriendo.

Al amanecer fui al pueblo, y allí se susurraba tanto, que era evidente que no era la única en pensarlo. Una vecina amiga se acercó y me preguntó:

—¿Ha visto doña Julia que estos temblores han ocurrido a partir de la llegada del sobrino de los Solmon? O es casualidad, o ese chico trae mala suerte... O como se comenta por aquí, es él mismo que los causa.

Asentí con la cabeza, y sin decir palabra me retiré. No creía en la mala suerte, ni en otros rumores sobre la práctica de magia negra que supuestamente realizaban los Solmon.

Decidí ir a la casa para saludar y dar la bienvenida a la visita. Nunca había ido, pero tenía la excusa justa para entrar y ver si había algo raro.

Al llegar, la puerta estaba abierta. Entré asustada llamando a la familia. Era una casa oscura, lúgubre; tenía cuadros colgados en todas las paredes, pero en ellos se veían personas y familias muertas retratadas como en otros siglos.

Me asusté mucho, pero al volver hacia la puerta, no podía abrirla; se había cerrado.

Golpeé la puerta desesperada, quería romperla para salir. En ese instante, un nuevo temblor se sintió. Caí al piso. Era muy fuerte. Todo temblaba, mis oídos comenzaron a zumbar. No podía ver bien. Lo único que lograba divisar era unas sombras. Imaginé que era la familia, y empecé a gritar. Los cuadros se tambaleaban, y golpeaban fuerte contra la pared. Cerré los ojos, me senté llorando en el piso, gritando y pidiendo que me dejaran salir. De pronto, el silencio me hizo entender que el temblor había parado. Abrí los ojos y no vi a nadie, solamente una puerta abierta en la otra punta de la habitación. No me atreví a ir hasta allí, pero sí me animé a levantarme y tratar de abrir la puerta por la que entré. Sin dificultad pude salir. No entendía nada.

Salí desesperada. Mi marido me esperaba en casa preocupado. Había tenido que ausentarse unos días por trabajo. Le conté todo lo que había vivido, y lo que en el pueblo se decía. Parecía escucharme, pero no creía nada de lo que le decía. Me pidió que me recostara, que me llevaría un té de tilo para tranquilizarme. Incluso me contó que volvió antes porque había oído sobre los temblores que se estaban produciendo, y que los especialistas habían dado explicaciones lógicas que él no podía reproducirlas con exactitud en este momento ya que estaba agotado. Tenía que ver con una liberación de energía acumulada durante cierto tiempo, con las placas tectónicas que están en permanente movimiento...no sé, no pude entender nada ya que seguía siendo un manojo de nervios.

Mi esposo llamó al médico, y me revisó. Estaba bien, pero alterada por todo lo vivido. Le recomendó que me comprara un sedante para que pudiera dormir más tranquila en la noche. Me dio un beso, y se fue a la farmacia.

Para la noche, todo parecía estar en calma, los noticieros hablaban de los movimientos sísmicos que habíamos tenido, y allí escuché mejor la explicación. Cuando mi marido regresó, estaba pálido. Me pidió disculpas por la demora. Le expliqué que no había problema, que ya había oído en el noticiero lo que había ocurrido. Él se sentó a mi lado y se tomó mi té. Estaba frío ya que no lo había tomado. Me contó que en el pueblo vieron que se fueron los Solmon, y que los habían visto con unas valijas.

—Se habrán asustado como todos aquí, y habrán decidido marcharse por unos días —le dije. Pero él me contestó que salieron del pueblo durante el temblor, y que coincidía con el tiempo en que yo estaba en la casa de ellos y había quedado atrapada.

Nunca más supimos de ellos, ni tuvimos más estos movimientos de la tierra. ¿Era el sobrino que producía estos temblores, o simplemente la casualidad nos había jugado una mala pasada? Explicación científica había, pero la duda nos quedaría instalada...



Autora

Gabriela Shverdfinger



El reflejo



Acaba de sonar la última campanada anunciando que son las seis de la tarde.

A través de la ventana diviso el parque en pleno, los últimos transeúntes corren tratando de refugiarse de la tormenta que se avecina.

Una madre intenta retirar a su pequeño de los juegos, él se resiste; en su mundo de fantasías no hay cabida para la tempestad, a pesar de ello la mujer logra alcanzarlo y envolviéndolo en un abrigo atraviesa el sendero rumbo a su hogar. Para el niño la tormenta se adelantó unos instantes.

El timbre hace que me aleje de la ventana y de mis pensamientos. Al abrir la puerta y ver a ese hombre con sus cabellos revueltos extendiéndome la mano para entregarme un telegrama, mis ojos se nublan y llenan de lágrimas porque imagino la noticia. Tras entregarle unas monedas al mensajero y depositar el papel doblado sobre la mesa de luz, vuelvo al rincón de la habitación, y dejando caer mi cuerpo en un viejo sillón, me pongo a contemplar como las nubes se entrelazan y como las gotas decididas, frescas y transparentes caen por el vidrio desdibujando el paisaje que se ve a través.

Mi mente se remonta al pasado y me veo en un jardín rodeada de flores, estrenando vestido y zapatos, el cabello recogido en la nuca con un moño impecable al tono del vestido, cantando y riendo, esperando su llegada para poder apagar juntos las nueve velitas de mi torta de cumpleaños.

Una lágrima corre por mi mejilla, recorro la habitación con la mirada hasta encontrarme nuevamente con ese papel doblado e inerte, corro a abrirlo esperando haberme equivocado, pero el telegrama decía:

“Mi pequeña, lamento no estar para la boda, pero los negocios me lo impiden. Que seas muy feliz.”

Papá.

Encierro el papel en un puño, tratando de hacerlo desaparecer, luego lo arrojo a un costado.

Parada frente al espejo veo en el reflejo a aquella niña con su vestido nuevo y su moño al tono corriendo por un jardín, llorando al saber que su padre por cuestiones de negocios no asistirá a su fiesta de cumpleaños.



Autora

Olga Graciela Salerno



Nada que hacer



Cuando no tengo nada que hacer pienso qué hacer. ¿Por qué me pasará esto a mí?

Siempre escucho a la gente grande decirle a los chicos: Tenés un cuarto lleno de cosas para hacer ¿Y..., nada qué hacer?

Entonces decidí zambullirme en mi cuarto y pensé que un buen lugar sería mi baúl de juguetes. Cuando me acerqué me di cuenta que no estaba sola, los juguetes me invitaban a entrar.

Dejé mis pantuflas a un costado y me metí bien abajo. ¿Saben qué encontré? una puerta. ¿Cómo podía ser? Tantos años ese baúl en mi cuarto y nunca, nunca me enteré de su puerta, ¿será por eso que los adultos siempre dicen lo mismo?

Me animé y la abrí, ahí descubrí un mundo totalmente distinto lleno de palabras acarameladas, sueños dorados, amaneceres mágicos con príncipes y hadas.

Recorrí castillos llenos de escaleras, conocí nuevos amigos, juntos dibujamos sonrisas atrapamos mariposas multicolores, trepamos un sin fin de árboles hasta que me dormí en un bosque muy mullido de césped.

De pronto me desperté con una hermosa melodía de pájaros que me decían que tenía que regresar, ahí me di cuenta que no estaba sola.

Así que cada vez que sentía que no había nada que hacer, abría la puerta y me metía en el baúl de los juguetes.



Autora

Mónica Inwentarz



La vejez



De pronto se me ocurrió que teníamos que tomar otro tren.

Arrastré a mi madre, convenciéndola de que tenía que conocer un lugar maravilloso.

En verdad, yo nunca había visto siquiera aquella parte de la estación de ferrocarriles, pero algo inexplicable me empujaba.

Había una larga cola en la boletería. Sin embargo, antes de darnos cuenta, ya estábamos arriba del tren en marcha. Era increíble pensar que luego de toda una vida en la ciudad, no conociéramos esos barrios que recorría, ni hubiésemos notado siquiera la existencia de ese ramal ferroviario.

Miramos tranquilamente a través de las ventanas, aunque mi madre un tanto fastidiada, ya que estábamos perdiendo el tiempo con un viaje por la provincia en lugar de volver a casa como todos los días luego de una jornada de trabajo y estudio.

De pronto, luego de casas y casas de similar construcción monótona, delante del vagón surgió un empinado puente antiguo, hecho de rocas, bastante cubierto de musgo.

El tren, cual montaña rusa, ascendió velozmente. Solo había visto un puente así en las películas, pero la mayor sorpresa fue descubrir, luego de llegar a la cima e iniciar el vertiginoso descenso, una exuberante selva.

Comenzó el tren a adentrarse en ella y era tal mi asombro que no atiné a hablar ni a mirar a mi madre. Unos increíbles y enormísimos árboles rojos con forma de niña se sucedían a nuestro paso, sus ramas y hojas cual cabellos al viento. Plantas con diversas formas y colores, animales inverosímiles se sucedían.

Repentinamente, eso inexplicable que me había empujado a emprender el viaje, me indicaba ahora que teníamos que descender en la primera estación.

Y apenas lo pensé, llegamos. Mi madre se dejó arrastrar nuevamente, posiblemente porque el asombro la había enmudecido y paralizado. Apenas el tren partió de la estación dejándonos abajo, las vías se convirtieron en un río cristalino, y el andén en una espesa e impenetrable pared de vegetación.

Todo sucedía a tal velocidad que no me daba tiempo a pensar, y cuando quise darme cuenta, una bestia con forma de foca y rostro de hombre me empujó y tiró hacia atrás, donde había una roca cubierta de peces inertes que emanaban un fuerte olor fétido.

El animal comenzó a acercarse y sus ojos brillaban de furia, mientras que su garganta humana graznaba un gruñido.

Rápidamente entendí que buscaba alimento. Me quité la campera, envolví los peces, y con la otra mano arrojé algunos a la boca del monstruo, para mantenerlo ocupado y que no se abalanzara hacia mi. Grité a mi madre pidiéndole ayuda, pero con el rabillo del ojo pude constatar que se mantenía ajena a mi peligro, absorta, mirándose en el agua cristalina de aquel río hermoso, para mi terrorífico.

Finalmente pude entregar el paquete de peces a la foca humana, y ésta instantáneamente se lanzó al agua y se alejó aleteando. Al darme vuelta, aliviada, para ir con mi madre, vi que ella nadaba siguiendo a la foca cual si le marcara el camino. ¡Ella, mi madre, que siempre había temido al agua, se adentraba con la excelencia de una nadadora olímpica! Mi cuerpo intuitivamente comenzó a correr por la breve orilla, y digo mi cuerpo porque mi cabeza no atinaba a dar respuesta ante tanto estímulo.

Corrí y corrí, pero la orilla iba desapareciendo a cada uno de mis pasos, y no tuve más opción que adentrarme en el río y comenzar a nadar yo también. Las seguí, a mi madre y a la foca, casi sin poder respirar, puesto que la velocidad que llevaban era mucha, y, finalmente, me desvanecí por el cansancio. Pensarán que me estaba ahogando, pero no fue así. Desperté sentada en el tren, sola.

La selva y mi madre habían quedado atrás, y el camino que había recorrido hacia ese país mágico estaba siendo desandado para volver al punto inicial.

Recorrí con la vista las caras de los pasajeros, pero parecían mirar sin ver por las ventanillas de ese espantoso tren. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas, y grité y grité, pero nadie parecía escucharme. La fuerza invisible me impedía pararme, cual si mi cuerpo estuviera imantado a la butaca. Al llegar a la estación todos se pusieron de pie, y de pronto así pude hacerlo yo también.

¿A dónde iría sin mi mamá? Vivíamos solas y no había familia ninguna a la cual acudir en la desesperada situación en que me encontraba.

Resolví en medio del llanto pedir ayuda a los guardias de la estación, pero apenas comencé a recorrerla noté que todo había quedado a oscuras y desierto.

Los pasajeros desaparecieron rápidamente por la salida, y al salir yo también, se desvanecieron tras de mí los rastros de aquella estación, que fue reemplazada

por una pared de ladrillos. En ese momento entendí que se había abierto y cerrado un mundo, y se había tragado a mi madre.

Llorando y sin saber qué hacer me dormí sentada, apoyándome sobre la pared.

Desperté acostada en el suelo, al principio sin entender nada, pero recordé rápidamente lo sucedido al ver que estaba abierta la boletería fantasmal. Corrí hacia allí para sacar un boleto e ir en busca de mi madre, pero al buscar dinero caí en la cuenta de que no tenía mi campera puesto que se la había entregado a la foca, y por ende tampoco mi monedero. Resolví escabullirme entre la gente, e ingresé a hurtadillas en el tren, escondiéndome para que los guardas no me descubrieran.

Todo volvió a suceder, las monótonas casas, el puente de piedra, la selva de árboles como niñas, rojos y gigantes, y por fin, la estación.

Descendí, y automáticamente el andén desapareció.

Allí, donde el río pegaba una vuelta estaba mi madre, bañándose tranquilamente, y yo, con gran desesperación, alegría y tristeza encontradas en mi corazón, corrí y nadé hacia ella, gritando. Cuando llegué, y me le abalancé, me abrazó delicadamente y comenzó a cantar. Nunca mi madre había entonado una melodía tan fascinante.

Me arrulló y su voz fue adormeciéndome.

Pude notar que la foca con cara de hombre nadaba cerca nuestro, y antes de quedarme dormida por completo, miré a mi madre a los ojos y noté al acariciarla que unas pequeñas y ásperas escamas habían aparecido alrededor de su suave cuello.

Cuando desperté, simplemente me encontraba otra vez en el tren. No lloré ni grité, porque sabía que era inútil. Tampoco dormí en la estación, porque descubrí que llevaba puesta mi campera, y dentro del bolsillo las llaves de mi casa, y algo de dinero.

Así, día tras día, al volver de la facultad, y luego de recibirme al volver del trabajo, iba hacia la estación y tomaba el tren para ver a mi madre en aquel país mágico cuyo nombre aún desconozco. Nunca hablé con nadie lo sucedido, y parece que el mundo no notó su ausencia ni mi soledad.

Poco a poco, sus brazos y piernas fueron siendo reemplazados por aletas, su cabello desapareció y su cuerpo se cubrió de escamas. Ya todo era normal para mí.

Un buen día, inesperadamente, llegué a la estación y la pared se mantuvo impasible ante mi mirada. Con tristeza entendí que aquel país mágico ya no

me recibiría más, y que mi madre, finalmente, había pasado a ser parte de él por completo.

Por años, día tras día volví para observar la pared.

Serán los primeros en saber mi historia, que aquí termina, ya que soy tan vieja como lo era mi mamá, y encontrándome frente a la brecha otra vez abierta del país mágico entiendo que ahora llegó mi hora de volver a ingresar para nunca más regresar.



Autora

Lucía Ruderman



Piedra libre a la palabra



El maestro busca sin cesar la palabra que se le escapó justo cuando iba a decirla. ¿Adónde se habrá ido esa palabra que tenía en la punta de la lengua? ¿La habrá escondido algún alumno? ¿Se habrá ido a un lugar donde se juntan estas palabras? ¿Un reino de palabras perdidas? Las palabras que se escaparon, ¿dónde te están esperando?

La palabra es: un conjunto de letras disparatadas que van de un lado a otro, saliendo de la boca, para hacer reír o llorar. Simplemente expresando nuestros sentimientos. Viajando en diferentes culturas. Por eso la palabra es amistad, confraternidad... ¿la palabra es...?... lo que nos diferencia de los animales. Con ella decimos, cantamos y contamos cosas. ¿Pero dónde van las palabras que no quieren quedarse? El maestro, no pudiendo ignorar el silencio justo cuando iba a decir algo; quiso investigar, porque tenía la seguridad de que las palabras no dichas, estaban en algún lugar. Siguió preguntándose donde estarían escondidas. Decidido a encontrarlas buscó en libros, preguntó a sus colegas, superiores y alumnos, pero nadie sabía la respuesta. Era tal su afán de encontrar su escondite, que un día, después de clases puso en una mochila una brújula, un mapa, una linterna, un cuaderno y un lápiz y montando en su bicicleta, emprendió un viaje.

En el camino se cruzó con una plaza ¿estarán ahí las palabras perdidas?

Decidió entonces preguntar. Vio a unos neños en las hamacas y les preguntó, pero no le supieron responder; también a unos padres, pero tampoco le supieron decir.

El maestro cansado de tanto preguntar se sentó en un banco. Pasaba por ahí un vendedor de pochoclos y el maestro le preguntó: ¿Sabrás dónde quedan las palabras sin decir? Y el vendedor le contestó:

—Sabe maestro... acá cerca hay una biblioteca ¿no estarán ahí las palabras perdidas?

La cara del maestro se iluminó de alegría y le respondió:

—¡Sí...ahí deben de estar! —y tomando sus cosas se subió a su bicicleta y emprendió un nuevo viaje hacia la biblioteca. Después de un largo viaje la encontró. Emocionado bajó de su bicicleta, tomó sus cosas y entró en ella. Vio una ventana, se acercó y le dijo al encargado:

—Vengo desde lejos en busca de las palabras perdidas, y me dijeron que las podía encontrar en esta biblioteca. —El joven le explicó cómo tenía que buscar.

El maestro empezó a consultar varios libros pero no pudo encontrar nada. Con la cabeza baja, los brazos caídos, salió de la biblioteca y sin ganas de seguir adelante se subió a su bicicleta decidido a no buscar más...Volvía y en el transcurso del viaje se puso a pensar una y mil veces y dijo:

—¡¡¡NO ME DARÉ POR VENCIDO, SEGUIRÉ BUSCANDO!!!

El maestro siguió rumbo hacia un lugar desconocido, quizás en algún lugar del mundo podría reencontrarse con sus palabras queridas.

Después de mucho andar, el maestro llegó a un bosque encantado en busca de aquellas palabras perdidas. Maravillado por el paisaje encantador que le ofrecía el lugar, comenzó a recorrerlo sin perder tiempo. Buscó detrás de cada árbol, debajo de cada piedra, hundiendo sus pies en el arroyo, adentro de cada nido y de cada flor, pero no hubo caso, las palabras perdidas estaban muy bien escondidas y no querían aparecer.

De repente, apareció frente al maestro el hada del bosque, y con su varita mágica, hizo aparecer frente a él un cofre enorme y muy pesado. ¡Qué intriga! pensó... ¿Estarán aquí las palabras que busco?

Lo primero que hizo el maestro fue acercarse al cofre con un poco de desconfianza. Dio vueltas a su alrededor, mientras pensaba: “Si las palabras están adentro del este cofre ¿Cómo voy a hacer para cargar con tanto peso?”. Llevar la bici, la mochila, el cofre y... ¿Las palabras? Acercó su oreja a la cerradura y de pronto dio un salto hacia atrás.

Despacio y con cuidado volvió a repetir el movimiento. Se escuchaban risitas, golpes, carcajadas y chistidos.

El maestro no pudo más con su intriga y en un sólo paso, levantó la tapa del cofre.

Inmediatamente observó un grupo de letras que salieron volando y...del susto el maestro tropezó y cayó sentado al piso.Las letras bailarinas, despacio y con suaves movimientos, se alinearon y formaron la palabra: ACTITUD. ¿Qué? ¿Qué pasa? se preguntaba el maestro, que no salía de su asombro y seguía sentado en el suelo.

El maestro se puso de pie, sacudiendo su ropa que se había llenado de tierra al caer y pensaba: “¡¡QUÉ SUERTE!! ¡¡¡ENCONTRÉ UNA PALABRA!!!”

Pero... ¡¡es una sola!!... ¡¡¡¡Y está adentro de mi mochila!!!! ¿Entonces existirá el reino de las palabras perdidas? ¿Será donde se encuentran las que no

quieren quedarse a ser parte de otras historias? ¿De otras aventuras? Difícil será buscarlas. Sube a su bicicleta y continúa la búsqueda.

“¿Las palabras que busco no las encontraré aquí?” se dijo. Entonces se dirigió hasta la estación de tren más cercana. Llegando al andén, se encontró con Rogelio, el maquinista, que rápidamente lo reconoció...

—¡¡¡Profe!!! ¿Qué anda haciendo por acá? —dijo sorprendido.

—¡¡Hola, amigo!!, estoy en busca de un tesoro maravilloso.

—¿Y cree que en esta estación puede llegar a encontrarlo? —le dijo Rogelio.

—Mmm...he recorrido cada rincón de esta ciudad. Sólo encontré una parte y necesito descubrir el resto para mis queridos alumnos.

—¿Y qué es eso tan importante que precisa encontrar?

—¡¡Palabras... querido Rogelio!! Sabias y maravillosas palabras.

—Entonces no hay más que hablar. Subí tu bicicleta al tren que mientras me cebas unos mates, te llevaré a una ciudad donde quizás puedas encontrarlas.

—¡¡Gracias Rogelio!! Te voy a preparar unos ricos mates.

En ese momento, se escuchó el silbato del tren y el maestro marchó a su aventura.

Entre mates y charlas, el maestro le dice a Rogelio:

—¡Estoy muy emocionado, tengo mucha ansiedad por llegar lo más rápido posible a la ciudad!

Tiene muchas expectativas que en la ciudad encontrará las palabras que faltan.

“Estas palabras son tan traviesas y tan difíciles de encontrar que voy a tener que recorrer ciudades, pero lo más importante es que no me daré por vencido...” decía el maestro.

El maquinista toca el silbato anunciando la llegada, pero a medida que el tren se acercaba a la estación, Rogelio y el maestro fueron viendo aparecer miles de edificios hechos de palabras, altísimos rascacielos cuyos ladrillos, mosaicos, vigas y cristales eran todas palabras, grandes y chiquitas. En cada lugar vivían palabras que empezaban con la misma letra; y en las calles, colectivos, tiendas y plazas se mezclaban todas formando frases, párrafos, estrofas, haciendo historias, inventando juegos y creando rondas.

El edificio de la H era de cristal, totalmente transparente, porque la H no suena. Los vientos eran un montón de palabras que empezaban con F; los ríos eran letras de canciones que fluían; los árboles eran familias de palabras que tenían todas la misma raíz. Esto era finalmente lo que el maestro tanto buscaba, la ciudad de las palabras perdidas, a la cual sus habitantes llamaban “DICCIONARIA”. En el museo de

la ciudad encontró las palabras antiguas que ya no se usaban más, en los hospitales se curaban las palabras mal usadas y en las fábricas se inventaban nuevas. El maestro, emocionado y agotado de tan largo viaje, cargó su mochila con miles y miles de palabras... y se dio cuenta de que no pesaban nada... Por suerte podía llevar muchas.

Pero lo más importante para él fue recordar dónde encontrarlas, cuando las necesitara, y enseñarle a todos sus alumnos la dirección para que siempre que necesiten una palabra que no conozcan, o nueva o muy antigua o que no sepan cómo se escribe, sepan adónde ir...: a “DICCIONARIA”.



Autor

Emanuel Angel Bianchi



III

Flores lucentes del jardín del cielo *(Lo maravilloso)*

*De la tiniebla triste
preciosas joyas, y del sueño helado
galas, que en competencia del sol viste;
espías del amante recatado,
fuentes de luz para animar el suelo,
flores lucentes del jardín del cielo.*



Francisco Gómez de Quevedo Villegas
y Santibáñez Cevallos



De gotas y flores



Todo sucedió en un lugar muy, muy, muy lejano. Ni para el este. Ni para el oeste, para el sur o para el norte. Para allá...si si, para arriba. Si miras bien, haciendo mucho esfuerzo y entrecerrando los ojos podrás ver: la ciudad de las nubes. Es tan pero tan blanca que nadie camina por su superficie. Sus habitantes se desplazan por el aire. No existen las veredas, ni las calles. Todo es tan claro, que no usan electricidad para iluminarse. Y como se alimentan de agua, ni siquiera ensucian.

La familia Delagota, vivía en una modesta nube. Su casa, era blanca y con perfume a jazmines. Ese aroma que llegaba desde un jardín que se encuentra allá abajo, justo ahí.

Clarita Delagota era la pequeña de la familia: brillante cuando había Sol y opaca los días de tormenta. Parecía una gotita de rocío.

Un día, Clarita caminaba mirando el cielo. Tan distraída estaba, que tropezó y cayó. Pero al caer, comenzó a deslizarse lentamente. Parecía agradable. Clarita sentía que el viento la llevaba de acá para allá.

“¡Qué divertido!”, pensaba. Y mientras caía, empezó a ver que todo era diferente. Los sonidos eran cada vez más fuertes y ella misma comenzó a perder brillo.

Felisa caminaba de la mano de su mamá rumbo a la escuela. Su guardapolvo de sala rosa parecía un vestido de fiesta. Y su pelo atado, llevaba una colita con una flor color anaranjada. Como era su cumpleaños, su mamá había preparado una rica chocotorta especialmente para el festejo, con una vela de colores formando el número seis. Si, ya está terminando su preescolar y el año próximo empezará primer grado.

Su familia vivía en un modesto barrio. Su casa era blanca y con perfume a jazmines. Ese aroma que llegaba desde el jardín a través de la ventana.

Así fue como Clarita, fue a caer justo sobre la flor anaranjada de la cabeza de Felisa. Juntas fueron a la escuela. Era el primer día de clases de la niña Delagota. Aprendió, jugó y festejó. Y al terminar el día de clases, juntas se fueron a casa.

Felisa fue corriendo a su habitación, soltó su cabello y comenzó a peinarse. Dejó su colita de flor anaranjada sobre su cama.

—¡Feliz cumpleaños!

El sonido era casi un susurro. Recorría con su mirada toda la habitación sin descubrir de dónde provenía esa voz. Entonces, buscó su lupa. Y cuando llegó a su colita, la vio. Clarita agitaba sus manitos casi transparentes. Tenía una gran sonrisa blanca.

Fue muy fácil para ambas hacerse amigas. Charlaron sobre cosas de chicas, de familia, de escuela y se quedaron dormidas.

Todos los días, Felisa, usaba su colita con la flor anaranjada. Y juntas iban a la escuela. Así aprendieron un montón de cosas.

Fue durante una larga noche, muy oscura y silenciosa, cuando Clarita, casi llorando, despertó a su amiga. No se sentía muy bien. El calor del verano la hacía sentir muy débil. Y como todos los chicos cuando se sienten mal, ella quería estar con su mamá y su papá.

Felisa llamó a la suya para pedirle un consejo. Había que encontrar la forma de ayudarla. Pero, como a los habitantes de las nubes sólo los curan los médicos de las nubes había sólo una solución posible: Clarita debía volver a su casa.

Los chicos también toman decisiones difíciles. A pesar de tener que separarse, sabían que era lo mejor.

La mañana siguiente fue la elegida. Operación: “Regreso a casa de Clarita”.

El jardín de Felisa estaba lleno de jazmines que perfumaban el lugar. Alrededor del patio, unas rejas blancas muy altas. Atado a las rejas un hermoso e inflado globo color rojo del que colgaba una canastita atada al hilo. Sólo faltaba esperar que sople el viento. Mientras tanto, las dos amigas se despedían a cada rato, por las dudas. Cuando llegara el momento debían estar listas.

—¡Viento! ¡Viento! —gritó la mamá.

Entonces, Clarita se subió y esperaba el momento del despegue, justo cuando se desatara el hilo de la reja.

Felisa corrió hasta la casa y trajo su colita de flor anaranjada y se la dio en sus manitos pequeñas casi transparentes, y ella agradeció con su gran sonrisa blanca.

Fuerte fue el viento que hizo que el globo subiera. Y Clarita, asomada en su canasta, y veía cada vez más pequeña a su amiga que no dejaba de agitar sus manos.

El viaje fue tranquilo. Clarita sintió el brillo del sol en sus ojos y se despertó. Y cuando los abrió se encontraba en su habitación. Su mamá y su papá la llamaban para compartir su vaso de agua de la mañana. Ahora se sentía mejor, estaba brillante de nuevo y se sentía muy bien.

Todas las tardes, Clarita se asomaba en su nube mirando hacia esa casa que le regalaba su aroma a jazmines, y todas las noches, al dormir, saludaba a la colita de flor anaranjada que guardaba bajo su cama.



Autora

Carmen Beatriz Cerminara



Ariel y el helicóptero invisible



Todos los niños estaban sentados en sus sillas y listos para comenzar la clase. La mañana estaba cálida, húmeda y por eso las ventanas estaban abiertas desde tempranito porque Carlos, el portero de la escuela, se encargaba de esta tarea todos los días. Era muy cuidadoso en este tema, escuchaba el pronóstico, miraba las nubes, sacaba sus propios cálculos meteorológicos y según sus resultados, abría las ventanas o prendía las estufas. Quería que el clima en las aulas fuera el adecuado para que todos pudiéramos trabajar cómodamente.

Y después con mucho orgullo decía:

—¿Qué tal señorita, se trabaja bien hoy, no?

Ventanas abiertas, ojitos que se van por ellas. Desde las sillas petisas se ve el cielo y algunas ramas de los árboles más altos de la puerta de la escuela. Pero Arielito siempre veía algo más. Ocurría muchas veces, que giraba su cabeza rápidamente hacia la ventana y exclamaba:

—¡Ahí está!

Todos mirábamos buscando algo diferente porque se lo notaba muy entusiasmado en lo que veía. Pero nosotros... Nada. Nada que nos llamara tanto la atención como le sucedía a Ariel.

Era primer grado y ya habían pasado tres meses desde que se iniciaron las clases. Los fríos del otoño todavía se resistían a llegar, con lo cual, había muchos días de ventanas abiertas.

Ariel tenía unos ojos preciosos, pestañudos, pelito lacio tirando a rubión y dos mofletes que se llenaban de huequitos cuando en su imaginación creaba historias que lo divertían muchísimo y lo hacían soltar carcajadas que nadie entendía. Otras veces se ponía muy serio, fruncía las cejas, buscaba algo en el aire hasta que su mirada se volvía a escapar por la ventana.

Un día se confesó. Se acercó a la seño y le dijo en tono de preocupación:

—Seño, ¿vos no viste mi helicóptero invisible?

La señorita se extrañó con la pregunta y pensó que sería una de sus fantasías, por eso le pidió que volviera a su lugar y continuara con su trabajo. Pero Ariel estaba realmente preocupado, hacía varios días que no veía a su helicóptero invisible y temía no poder realizar sus viajes cotidianos. Eran unos paseos maravillosos que lo transportaba a todos los lugares que describía la seño cuando contaba historias o leía cuentos. Le sucedía de esta manera: escuchaba

una historia, cerraba los ojos, se concentraba mucho mucho mucho y cuando abría nuevamente los ojos se subía al helicóptero invisible para recorrer prados, montañas, playas, no solo de ahora sino también de otras épocas muy remotas. Así fue como conoció a San Martín justito que trepaba con su mula por un costadito de la cordillera o a los indios que le enseñaron a remar en las canoítas de troncos. ¡Qué momentos hermosos, si hasta se sentía el airecito fresco en la cara mezclado con la bruma! ¿Cómo no disfrutar de esos paseos estupendos en el helicóptero de Ariel?

Por eso estaba tan preocupado por haberlo perdido. Así que organizó una búsqueda minuciosa. No hubo niño en la escuela que no supiera de su penar. Los maestros no le dieron tanta importancia como los chicos pero la cuadrilla infantil no se desilusionó. Pidieron datos a cuanto chico pasaba por el patio y organizaron reuniones secretas en el pasillito que dirige al baño de varones. Tenía que estar todo calculado porque una búsqueda tan importante merecía seriedad.

Un día, medio cansado y medio triste, Ariel volvió a preguntar a la seño: —¿De verdad no viste al helicóptero invisible seño?

Conmovida por esos ojitos pestañados y por esos mofletes que ya no se ahuecaban con las carcajadas que nadie comprendía, la seño mintió y dijo que sí, que lo había visto acercarse a la ventana que está justito al lado de su lugar en el aula. ¡Ni se imaginan los huecos que aparecieron en esos mofletes que se hinchaban de a poquito pero de manera imparable! Ariel salió corriendo, llamaba a sus amigos, los invitaba a la ventana con risas y gritos de alegría inmensa. La seño no corría tan rápido como para ir detrás de ellos pero llegó unos segundos después. Los niños no estaban, el helicóptero invisible tampoco. La ventana estaba abierta.

La seño se sentó en su escritorio, tomó un libro de cuentos de esos que les leía a los nenes todos los días y mirando las páginas comenzó a leer para sí.

Sus ojos se cerraron, sintió el aire fresco en su rostro mezclado con la bruma que producía la canoa del indiecito y del cielo, entre las nubes, bajó un helicóptero repleto de nenes que la llevaron a dar el paseo más maravilloso de su vida, desde donde se podía ver todo, todo, todo porque era invisible.

A la mañana Carlos, el portero, no abrió la ventana porque el clima ya estaba muy fresquito. La seño y los nenes comenzaron su trabajo como todos los días. Pero había una mirada cómplice que los unía llenándoles los mofletes de huequitos por las carcajadas que ahora todos comprendían.



Autora

Patricia Lucía Ortega



El país mágico



Hace mucho tiempo, mi abuela me contó que su madre conoció a una niña llamada Rebeca, que viajó por el mágico país de las hadas.

Ella era traviesa, como pocas, de pelo rojizo, con muchas pecas, unos hermosos hoyuelos que se marcaban en su cara, cada vez que sonreía. Tenía unos enormes ojos negros que se iluminaban, cada vez que recibía uno de sus libros favoritos, era lo que la hacía feliz.

Uno de sus pasatiempos más comunes era leer historias de príncipes, princesas que eran rescatadas en caballos blancos, en ese mundo también había duendes traviosos, elementos mágicos que tomaban distintas formas y tamaños.

En sus sueños solía encontrar esa llave mágica hacia mundos imaginarios, encantados pero nunca imaginó lo que iba a suceder aquel día de verano.

Era una noche brillante como pocas, ella intentaba dormir después de leer una hermosa historia, como lo hacía siempre, pero lo único que conseguía era dar vueltas en la cama como un trompo. No sabía que esa noche cambiaría su vida.

Mientras, que el sueño le iba ganando, un rayo de luz entró por su ventana, éste parecía una lluvia de estrellas de colores y comenzó a tomar forma de una figura humana que sonreía como una estrella titilante, era una mujer de larga caballera dorada y brillante ¡ERA UN HADA!!!!!!!!!!!!!!

Tenía una voz dulce como el canto del ruiseñor, sus vestimentas parecían los rayos del sol y en su mano llevaba un anillo que deslumbraba con su brillo de mil colores, pues tenía poderes mágicos, por eso quien lo mirara sentía cosquillas en su cuerpo.

Su nombre era MANDOLA, venía de un país mágico, donde las aguas danzaban en todos los sentidos, donde las casas estaban construidas con flores blancas, lazos rojos y campanillas que tintinean al entrar en ellas.

¡EL SUEÑO DE REBECA SE HIZO REALIDAD!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

Mandola, era el hada de los sueños, de la buena fortuna y ¿saben qué?... Invitó a Rebeca a conocer su mundo, el que la niña siempre soñó y tanto imaginó.

Al instante se le pintó una sonrisa en su cara como cuando los niños reciben ese juguete especial que por tanto tiempo esperaron.

En un abrir y cerrar de ojos, el hada, ante el asombro de la niña se convirtió en una hermosa mariposa blanca y brillante, que con el aleteo de sus alas ofrecía un espectáculo mágico.

Rebeca subió sobre sus alas y voló, el mundo visto de arriba tenía otro color, se veía toda la ciudad. Luego de ese viaje, tan cómodo, llegaron a un bosque verde, muy verde, a lo lejos se escuchaba una orquesta invisible y melodiosa, la brisa traía un olor a rosas frescas.

Al comenzar a caminar por ese país mágico y sorprendente todo era un descubrimiento. Los árboles eran grandes y tenían todas las flores del mundo en distintas tonalidades, que alegraban la vista, los frutos eran de oro y piedras preciosas, ¡Ah! también había ciertos frutos que conservaban la juventud eterna decía Mandola.

Las flores más bonitas y coloridas se llamaban campanillas, que se usaban en todas las puertas para llamar la buena suerte y los mejores momentos.

Mientras recorrían ese mundo único, inimaginable, Rebeca veía el paso de las hadas en carrozas tiradas por hermosos cisnes, a la vez que otras jugaban con pelotas de oro.

A lo lejos de ese paraíso se veía un río de aguas cristalinas bañadas por los rayos del sol. En este lugar no existía el tiempo, siempre se era joven, se sanaban todas las heridas, no existían las enfermedades, la única estación que existía era la primavera y si por casualidad llovía el agua no mojaba solo formaba increíbles arco iris de colores.

Esa noche la niña jugó con las estrellas y durmió sobre un colchón de rosas.

Antes de dormir Mandola le contó algunos secretos, a la niña:

—Cuando las primaveras eran más perfumadas, se las llamaba “llaves del tesoro” y tenían el poder de revelar donde las hadas ocultaban sus riquezas.

—Si tomabas una infusión de una planta aromática de hermosa florecillas rosas llamadas SERPOL podías ver toda clase de hadas.

—Las flores que apasionaban a las hadas se llamaban ESPINOALBAR.

—Cuando uno caminaba por los alrededores de los castillos encantados debía estar atento de no pisar la hierba de la perdición, éstas tenían la propiedad de extraviar el camino no pudiendo encontrar el camino de regreso.

—Otra hierba que las hadas cuidaban se llamaba ERVALUZZA que permitía a todo aquel que la llevara encima ver cualquier engaño.

¡¡¡Cuántos secretos, cuánta magia!!!!!!!

El cansancio venció a la niña, que se durmió envuelta en un atrapante olor a rosas.

Cuando sus ojos se abrieron, estaba en su cuarto rodeada de riquezas, flores y ese aroma a rosas, que había sentido en el país mágico. De repente, una nota a lo lejos con una hermosa campanilla le llamó la atención.

Al leerla decía: “Espero que hayas disfrutado de mi mundo, que tus sueños se hagan realidad, nos volveremos a ver pronto, pero recuerda que siempre estaré cuidándote los sueños, no lo olvides. Con cariño, Mandola”.

Rebeca sonrió y un rayo de sol entró por su ventana para confirmar que su hada madrina estaba allí guiñándole un ojo y cuidándola.

No se sabe por qué razón o hechizo, la niña vivió muchísimos años para contarle la historia a sus nietos y bisnietos, ese mágico viaje al país de las hadas.

Mandola toda la vida la acompañó y ¿saben por qué? Porque cada mañana al lado de su cama, todas las mañanas había un hermoso ramo de campanillas, para que supiera que no estaba sola, que su viaje no había sido un sueño, sino una hermosa realidad.



Autora

Marcela Adriana Delgado



La novia de papá



El papá de Jesi se había puesto colorado, morado, un poquito verde y haciendo un gran esfuerzo, había recobrado sus colores. Pero ahora tosía, y cuando parecía que iba a recobrar la voz, un sonido finito, como un silbido, le salía de la boca.

Jesi, escribía en su netbook, recostada en su cama.

—Y... bueno... —consiguió decir al fin el papá—. Con Vero nos conocimos hace un tiempo... y... ahora... pensamos... que... o sea... vendríamos a ser algo así como...

—Novios, pá... —Jesi levantó la vista de la pantalla—. Obvio.

—¡Sí! ¡¡Eso!! —y el papá sonreía pero le temblaba un poco la boca— y... en fin... a mí me gustaría que vos pudieras... conocerla, digo, si te parece, si querés, si tenés ganas... si... no tenés nada que hacer en la compu...

—No es compu, pá —dijo Jesi, con voz de aburrída—. Es netbook, y estoy buscando la tarea que me dejó la seño en Edmodo.

—¿En el quién?

—Ed-mo-do, pá... bueh, no importa. Pero mi seño siempre me tiene que arruinar el finde. Seguro que me dejó un choclo...

—Bueno hija pero es importante para tu educación que...

—Sí, sí, sí pá... y tu novia ¿cómo se llama?

—Vero... Verónica Cortez.

—¿Y qué hace?

—Anima fiestas infantiles.

—Ah! —Jesi sonrió con picardía—. Qué bueno.

—Sí y vas a ver que te va a encantar, es muy linda y muy buena con los niños. Entonces, mañana ¿te paso a buscar?

—Ahá.

—Bueno, chau mi amor —el papá se acercó y le dió un beso en la frente—. Nos vemos.

—Ahá —volvió a repetir Jesi y le sonrió con cara de buena.

El padre salió de la habitación y en ese mismo momento, Jesi puso trompa, frunció las cejas y repitió haciendo burla: “Vero, mi novia, es muy buena con los niños”..., pero —pensó— ¿Quién será esa fulana?...

Entonces, se le iluminó la carita... “¡Ya sé, la voy a buscar en Facebook!”

Los deditos de Jesi se movían tan rápido sobre el teclado de la netbook que parecía cuando las primeras gotitas de lluvia caen muy rápido desde el cielo.

—Esta no... Esta no... ¡Cuántos nombres iguales!..., a ver.... ¡Sí! ¡Acá está!... Verónica Cortez... 37 años..., animadora de fiestas infantiles... “Tiene una relación”, si claro... Vive en Buenos Aires..., estudió en la escuela Halloween... ¿Escuela Halloween?... Nunca la oí nombrar..., a ver los contactos... ¡Oh!

Los grandes ojos de Jesi se volvieron más grandes todavía.

—Madrastra de Blancanieves... Hada mala de La bella durmiente..., madrastra de Cenicienta..., madrastra de Rapunzel... Baba—Yaga..., madrastra de Basilisa... ¡Son todas brujas!

Jesi murmuraba todo esto, mientras su mirada giraba de un lado al otro de la pantalla.

—“Verónica asistirá al evento Gran Aquelarre primaveral”... La bruja Baba—Yaga comentó: “¡Qué hermosa tarde para un hechizo...”, Verónica comentó: “Me gusta”... Verónica cambió la foto de su perfil: Abrazada a su gato negro y con un gorro negro y puntiagudo en la cabeza... Verónica compartió un enlace: “Receta de niño al horno con papas”, la madrastra de Rapunzel comentó: ¡Lo probé, muy rico, lo recomiendo!”... ¡Oh no!..., ¡mi papá se enamoró de una bruja...!

—¡Jesi! ¡Jesi!, ¡A tomar la merienda!...

—Ya voy má...

Jesi cerró la netbook de un golpe. Todavía estaba pálida cuando se sentó en la mesa de la cocina.

La mamá, de espaldas, le servía la chocolatada en un vaso.

—¿Estuviste hablando con tu papá? —le dijo, sin mirarla.

—Ahá.

La mamá se dió vuelta.

—Y te contó sobre Verónica ¿verdad?

—Ahá.

—Mañana vas a conocerla..., a mí ya me la presentó... me cayó bien, es simpática.

“Qué modernos mis papás”, pensó Jesi, “Si supiera que es una bruja...”

—¿Y qué vamos a merendar? —le preguntó, para cambiar de tema.

—Un riquísimo pastel de manzanas —la mamá sonrió—. Me las trajo Verónica, de su propia huerta...



Autora

Natalia Laudizio



El pedido



Durante casi una semana, la ciudad sufrió varias tormentas eléctricas con mucha lluvia y hasta granizo.

Los pronósticos no eran los mejores, se esperaba un desmejoramiento aún mayor, y por supuesto, llegó.

La tarde del domingo 20 de agosto fue terrible. Después de una fuerte lluvia, comenzaron los rayos y los truenos. Ese fue un domingo que se recordaría por siempre.

Eran las 17:05 horas cuando el gran rayo cayó y la electricidad cambió.

A partir de ese momento la gente comenzó a darse cuenta de que algo pasaba, algo había cambiado.

Las quejas se multiplicaban por miles pero no tenían respuesta. Tuvieron que esperar al lunes por la mañana para ir a reclamar a la distribuidora de electricidad, ya que todos pensaban que el gran rayo era el causante de todos los desperfectos de los artefactos eléctricos y electrónicos de las casas.

Todavía había calma, aunque algunos estaban bastante preocupados.

Durante la mañana del lunes se empezó a juntar mucha gente en los locales de las empresas eléctricas, más de lo que cada uno pensaba. En la sucursal del barrio de Mataderos, una empleada repartía los números en la fila para poner un poco de orden y también les explicaba que podían hacer el reclamo telefónicamente, que era más fácil y rápido.

Todo en las casas estaba distinto, lo que pasaba en realidad era que había muchas cosas que no funcionaban y no se trataba de los artefactos, no eran ellos el problema, sino que no había electricidad para abastecerlos.

Lo mismo se repetía en todos los hogares, había luz en todos los ambientes, en los edificios, en las calles, en todas partes, funcionaban todas las heladeras y en los hospitales funcionaban solamente los aparatos que están en los quirófanos y urgencias.

Cuando las baterías de los teléfonos celulares, notebooks, netbooks, radios, iPad's, juegos y cualquier otro aparatito raro, no había forma de volverlo a cargar porque los enchufes estaban como muertos, nada de lo que se conectaba se prendía o se cargaba.

A Germán, un adolescente que estaba desesperado sin sus "chiches", se le ocurrió pensar que si la heladera funcionaba era porque el toma corriente transportaba electricidad. Entonces la desenchufó y en su lugar conectó el teléfono para cargarlo, pero... fue imposible, no se le prendió ni una luz y tampoco se cargó la batería. Volvió a enchufar la heladera y arrancó como un auto nuevo.

Mientras tanto en la sala de internaciones número 4 del hospital Santojanni, en la cama número 106, estaba la abuela Sara, que era la abuela de Germán. Llevaba unos cuantos días allí porque la operaron de la cadera, que se la quebró cuando se enganchó con el cable de la PlayStation en el momento en que sus nietos estaban como locos jugando un partido de fútbol entre Brasil y Argentina.

La familia no iba mucho a visitarla porque todos estaban súper cargados de actividades, pero eso sí, se habían encargado de dejarla informada y comunicada y a todos le decían que habían dejado a la abuela acompañada, acompañada por un televisor y un teléfono multitouch que hace de todo, lástima que no le pone la chata, y no le alcanza un vaso de agua para tomarse los remedios.

Sara no era muy despierta para la tecnología aunque junto con los aparatos había recibido unas rápidas lecciones que le desordenaron un poco las ideas, pero se daba maña.

Cada vez que con gran esfuerzo, Sara lograba mandar un mensaje, nadie le respondía. Cuando los llamaba, atendía el contestador: “En este momento no puedo atenderte, dejá tu mensaje y me comunicaré a la brevedad”. ¿Brevedad?, una larga brevedad.

Un domingo por la mañana, el mismo de la tormenta, con ayuda de la enfermera, Sara se cambió el camisón, se puso el de las visitas y estaba esperanzada pensando que alguien vendría a acompañarla para compartir el almuerzo.

Llegó el mediodía, llegó la camarera con la comida y no llegó nadie más.

Sara se puso un poco triste pero como era muy fuerte lo sobrellevó. Claro que pensó: “¿Para qué sirven los teléfonos si nadie me responde? Ojalá no existan más, ni los teléfonos ni nada. ¡Qué los parta un rayo!”.

Miró un poco la tele y se quedó dormida.

Entre sueños escuchó la tormenta, tenía un dormir muy pesado, porque a pesar de lo fuerte que fue, no llegó a despertarse.

Parece que el pedido de Sara se hizo realidad.

Cuando después de la tormenta, la abuela se entera que ya ninguna comunicación funcionaba se preguntó muy preocupada: “¿Habré sido yo la causante de este desastre? ¿Seré bruja?”.

Nunca se supo qué fue lo que pasó. Duró casi dos semanas y sirvió para que muchas familias se hablaran y se encontraran cara a cara por primera vez, para que los amigos se juntaran y para que Sara empezara a tener visitas todos los días.



Autora

Laura Virginia Fernández



La bañera, la sirena y el dragón



Había una vez, en un país muy, muy, pero muy lejano, tan lejano que si querés ir tenés que tomar un barco, veintidós colectivos y un tren, vivían en medio de un hermoso valle un enorme dragón y una bella sirena. Él se llamaba Toto y ella Dorita. Vivían en un enorme castillo con tantas habitaciones que a veces terminaban perdiéndose en ellas y no podían encontrarse.

—¡¡¡Doritaaaaa!!! ¿Dónde estás? —gritaba Toto.

—¡¡¡AcáaaToto!!! —contestaba Dorita.

—¿Dónde Dorita? ¿Dónde?

—Estoy en una habitación en el primer piso, pero no sé bien cuál, Toto.

Y así estaban a veces días y días buscándose por las distintas habitaciones.

Llegaron a estar semanas enteras sin poder hallarse, pero al fin cuando lo lograban ¡Qué alegría!

—Tendríamos que mudarnos a un departamento más chiquito, Toto —decía Dorita, mientras se secaba las lágrimas y no dejaba de abrazar a Toto por el reencuentro.

—Así no nos perdemos más.

Pero amaban tanto ese castillo que les costaba irse a vivir a otro lado, y así andaban perdiéndose y encontrándose una y otra vez.

Una noche de verano en que Toto se había acostado y estaba comenzando a leer un libro de dragones, divisó por el rabillo del ojo algo que caminaba por la pared. Miró bien y allí la pudo ver. Una horrible cucaracha negra de enormes antenas subía con sus horribles patitas por la pared que estaba al lado de la cama. Toto casi se desmaya. A pesar de que los dragones son animales tan imponentes no hay nada a lo que teman más que a una pequeña cucaracha.

No pueden soportar ver una; se desesperan, se paralizan, se hacen pis encima, se les seca la garganta y no pueden vomitar su fuego, que dejaría en un santiamén al pobre bichito reducido a un montoncito de cenizas.

Lo cierto es que Toto entró en pánico y salió desesperado volando por la ventana. Y voló y voló lejos hasta llegar a la cima de la montaña más alta de la zona, y allí se quedó temblando del susto con las alas extenuadas por tanto esfuerzo.

La Dorita, cuando dejó de tejer como hacía todas las noches, y se fue a acostar, notó con sorpresa que Toto no estaba en el dormitorio. Comenzó enseguida a buscarlo por todas las habitaciones del castillo.

—¡Totoooo! ¡Totooo! ¿Dónde estás? ¡Deja de hacer bromas Toto!

Tres semanas estuvo intentando dar con él. Recorrió una y otra vez cada rincón del castillo. Subió y bajó la escalera cientos de veces sin darse tiempo para dormir o para comer. Al fin, una mañana, ya cansada y desanimada, se asomó a un ventanal para llorar su pérdida. Grande fue su sorpresa cuando pudo divisar, allá lejos, detrás del bosque de pinos, en la punta de la más alta montaña, la figura inconfundible de su amado Toto.

Los dragones, por si no lo saben, son como los gatos. Suben y suben a cualquier lado sin problemas, pero después no saben bajar. Y ahí estaba el pobre, muerto de hambre y ahído de frío, llorando y llorando sin cesar.

La Dorita no dudó un instante: tenía que ir a buscarlo; el problema era que las sirenas no pueden permanecer mucho tiempo fuera del agua. Debía entonces buscar la manera de llegar a la cima de la montaña sin morir en el intento. Así fue que se le ocurrió una brillante idea: desprendió la bañadera del baño, le puso las ruedas de dos bicicletas, el motor de una camioneta, la llenó de agua y salió sin dudarlo al rescate de su amor.

Atravesó el bosque de pinos esquivándolos con presteza, perdiendo solamente algo de agua en la travesía. Llegó así al pie de la montaña y comenzó a subir no sin esfuerzo a bordo de subañera motorizada.

El problema era que al ascender, la inclinación y el movimiento oscilante, hacían que el agua se fuera derramando sin cesar, hasta que llegó un momento en que la pobre Dorita se quedó sin una gota donde sumergirse. Cuando pensaba que todo estaba perdido y comenzaba a desfallecer, logró llegar a una altura en que la montaña comenzaba a cubrirse de nieve.

Ahí fue que se le ocurrió una idea salvadora: tomó la nieve, llenó la bañadera con ella y santo remedio. Con el sol y el movimiento la blanca nieve comenzó a derretirse y ello le permitió a la bella sirena seguir subiendo sin problemas.

Cuando Toto escuchó el ruido de un motor acercándose, y vio algo blanco que trepaba el cerro, no podía entender lo que pasaba, hasta que escuchó un grito inconfundible:

—¡Totoooo! ¡Aquí voy!

—¡Doritaaa! ¡Doritaaa!

El reencuentro fue algo memorable. Se unieron en un abrazo interminable, felices como nunca de estar juntos nuevamente.

—Ahora Toto, escúchame bien: sujétate con tus garras del borde de la bañera que vamos a bajar —le dijo Dorita con voz decidida.

—¡Te—te— tengo mucho miedo, Dorita! —susurraba Toto sin dejar de temblar.

—Agarrate fuerte y cerrá los ojos, confía en mí —trató de tranquilizarlo Dorita.

Y así comenzaron la vertiginosa bajada. La Dorita sumergida en la nieve derretida y el Toto con sus largos dedos amarrándose fuertemente en la bañera con los ojos cerrados.

Parecía que iban viajando en una montaña rusa. A medida que descendían a una velocidad increíble sólo se escuchaba el atronador grito del Toto:

—¡¡¡Aaaaaaaaahhhhhh!!!

Al llegar abajo llevaban tal velocidad que les fue imposible frenar por lo que el impulso los llevó a un pequeño monte contiguo que terminaba en un precipicio. Comenzaron así a ascender inducidos por la velocidad con que venían. Al llegar al abismo, la pobre bañadera salió catapultada por el aire sin control. Así, de pronto, la pobre Dorita y el pobre Toto se encontraron flotando a doscientos metros de altura, encima del bosque de pinos. El dragón logró entreabrir sus ojos superando el pánico, y cuando se dio cuenta que si no hacía algo se estrellarían contra el piso, no dudó, desplegó sus alas y comenzó a volar sosteniendo con firmeza a la bañadera que tenía en su interior nada menos que a su querida Dorita. Ella se asomó aterrorizada y pudo ver como el Toto, con sus imponentes alas, la llevaba sana y salva planeando hasta el castillo.

Con amorosa suavidad, Toto depositó a la bañadera con Dorita en la puerta de su hogar. Se abrazaron nuevamente largos minutos en silencio, emocionados y felices por haber llegado sanos y salvos después de tamaña travesía, hasta que “el valiente dragón” le susurró a Dorita en el oído:

—Entrá vos primero y fijate si todavía está la cucaracha.



Autor

Jorge Miramontes



El armario de la abuela



Después de pensarlo mucho, he decidido contar o mejor dicho revelar el secreto que guarda el armario de mi adorable abuelita.

Para que lo puedan comprender, primero debo presentar a este ser tan acogedor que me acompañó a lo largo de mi niñez con sus sabios consejos y sus enseñanzas y experiencias de vida que marcaron a fuego mi infancia.

Tenía cinco años y a esa edad tenía plena conciencia por primera vez del calor y del perfume de mi abuela; aroma a cuerpo limpio, protector, generoso y receptivo, propio de una abuela diligente y cariñosa; vivencia que aún perdura...

Con nostalgia añoro la casita de piedras blancas donde viví tantos años... Allí Noni, mi abuela materna, pasaba largas horas en el comedor diario tejendo y cosiendo sentada frente al ventanal principal, dejando que el sol acariciara su platinado y prolijo rodete.

Colita, la mascota de la familia, dormía plácidamente a los pies de ella mientras yo jugaba con mi colección de muñecas, todas muy bien arregladitas, gracias a los vestidos que Noni les hacía.

Todas las tardes, después de la hora de la siesta, se repetía el mismo ritual. Mi abuela se levantaba de su cómoda mecedora de esterilla y sacaba del bolsillo de su largo vestido, la llave que abría el armario ubicado en el lugar más cálido del comedor, y se dirigía a él. Yo mientras jugaba, sin que ella se diera cuenta, observaba cada uno de sus movimientos.

—¿Qué guardará allí? ¡Cuántas cajitas de colores! ¿Esconderá caramelos saltarines y bombones explosivos? ¿O cartas de amor del abuelo? —me decía en silencio.

Pero nunca me animaba a preguntárselo.

Luego se dirigía a la cocina a prepararme tostadas untadas con manteca y dulce casero y un humeante café con leche. Entonces yo aprovechaba ese momento para acercarme al armario; lo tocaba y dejaba pasar mis manos por ese maravilloso mueble. El frente llamaba la atención por la hilera de cajoncitos que se disponían de menor a mayor, todos ellos con pequeños y elegantes tiradores; sus patas estaban suavemente torneadas; y en una de sus puertas un

espejo lo recorría de arriba hacia abajo. Por él, veía cuando mi abuela se acercaba para llamarme a tomar mi merienda.

Antes que se diera cuenta, yo volvía al juego con mis muñecas para que no descubriera mi gran curiosidad.

Recuerdo la noche en que una tormenta amenazante invadió nuestro hogar. Fuertes vientos y granizo golpeaban puertas y ventanas de la casa.

Noni tomó la precaución de controlar que todo estuviera muy bien cerrado, antes de ir a descansar.

Su beso de “buenas noches”, me daba serenidad y dejaba que me entregara a los más fantásticos sueños. Como el de aquella noche en que su armario fue el protagonista.

Pero esta vez estábamos solamente él y yo. Ese mueble increíble apareció majestuosamente en mi descanso. Sentí que era el momento justo para descubrir que guardaba con tanto recelo. Esa reliquia cerrada que llegó antes que yo, seguramente tendrá objetos muy queridos. Pero... ¿por qué no compartirlos?, ¿qué pasaría si buscaba la forma de abrirlo? La llave no la tenía, ¡vaya a saber dónde la guardaba la abuela Noni!

Me acerqué a él, me sentía rara. La silenciosa soledad me acompañaba.

¡Qué bonito era! Lo acaricié, sí, lo abracé, y al hacerlo las yemas de mis dedos tocaron en la superficie de atrás un pequeño bulto disimulado con una cinta que lo adhería a él. ¡Era una llave! Seguramente sería una copia de aquella que mi abuelita usaba todos los días para guardar vaya a saber que cosas.

Tenía que aprovechar ese momento y sin dudar lo abrí; nadie se enteraría de mi decisión.

Por arte de magia decenas de cajoncitos empezaron a moverse como si hubiera un temblor. Los grandes, los pequeños, los rojos, los azules y amarillos abandonaron las guías que los sostenían y empezaron a formar figuras en el aire. Parecía que bailaban al compás de una dulce melodía.

Pronto la habitación se llenó de corazones y flores danzantes.

Absorta miraba esas maravillas que rodeaban mi cama. Derramaban estrellitas brillantes que desaparecían al tocar el mullido acolchado. Hasta los bichitos de luz que descansaban en los cajones más pequeños y mariposas en los más grandes despertaron y coronaron esa escena fantástica. ¿Sería ese el secreto de mi abuela?

En ese instante mis sentidos galoparon hacia otra dimensión, volví a vivir historias..., recuerdos...

Súbitamente se rompió el hechizo. Los cajones se alinearon por su tamaño como si fueran soldaditos dispuestos a iniciar el desfile, y uno a uno regresó al armario de la abuela.

La ensoñación cesó. Estaba molesta por dejarme llevar por mi afiebrada imaginación que casi deshecha el encanto de uno de los objetos más queridos en mi hogar.

Era mi adorable abuela que entraba a mi habitación para darme los buenos días y avisarme que mi desayuno estaba listo y que me apurara porque llegaría tarde a la escuela.

Esa mañana mi semblante no era el mejor, aún me sentía cansada, fue como verme dentro de ese sueño que aún latía en mí. Noni siempre pendiente de mi bienestar, antes de despedirme me pidió que la acompañara hasta el comedor diario. Allí tomo su llave, abrió el armario, buscó en uno de los cajoncitos un pequeño cofre y de él sacó una delicada cadena con una virgencita:

—Ella te protegerá y pronto muy bien te sentirás —me dijo.

Ahí comprendí que mi abuela guardaba cosas y objetos llenos de amor y buenas intenciones.

¿Para qué preocuparme tanto por el armario de mi abuela?

*Pensar que en ese mueble
que llegó antes que yo,
hoy se guarda esta historia
que aún queda en mi corazón...*



Autora

Silvia Cristina Kreutzer



Un viaje soñado



Leonel estaba muy enojado porque había peleado con su hermano por no querer compartir los juguetes, le había contestado mal a su mamá y además no quería levantarse temprano para ir a la escuela. Era tarde, muy tarde, y no se podía dormir. En su cama daba vueltas para un lado y para el otro, una, otra y mil veces. Hasta que de repente, todo comenzó a sacudirse: las paredes, las luces, los muebles, la cama... ¡Sí! La cama en la que Leo intentaba dormirse no paraba de moverse hasta que de pronto, entre tanto tambaleo, el piso de la habitación comenzó a romperse y la cama empezó a descender bruscamente hacia el interior de la Tierra. Leo había escondido su cabeza debajo de la almohada y se sujetaba bien fuerte para no caerse. Hasta que después de un rato, sintió como que flotaba y lentamente levantó un poquito su almohada para espiar. Tenía un nudo en la garganta, no le salían las palabras y no se animaba a abrir los ojos, hasta que una suave brisa acarició su carita y entonces sí, con muchísimo miedo los abrió...

En ese instante descubrió algo inesperado, algo que nunca había imaginado, un hermoso paisaje se presentaba frente a su temerosa mirada. Era un día soleado, pero no con el sol que él veía todas las mañanas, era un sol multicolor, parecido a un arco iris. Frente a esa belleza, Leonel se animó a seguir mirando a su alrededor y fue entonces cuando en ese maravilloso lugar con verdes lomadas, flores azules y naranjas, árboles frutales y fuentes de agua cristalina, apareció un pequeño hombrecito, tan pequeño como nunca había visto antes. Fue en ese momento cuando se presentó:

—Hola Leonel, soy Fran, el duende guardián de la Tierra.

Leo no podía creer lo que estaba viendo, pero Fran se mostraba amable y entonces se animó a contestarle...

—Hola duende Fran, disculpe, no quise molestarlo, enseguida vuelvo a...

—Tranquilo —interrumpió el hombrecito—, me encanta que hayas venido a visitarme, te mostraré mi hogar.

A medida que lo iban recorriendo Leo no paraba de asombrarse frente a tanta belleza y armonía. Fue en ese instante cuando el duende Fran pudo leer sus pensamientos y le dijo:

—Todos tenemos que ser amables y bondadosos con los demás. Nosotros desde aquí vemos a los humanos muy tristes y enojados, sin sueños por cumplir. Destruyen todo y se destruyen a sí mismos. No se dan cuenta del valor y la simpleza de las pequeñas acciones. Te invito a llevar este mensaje a tus seres queridos para que ellos también lo puedan transmitir y así tratar de cambiar el mundo para que todos puedan ser felices.

Leo, emocionado, abrazó al pequeño hombrecito y le agradeció sus consejos, los cuales quedaron grabados en su corazón.

Enseguida, el duende acompañó al nene hasta su cama y mediante un pequeño chasquido de sus dedos hizo que comenzara a ascender a gran velocidad.

En ese momento, la mamá estaba despertando a Leo para ir a la escuela y esa mañana no se despertó malhumorado como las otras... Con gran alegría la saludó con un fuerte abrazo y juntos fueron a despertar a su hermano con una lluvia de cosquillas.

Y fue así, como dentro de su hogar, Leo comenzó a cambiar el mundo.



Autora
Sandra Tomé



¡Allá vamos!



Y si, quedamos en reunirnos como todos los sábados a las dos de la tarde en la esquina. Pero hoy teníamos una cita especial. Quique no llegaba, alguna se había mandado y la mamá no lo dejaba salir. Llegó Mili, Cali y Ale. Todos en bici. Yo no la había traído pero insistieron en que no me preocupara que ya nos íbamos a arreglar.

Tal cual lo habíamos planificado estábamos todos, menos Quique, listos para salir a investigar. El momento había llegado, lo que tantas peleas nos había ocasionado hoy se haría realidad. ¡¡¡¡Y Quique no llegaba, uffff!!!!

Decidimos irnos, sin Quique obvio. Me monté en los pedalines de Cali y allá fuimos.

Ahí estaba, inmensa, oscura y solitaria. Allí estaba la tan ansiada fábrica abandonada. En su tiempo ha sido un lavadero de lanas, trabajaban cientos de personas y mi abuelo era el sereno. Tantas veces le escuché contar esta historia a la abuela. Creo que fue ella sin querer la que me despertó la curiosidad. Él era el encargado de tocar la sirena en el primer minuto del año que comenzaba.

Todos nos reuníamos en casa de la abu, esperábamos ansiosos para brindar la llegada de un nuevo año, y la sirena que tocaría el abuelo. La única que se sentía triste era la abuela porque él no estaba con nosotros, claro tenía que trabajar, pero le pagaban doble.

Muchas veces nos habíamos planificado entrar pero nunca nos había sido fácil, por qué lo sería hoy. Es que hoy era el día. El personal que estaba a cargo de la remodelación del edificio, no estaba. Hoy es feriado.

Es ahora o nunca en cuanto terminen la construcción olvídenlo, no podremos entrar más.

—¡¡¡Entremos!!! —dijo Cali.

Las chicas tenían cara de miedo, pero ya no se echarían atrás, nos habíamos comprometido.

—Uhhhhhh ¿y las bicis? —dijo Mili.

—Dejémoslas a la entrada. Ni bien entramos las dejamos y empezamos a caminar.

Cuando nos disponíamos a entrar, escucho mi nombre, Juan, Juan (como a lo lejos). La voz era de Quique.

—Vino Quique, —dijo Mili.

—Sí, ¿dónde está? —le pregunté.

—Qué sé yo —dijo Cali.

Empezamos a llamarlo:

—¡¡¡Quique!!! ¡¡¡Quique!!! ¿Me querés decir dónde te metiste?

No solamente yo, ninguno de nosotros lo veíamos.

Seguimos caminando... ¡¡¡Guaaaauuuuu!!! ¡¡¡¡Buenísimo!!!!, miren ese agujero, es impresionantemente grande— les comenté. Seguro lo hizo la máquina —dijo Cali, esa que vemos todas las mañanas cuando nos vamos a la escuela.

Ale no hablaba, estaba callada, ¿temerosa tal vez?

Quique no aparecía, ya no se escuchaba su voz.

—Vamos —dijo Ale— esto es peligroso.

Como pensé, a Ale le había entrado el miedo.

—No, sigamos —dijo Cali —está buenísimo.

Pero..., ¿y Quique?, ¿su voz?, ¿dónde estaría? Todos lo habíamos escuchado.

Sin decir nada, empecé a gritar: —¡Quique! ¡Quique!

Y Quique respondió:

—¡¡¡¡Acá chicos!!! Entren por favor, ¡¡¡¡esto es increíble!!!!

La voz se oyó desde el fondo del pozo. Nos miramos, entre asustados y asombrados. Y Ale dijo:

—¡¡¡Noo!!!! Yo no.

Sin esperar más, Cali se tiró.

Ale gritó:

—¡¡¡¡Nooooooo, estás loco!!!

Y se puso a llorar.

Yo no sabía que hacer, dejar a Ale..., o ir con los chicos. Mili me miraba, esperaba mi decisión.

—Quédate Ale —le dije—. Yo voy, ¿venís, Mili?

—¡¡¡Síííí, voy con vos!!! —respondió Mili.

—¡¡¡¡Diossssss!!!! ¡¡¡Increíble!!! Aquello era soñado. ¡Un palacio!, inmerso en un paisaje de arbustos y flores. Lleno de escaleras que llevaban quién sabe a dónde. Vengan por favor ¡¡¡Vengan!!! —gritaba Quique exaltado.

No se puede creer. Todo era para admirar. Bellísimo, increíble. ¡Viste, había que venir, te dije! —comentaba Quique.

—Sentate, mirá este sillón es digno de un faraón, de un príncipe —dijo Mili.

—Salgan, vean el bosque, ¡¡es de sueños!! —dijo Quique.

Me asomé. Sí, era increíble, con un sol brillante, un lago que terminaba en una pequeña cascada, ¡¡¡las flores!!! Si las viera mi mamá —pensé. Estábamos maravillados, no sabíamos para donde mirar.

A lo lejos se escuchaban los sollozos de Ale, pobre, pensé, si pudiera ver esto pararía de llorar.

De pronto, algo se asomó detrás de la cascada.

—¡¡¡Un hada!!! —gritó Mili—, ¡¡¡Un hada!!!

Mili estaba como loca.

—¡¡¡¡Vení hada, vení!!!! Concedeme un deseo.

—Pará!!!! —le dijo Quique—, hace rato que se está asomando, sale, mira y vuelve a esconderse. Mirá lo que conseguiste se volvió a esconder, la asustaste.

—¡¡Hada, hadita!! —Insistía Mili.

—¿Sí, pequeña niña? Ya estoy aquí —contestó el hada con una voz muy dulce.

—¡Hola, soy Mili!, él Quique, Juan, Cali y arriba llorando está Ale.

No paraba de hablar, estaba insoportable.

—Pará Mili —le dije—, todo bien pero...

—No, dejala —contestó el hada sonriendo.

Niños, en el castillo encantado hay poco tiempo. (Mili intentó hablar y el hada la interrumpió) —esperá niña, escucha:

Todos nos quedamos en silencio y casi boquiabiertos, atentos, escuchando.

Sí, puedo concederles un deseo, pero estaba esperando que lleguen todos —dijo el hada.

—¿Cómo sabías que vendríamos? —le pregunté

—Tarde o temprano llegarían, hace mucho tiempo que los espero.

—¿Viste?, te dije —volvió a repetir Quique por lo bajo.

—¿Y, Ale, no bajará? —preguntó el hada.

—No, es una tonta —decía Mili— tiene miedo. Yo no tengo miedo, me encantan las aventuras y...

—Pará, Mili —le dije— déjala hablar.

—Está bien, dejemos a Ale. —dijo el Hada—. Esto no es sencillo: deben pensar un deseo que les sirva a los cinco, y que además pueda perdurar a lo largo de toda su vida.

—¡¡¡Uhhhh, no!!! —dijo Cali—. Yo quería una bici nueva.

—Ja, ja, ja —rió el hada— no puedo, sólo me es permitido conceder este tipo de deseos. Piensen, no se apresuren, piensen. Recuerden: debe ser un deseo para el bien en común.

Ella desapareció y ahí quedamos, pensando. De fondo todavía se escuchaban los sollozos de Ale, pobre Ale, volví a pensar, si supiera que ella también saldría beneficiada.

¡¡Listo ya estaba!! Costó pensar en el bien común. En estas cosas de los intereses particulares, nos dimos cuenta, que éramos tan distintos, cada uno pensaba en sí mismo, en su familia, que sé yo, pero no se podía, esto era otra cosa.

Debíamos unirnos, pensar en el futuro de todos, ¡¡qué difícil!! Le hubiéramos contestado a la seño, si nos planteaba una actividad así, de tanto pensar, ¿no?

Pero ahí estábamos, algo raro había sucedido en nosotros, nos habíamos puesto de acuerdo, ¡¡¡de no creer!!!

Mili, como siempre, se apresuró y llamó al hada:

—hada, hadita, ya está.

—Miren, no viene, tardaron mucho —dijo Cali— que había permanecido casi callado.

—Desapareció para siempre —dijo Mili

—Pará, dramática —le dije— ahí se asoma.

—Acá estoy, me alegra, que se hayan puesto de acuerdo —dijo el hada.

—Sabe todo —dijo Quique— por lo bajo.

—Es un hada, chicos —replicó Mili.

—Siempre es posible, hablando, buscando el bien común, haciendo que el amor por el otro sea importante —dijo el hada— así se logran las cosas. Y bien, ¿cuál es el deseo?

—Que nuestra amistad perdure para siempre, que cuando cada uno tenga su familia, hijos, seamos viejitos, sigamos estando juntos, como ahora. Es que la pasamos muy bien —le dije

A lo lejos escuchaba... Juan, Juan, era mamá, pensaba, me vino a buscar.

Sentí un zamarreo y sí, era ella, estaba ahí. ¡¡Despierta, hijo, despierta!!

Tus amigos están en la puerta, dicen que te están esperando, que te vinieron a buscar porque no llegabas, que te diga que hoy es el día de la fábrica ¿qué te habrán querido decir?.

Sonriendo le dije: —nada más, creo que nos une una gran amistad.



Autora

Laura Mónica Palmiotti



El día en que descubrí al duende Campanita



Era una tarde de octubre.

Yo, estaba sola en mi habitación. Por la ventana veía los rayos de sol que comenzaban a borrarse poco a poco del firmamento, dejando lugar a una oscuridad extraña..., ni tan negra, ni tan gris..., quizás, algo azulada...

Comenzaron a pasar los minutos y las voces de las personas que caminaban por la vereda dejaron de escucharse. Un silencio profundo invadió mi cuarto. Ya no se oían rumores, pasos, ni sonidos.

¡Yo estaba muy cansada! Cada uno de los movimientos que realizaba parecía provocar un estruendo a mí alrededor.

¡Tenía tanto sueño!

De repente, una luz tenue se filtró por debajo de la puerta. Un brillo especial iluminó mi cara, entrecerré los ojos suavemente y lo vi.

Estaba allí: ¡Tan cerca mío!, tan solo unos pocos pasos nos separaban.

Sus ojos, más grandes que toda su cara, recorrieron el cuarto rápidamente.

Me vio y yo me estremecí. Nunca había imaginado vivir ese momento.

Me acerqué muy despacio para no asustarlo, pude ver todo su cuerpecito, sus manos diminutas, sus orejas, su boca y en el cuello, casi imperceptible, colgando tenía una pequeña campanita.

¡Era tan chiquito!

Busqué tanteando una caja de bombones vacía, que guardaba debajo de la cama, dentro de ella coloqué un pañuelo, como si fuera un colchón, probé con mis dedos si era blandito y me pareció que sí. Acerqué la caja muy despacio, lo más que pude y me senté en la cama para mirar mejor lo que él hacía.

Lo vi bostezar, estirar sus piecitos, sonreír, los ojos se le cerraban de a ratitos hasta que... ¡Descubrió la caja!, la miró con desconfianza, pero metió una piernita y luego la otra y muy despacio, se acostó. Actuaba como si ese lugar le perteneciera, como si conociera todos los rincones de mi habitación

¡Se quedó dormido en un segundo!

Yo estaba anonadada, no lo podía creer, no veía el momento de salir corriendo para compartir con mi familia, lo que esa tarde había descubierto.

Estaba aturdida, desconcertada, por un instante pensé que todo era un sueño, que mirando por la ventana me había quedado dormida, hasta que escuché desde la calle algunas voces, el sonido del viento, las risas de los niños que volvían de la escuela y entonces comprendí que estaba absolutamente despierta y que sin dudas, en mi casa... Vivía un duende...



Autora

Liliana Rohr



Atrapado en un mundo irreal



Ulises miró su reloj. Eran las dos de la mañana, cerró el libro desesperadamente y ansiosamente se levantó de la cama. Caminó en pantuflas de un lado hacia el otro de la casa, sin saber de qué manera manejar la situación. Cuanto más estudiaba la geometría, menos la comprendía.

Había fracasado ya dos veces. Con seguridad lo echarían de la universidad. Sólo un milagro podía salvarlo. ¿Un milagro? ¿Por qué no? Siempre se había interesado por la magia y por la hechicería.

Tenía libros. ¡Y sí que los tenía! Tomó de la estantería su mejor obra de magia negra. Era sencillo. Algunas fórmulas e instrucciones para llamar a los demonios y someterlos a su voluntad.

Cerró todas las ventanas y puertas, despejó el piso retirando los muebles y por fin pronunció los encantamientos, miles de chispas comenzaron a salir rebotando por todo el ambiente.

Con ojos asombrados y desorbitados estaba en presencia, sin duda, de fenómenos sobrenaturales. Eran duendes diminutos incapaces de atrapar, verdaderamente horribles e inquietos. ¿Cómo hacerles entender con qué objetivo fueron convocados! ¿Si parecían haber salido de un cuento de hadas! ¿Y ahora qué? Era su oportunidad de revertir la situación.

Lo que parecía sencillo terminó siendo una pesadilla. Como buenos duendes embrolladores y aficionados quedó atrapado en un mundo irreal y plasmado en aquel libro a la espera de que alguien con o sin motivo rompiera el hechizo.

Subestimarlos no fue bueno, la situación lo devoró y fue preso de un fatídico juego.



Autora

Roxana Vanesa Jorge



Lluvia



No me gusta la lluvia y este agosto es insoportable. La lluvia me deprime, pero sobre todo me pone nostálgico, porque mis recuerdos, algunos buenos y otros malos, están relacionados con ella, con agua. Vuelven los recuerdos de mi infancia cuando, al terminar las clases, mamá nos llevaba a mi hermana y a mí a San Nicolás, a la casa de los abuelos maternos. La casa estaba en medio del campo, rodeada de una enorme cantidad de árboles, robles, álamos, olivos, tilos, higueras, manzanos, sauces, entre otros que no me acuerdo; mi abuela decía que muchos habían sido traídos por sus antepasados irlandeses. Ya el árbol de Navidad estaba armado en el frente, era un abeto, lo supe de grande porque de chico a mí me parecía un pino; colgaban cintas rojas de las ramas y a los chicos nos tocaba, todos los días, continuar agregándole adornos, como manzanas, piñas y bolsitas con caramelos. Había una canasta debajo con almendras, nueces, avellanas y miel. Alrededor de la puerta de entrada y de las puertas interiores, ramas de hiedra y muérdago. Quedaba muy lindo. Con mi hermana, jugábamos a las escondidas entre los árboles y nos encantaba comer higos que bajábamos con una caña larga con un alambre en la punta; pero no me gustaba cuando llegaba la noche y mi abuela Shirley prendía los faroles, porque todos los bichos voladores revoloteaban alrededor y siempre alguno caía en el plato. Recuerdo a la abuela, rubia, alta, de clarísimos ojos celestes, casi transparentes, más cariñosa siempre con mi hermana Alanis que conmigo.

Había viajado algunas veces a visitar a sus parientes en Irlanda, y en uno de esos viajes también llevó a mi hermana. También mamá y su hermana habían viajado cuando eran chicas. Papá Arturo venía a pasar con nosotros las fiestas y le gustaba, junto al tío Mario, casado con la hermana de mamá, Gladys, ir a pescar al Arroyo del Medio. No conocí al abuelo Oscar, pero decían que a él también le gustaba pescar; iba con sus amigos al arroyo del Medio y organizaba salidas a otros lugares, como a la laguna de Chascomús, lugar en el que desapareció cuando, subido a un bote, éste se dio vuelta. Mis tíos vivían cerca, pasaban mucho tiempo con nosotros, y algunas veces papá y el tío Mario accedían a llevarme con ellos a pescar. Disfrutaba cuando, desde la barranca del

arroyo, lograba sacar algún bagre; si era chico, lo devolvía al agua. Pero un día, logré pescar uno que pesaba alrededor de novecientos gramos ¡Qué alegría cuando volví, orgulloso, a mostrar mi premio! Especialmente, a mamá Lynet.

De noche, las mujeres se quedaban charlando en la cocina después de dar un paseo a la luz de la luna; papá y el tío Mario se iban temprano a dormir, porque se levantaban a la madrugada a realizar tareas en el campo. A papá le gustaba ayudar al tío cuando venía para las fiestas. A mí también me mandaban a dormir temprano. Algunas noches, me parecía escuchar, entre susurros, un suave llanto, pero no, debía estar soñando. Un día después de Navidad, yo estaba resfriado y no pude acompañar a papá y al tío a pescar al arroyo. A media mañana, comenzó a levantarse viento este, el cielo asustaba con la cantidad de nubes oscuras y pronto se desató una terrible tormenta; relámpagos, truenos y una intensa lluvia azotaron durante horas la zona. Los hombres no volvían del arroyo. Al llegar la noche, mi abuela prendió lámparas que ubicó en la galería del frente.

A los habituales bichos voladores, se acercaban enormes sapos y ranas, atraídos por la luz, que se paraban frente a la puerta, como queriendo entrar.

La tormenta había cesado y apareció una luna en cuarto menguante, blanca y brillante, como suspendida. No dormimos en toda la noche, yo estaba aterrado, pero ellos no regresaron. Los buscaron durante días, pero fue inútil, sus cuerpos nunca aparecieron, lo que todos consideraron un misterio, por las características del lugar en el que solían pescar. Igual que el abuelo. No volvimos más a San Nicolás, solamente cartas, cada tanto, eran enviadas y recibidas. Ahora tengo treinta y un años y cada vez que llueve estos recuerdos me acosan.

Cuando llegue a Castelar, voy a aprovechar para comprarle algo a mi novia. A ella le gustan adornos para la casa que estamos construyendo. La cocina está prácticamente lista, así que voy a ir a un lindo negocio de artesanías que hay en la avenida. Continúa lloviendo mientras camino las dos cuadras.

Estoy aterido, temblando, es como si la humedad hubiera penetrado mi cuerpo. Dejo el paraguas a la entrada, en un tacho puesto a propósito. Saludo y el empleado me mira y responde con un leve movimiento de cabeza. Recorro las estanterías tratando de ubicar algo lindo pero a la vez útil. El sonido de agua corriendo llama mi atención, lo sigo y encuentro una estantería con una variedad increíble de fuentes de agua. Ni aquí, bajo techo, consigo alejarme de todo lo que se relacione con agua. Una fuente me atrae: un jarrón lanza suavemente el agua, que baja en cascada hacia un fondo de arena y piedras; se destacan, en

el borde, dos sapos en posición de saltar. Escucho otras voces en el local, pero es como si se alejaran. Yo continúo mirando, hipnotizado, el fondo de la fuente. ¡No puede ser! Entre las piedras dos ojos celestes, clarísimos, me miran, me miran, como llamándome. Tengo frío. La voz de un chico me llega, atenuada, difusa... ¡Mamá, mamá, me gusta esta fuente, la de los tres sapitos!

¡Dale, comprala!



Autora

Amanda Zulema Candelario



Rebelión en la profundidad



La claridad se hacía cada vez más intensa y algunos rayos intrusos de sol se colaban y atravesaban el espacio. Mis ojos, que apenas comenzaban a acostumbrarse, repasaron todo el lugar y aliviado de encontrarme en el mismo sitio donde me había quedado, sentí deseos de comer algo. Piqué lo primero que se cruzó por mi camino, y al menos un poco más satisfecho dejé mi hogar que se veía cada vez más diminuto conforme avanzaba en mi andar.

Tomé la decisión de atravesar los turbulentos caminos que conducen al centro, foco de acción y principal fuente de sustento de los habitantes, donde las poblaciones aceleradas se mezclaban y se movían en una especie de danza multicolor. Recuerdo que al dejarme llevar por la corriente, en forma rápida tropecé con unos inmensos bigotudos, que con una actitud algo lasciva, fijaron sus desafiantes ojos en mí, en clara señal de amenaza. Me escabullí torpemente por los pequeños huecos y ya sin rumbo, me aparté del tránsito. Atormentado sentía que aquel gran mundo, un tanto desconocido, me desafiaba y me devoraba. La tarea de exploración que me había impuesto esa mañana resultaba tan inalcanzable como el simple hecho de mirar al cielo. Repentinamente y como si hubiese salido de un agujero, vislumbré entre los sujetos a un raro espécimen, que nunca antes había visto. Una extraña y joven criatura se pavoneaba zigzagueante, con un ajustado sobretodo de infinitos colores; que formaban las más bellas figuras. Me acerqué con una postura determinante, inflé mi pecho y un tímido saludo se asomó de mi boca. El bullicio ensordecedor me aturdiría pero pronto advertí que su actitud era poco amigable. Continué aproximándome sin éxito alguno. Nunca me respondió, sus gestos eran indescifrables, como si se expresara con un código tan desconocido como su apariencia misma.

Poco a poco se apartó, para sumergirse nuevamente en el incesante movimiento producido por la acelerada masa, que se trasladaba en una burbuja impenetrable. Me di cuenta de que ya era momento de volver a casa.

Abatido pero feliz, moví mis aletas velozmente, mi cola de cometa me llevó seguro y sin pausa a mi cama de coral. Ya podía sentir desde lo profundo,

el olor a espuma blanca y el calor de mis aguas. Un profundo sentimiento de satisfacción me invadió al encontrarme rodeado de los de mi misma especie, ya semi ocultos entre las algas, esperando suspendidos la llegada de la noche y el deseado descanso.



Autora

Carla Florencia Militello



Cocheras, una buena inversión



Había una vez, una vieja casona en el corazón mismo de Buenos Aires, antigua, grande y fuerte, igual a otras y a la vez tan distinta. Distinta porque a la noche, cuando nadie la veía, cantaba, cantaba muy fuerte amparada por el ensordecedor ruido del tráfico.

Cantaba tangos, y de vez en cuando una milonga. Así era ella, puro arrabal, porteña, tanguera desde sus cimientos. Y mucho tiempo estuvo acorde con el barrio donde se encontraba.

Pero había pasado el tiempo y ya el barrio no era el mismo, las calles no estaban empedradas, sino asfaltadas. El almacén de Don Manolo había sido remplazado por un gigantesco supermercado, las casas vecinas, que antes la escuchaban extasiadas, fueron derrumbadas y en sus lugares construyeron imponentes edificios, y esos, no la escuchaban, ella no estaba segura si no entendían el idioma, o tal vez su voz no llegaba tan alto.

También habían cambiado los medios de transportes, autos veloces, camiones, camionetas y motos habían remplazado al cochero y al carro tirado por caballos. El paisaje cambió, los autos ocupan todo el contorno de la calle, estaban en fila, y muchas veces observó autos dando vueltas porque no encontraban dónde estacionar. Por eso, le pareció lógico cuando construyeron ese enorme edificio, que era sólo para guardar los coches, lo tenía justo enfrente, pero la cantidad de autos aumentaba y a pesar que los edificios se construían con cocheras parecían no dar abasto.

Ella fue una participante pasiva de todo ese cambio, vio el progreso adueñarse de su porteño barrio, y a la noche llena de nostalgia cantaba su música.

Pero esta noche era distinta, en la mañana había escuchado a un señor evaluar su terreno, sólo el terreno. ¡La van a derrumbar!

—En su lugar vamos a construir un hermoso edificio con cocheras en el subsuelo —dijo el hombre haciendo cálculos y sonriendo—. Es una buena inversión, alquilando las cocheras a...

No quiso escuchar más, le dolía el alma. Sí, el alma, ¿quién puede afirmar que las casas no tienen alma? Y..., si las demás no la tenían, ella sí.

Por eso esta noche va a ser distinta —pensó— era su última noche, y decidió cantar todo su repertorio, fuerte, con todo su corazón, se lo debía a su barrio, a ese Palermo arrabalero que la vio nacer, a sus árboles y a sus pájaros, y con el último acorde del tango pensaba dejarse morir, apagarse de golpe... “Así debía ser el final de una tanguera”.

—¡No, señor!, no vamos a derrumbar nada, mírela, toque sus muros...

Ella sintió la cálida mano del joven, tocándola con cariño.

—¿No escucha el tango?

El hombre lo miró con desconcierto.

—Yo.... —comenzó a decir—. Le aconsejo...

—Nada, nada de consejos, esta casa se queda como está, mañana mismo me mudo a ella, estoy seguro que al abuelo le va a gustar.

Sí, esta noche va a ser distinta, pensó la casa, era la última noche en soledad, y decidió cantar todo su repertorio, fuerte, con todo su corazón, se lo debía a su barrio, a sus árboles, a sus pájaros, y... A ese joven, que logró sentirla cantar.



Autora

Mónica del valle Mercado



¡Abran los cuadernos!



¡Abran los cuadernos! Como siempre, al comenzar la clase, parada frente a los alumnos, era el primer escalón del tobogán que a veces se me antojaba la clase. Los abrían, unos a regañadientes –los menos– y los demás, casi al unísono, decían: “¡Ready!” En tanto los abrían, me preguntaba cuántos verían esos cuadernos, en qué parte de la casa se abrirían, en qué parte de la mochila viajarían... No dejaba de mirar cómo los abrían: algunos con cuidado, otros descuidadamente, otros con aburrimiento, otros expectantes...

De allí casi indefectiblemente saltaba al brillo de los ojos, que me decía, que no tardara mucho en ir adelante... Y yo seguía pensando..., por dónde viajaría ese cuaderno...

Pero... ¿Y qué hay del cuaderno?

¡Qué olor a cebolla! Es un poco tarde, pero parece que en esta casa se come tarde. Ruido a fritura, pequeños golpes de quien parece está distribuyendo sobre la mesa utensilios, platos, vasos. Ecos de ruidos más lejanos, pero no llego a ver. El olor de lo que sale de la olla parece atraer a los chicos y a los grandes que oigo se van acercando.

Alguien casi me hace caer al piso. Pregunta gritando:

—¿De quién es este cuaderno? ¿Por qué no lo sacás de la mesa que no es lugar cuando se come? ¡Después me mostrás qué estás haciendo!

¡Ay! Una manito me saca de la mesa de mala gana, pero me la aguanto ya que es quien me usa todo el tiempo. A veces me lee un poquito y hace la tarea, pero no siempre. El tío parece tener interés en mi materia. Me empezó a hojear y le preguntaba a Tomi por qué habían dibujado un monstruo. Tomi le explicó sin sacarla vista de la televisión.

Parece que el tío no quedó muy satisfecho con la explicación.

Me dejaron un rato y me aburrí, tampoco me parecía interesante el programa que estaban viendo. La mamá de Tomi no parece estar muy interesada en mirarme.

—¡Lava los platos! —les grita a los chicos.

Les dice que hagan silencio que ya es tarde y los vecinos están durmiendo. Siento un poco de calor. Mamá está planchando ahora. Parece que hay un acto mañana en el colegio y hay que ponerse los delantales impecables y el tío se pone el traje.

Después de planchar la mamá de Tomi pone la pava a calentar; creo que no se siente bien; mira a lo lejos como si no pudiera concentrarse en la novela. Ya no quedó nadie en la cocina, aparte de dos de los chicos y la mamá.

Qué soledad se vive así; diferente es cuando estoy en el colegio, hay mayor compañía, hay orden, tareas diversas. Oscuridad y luz, mochila y escritorio, aunque una vez me dejaron solo... Me acuerdo de que era casi la hora de la leche y no había quedado nadie, y nadie me reclamaba. ¡Qué susto me pegué!

Los ruidos que escuché esa noche solo en el ala... tuve que ser todo lo valiente que jamás habría soñado ser... Casi había perdido las esperanzas cuando empezó a haber más luz hasta que una mano curiosa me agarró y gritó: “¿Quién dejó este cuaderno acá, se puede saber? ¡Que no vuelva a pasar!!!” Ya sabemos quién pudo haber sido...

No me siento acalorado, ni intoxicado por el olor a fritura, ni aburrido por un programa de televisión que no me gusta, pero... ¡a veces paso horas en la oscuridad de la mochila! Es lo que menos me gusta. Menos mal que Tomi me saca diariamente, me lee, me cuida, se fija en lo que escribe, y le muestra a los compañeros cuando la seño le pone un felicitado.

Y una vez más: “Abran los cuadernos” me hace abrir el interrogante: “¿Quién mirará estos cuadernos en casa? ¿Por dónde circularán?”



Autora

Marcela López



El árbol de los sueños



Mary viajaba todos los días desde el Hogar de Tránsito, donde vivía desde hacía poco tiempo, hacia la escuela.

En el trayecto, su mente estaba inundada de esos momentos que cualquiera de nosotros quisiera borrar de sus pensamientos. Pero para ella, eso era imposible. Esos recuerdos volvían siempre, como queriendo abrir una y otra vez las heridas del alma. Un papá violento y una mamá demasiado sumisa como para poner límites ante tamaña dosis de abuso de poder era demasiado para una niña de 12 años y sus hermanos menores. Para los adultos, la mejor decisión fue dejar a sus pequeños en un Hogar, y que otros se hicieran cargo de ellos. Para la niña, esa decisión significó simplemente “abandono”.

Su carácter era dócil y mostraba la típica conducta de una persona retraída. Le costaba mucho entablar relaciones con sus compañeras y abrir su corazón y su intimidad para confesar detalles de su vida. Esto la llevaba a contar con muy pocas amigas.

Una de ellas era Sabrina, una niña hermosa, vivaz, tan creativa que llenaba los oídos de su amiga de historias fantásticas que no dejaba de contar día tras día, intentando con todas sus fuerzas modificar la cara de angustia y desdicha de su querida Mary, pero no lo lograba... Tal vez sí por momentos, pero era un instante fugaz.

Una vez, Sabrina le contó a Mary sobre la historia del árbol que estaba emplazado en la esquina de la escuela. Aquel de ramas frondosas, con sus hojas de un verde tan brillante que iluminaba las noches de todo el barrio. Y que además, aunque no lo creyera, el árbol hablaba, y no se cansaba de contarle historias del barrio y de toda la ciudad que nadie más que él conocía, ya que su centenar de años le sirvieron para guardar datos, cuentos y relatos de padres y abuelos.

Mientras Sabrina hablaba, Mary la miraba con cierto recelo, con asombro y con admiración. No podía creer cómo una niña de su edad podía tejer semejantes fantasías y relatos ficcionales que ni siquiera el más perfecto escritor podía imaginar. Evidentemente, según pensaba Mary, su amiga era tan feliz que su cabcita sólo podía componer relatos de esa naturaleza, siempre con finales felices.

“Tonterías”, pensaba para sí Mary. “Para ella la vida no es algo serio, vive de fantasías. No conoce la cruda realidad”.

Y si bien eso creía la niña, cada día que llegaba a la escuela, miraba de reojo la esquina donde se suponía estaba el famoso “árbol que hablaba”. Quizás era curiosidad, quizás quería sacarse la duda de si su amiga se estaba volviendo loca o no (porque tanto delirio la tenía preocupada), o quizás quería corroborar por sí misma que cada uno de los relatos que escuchaba a diario eran pura falsedad, típico de criaturas llenas de imaginación.

Pasaron los días, y el árbol no aparecía frente a sus ojos. Entonces ratificó que las historias no eran auténticas, pero muy en su interior sintió un poco de lástima. En verdad, poder confirmar la existencia de ese árbol iba a ser toda una sorpresa y una satisfacción para ella, y no volvería a desconfiar en las palabras de su amiga.

Pero ese día, algo sucedió.

Sin esperarlo, cuando la niña se acercó a la esquina para esperar el micro que la llevara de regreso al Hogar, vio una luz que enceguecía sus ojos. Y sin miedo, pero con la piel estremecida del asombro, decidió cruzar la calle y acercarse al lugar.

—Acércate, Mary —le dijo con voz ronca pero firme, el árbol.

—Hoy me puedes ver, y no es casualidad que esto suceda. Hasta ayer desconfiabas de las palabras de tu más fiel amiga sobre mi existencia. Todo parecía un cuento fantástico, ¿no es así? Lo cierto es que apareció, muy dentro de tu alma, una chispa de ilusión e inocencia, que te hicieron creer por un momento que podía ser verdad. Por eso no dejabas de mirar hacia aquí.

Mary escuchaba en silencio, pasmada, maravillada, emocionada al punto de llorar.

—Muy pocos pueden verme o saben que aquí estoy. Sólo quienes todavía guardan en sus corazones una cuota de ingenuidad, de travesura, de creatividad, de pureza en el alma, y son leales a sus convicciones pueden notar mi existencia. Sólo quienes sueñan pueden ver otra realidad. Como dijo un famoso escritor: “Sólo la fantasía permanece siempre joven; lo que no ha ocurrido jamás, no envejece nunca”. Algún día entenderás el significado, pero por lo pronto, no descuides nunca tu inocencia. Te ayudará a alejar los malos pensamientos y aquellos recuerdos difíciles de borrar.

Mary logró comprender lo que decía su nuevo amigo. Y sintió que su corazón latía muy fuerte con la exaltación de sus muy pocos momentos de felicidad que fueron apareciendo en su memoria, y que ella creía perdidos.

—Sólo prométeme una cosa —resaltó el árbol de los sueños.

—Así como Sabrina te contó algunas de mis historias, tú también intenta contarlas a tus compañeros y a todos tus conocidos. Tal vez, algún día, sin saberlo, ayudes a otra persona a abrir su mente y volver a confiar en las cosas buenas de la vida.

La niña sintió que una lágrima le corrió por su mejilla. Prometió volver cada vez que pudiera, aunque sea unos minutos antes que su micro llegara a buscarla.

El árbol se iluminó como nunca, en señal de despedida, hasta el próximo encuentro.

Encuentro que se repitió una y mil veces más...



Autora

María Inés Geller



Tiza rayuela



La maestra explicaba el tema de los tiempos verbales. Los alumnos de cuarto estaban con algo de sueño, con caras largas, y otros se tapaban la boca con su mano o la carpeta para disimular los bostezos. Claro, era la primera hora de clase, y todavía tenían sueño. Algunos de ellos, ya estaban pensando cuánto faltaría para el recreo, y otros, cuánto para tomar el desayuno. Pero ninguno de ellos se animaba a decir nada, sólo seguían con la mirada lo que escribía la maestra en el pizarrón.

De pronto, a ella se le acabó la tiza con la que estaba escribiendo. Decidió buscar otra en la caja. Al tomarla, y apoyarla en el pizarrón, notó mucha resistencia..., la tiza no quería escribir letras, ni palabras, nada de lo que ella le estaba pidiendo. De repente, decidió dejar su mano flojamente, como para que solo pudiera deslizarse..., y... La tiza comenzó a escribir líneas, que después se convirtieron en ángulos, más tarde en cuadrados... Los alumnos se empezaron a reír, al mismo tiempo que la maestra decía:

—Yo no quiero realizar cuadrados, no estoy en clase de matemática, estoy dando lengua..., no sé que pasa... ¡Pero esta tiza dibuja sola!

Pero no había caso..., la tiza quiso salir de la caja solo para divertirse en un recreo junto a los alumnos. No le interesaba el estar en la clase, muy calladita, y aburrida, sino que quería salir a jugar... Y bue, ¿cómo terminó todo? En un momento, la tiza decidió hacer una línea, bah, una recta que fue saliendo desde el pizarrón y se estiró, y se alargó, se alargó hasta llegar al patio, todos la siguieron, intrigadísimos... y ahí sí, se dedicó a graficar una rayuela lindísima, con unos números redondos, grandes, hermosos... Y los chicos, ni lerdos ni perezosos decidieron acompañarla.

¿Cómo fue eso? ¿Qué estaba pasando? Entre ellos había asombro y necesidad de dejar que la tiza hiciera de las suyas. La maestra entonces la dejó actuar mientras que los chicos seguían riendo frente a esta insólita situación.

La maestra no sabía qué hacer. Se sintió como un títere en ese momento, se quedó muda. Y uno de los chicos, le dijo:

—Seño, ésta es una tiza rayuela... Sólo quiere divertirse un rato más, déjenos jugar con ella.

La maestra la soltó de su mano, y la tiza, siguió muy campante recorriendo la escuela. En un primer momento, le costó saltar el marco el que daba entre el aula de cuarto grado y el patio interno. Pero no se rindió. Su primer obstáculo no era tan grande como para dejarse abatir. Entonces, la tiza aceleró su paso para poder dar un saltito y cambiar de baldosas. Un primer golpe, no fue nada para ella. Sabía que en su vida iba a tener que enfrentar escollos y éste había sido solo el primero, bien valía el intento por llegar a tener una aventura. Además, tenía por detrás todo un ejército de chicos que la seguían intrigadísimos para ver cual era su destino final.

Siguieron recorriendo el patio interno y se encontró con que se perdió entre dos baldosas flojas frente al aula de primero. Casi se pierde ahí adentro. Uno de los alumnos, el más valiente, le ayudó a salir de este lugar también.

—Tiene que seguir su recorrido, y no pararemos hasta ver a dónde llega —dijo él.

Igual, se quedó un ratito contemplando cómo la seño de primerito les estaba contando un cuento a los chicos.

“Qué lindo, me encantaría dibujar a esos personajes”, pensó “pero, no escuché toda la historia, así que seguiré mi camino”.

Al ratito, se repuso gracias a la ayuda de este chico y decidió seguir su trayecto. Todo el grado los seguía detrás, así también como la maestra.

Pasaron por el aula de música. Allí se detuvo un ratito, viendo cómo los chicos de segundo estaban ensayando para un acto... ¡Qué lindo cantaban! La tiza, entonces, se detuvo y casi hace un garabato, tratando de bailar con la música y el coro que estaba escuchando...

Siguió su camino, todavía faltaban muchos metros para llegar al patio donde se hacía el recreo. Después de ese descansito que tuvo en clase de música, la tiza decidió seguir, sabía que debía esforzarse por continuar. Entonces, fue cuando pasó frente al aula de computación. Allí, se asomó, de puro curiosa, para ver qué hacían los alumnos de séptimo grado. Veía que estaban haciendo planillas... “Mmm, qué aburrido”, pensó “y decidió seguir su marcha”.

Pasó luego, por el aula de sexto grado, y vio que estaban con el tema de latitud y longitud.

“¡Uy, que tema más difícil, es como encontrarse en una esquina de Buenos Aires, sólo que, en el mapa, las líneas son más chiquitas!... No es para

mí... Mejor le dejo ese trabajo a mis hermanas que están en la caja...” pensó seriamente la tiza rayuela.

Así siguió recorriendo toda la escuela, secundada por el ejército de los alumnos de cuarto. En un momento, se encontró más cansada, y pensó en qué tranquila estaba antes, añorando aquella caja en la que estaba alineada, en que la igualdad con las otras tizas era propicia para que nadie perdiera su lugar, era un nido tibio en el que se sentía cómoda, pero que igual, ella se aburría ahí adentro y ya había decidido recorrer el mundo. Esto, le dio fuerzas para seguir.

Si bien ya no estaba tan blanca, había sufrido golpes y casi estuvo a punto de partirse cuando estaba entre las dos baldosas flojas, pensó en sus compañeras y siguió su camino. Ya faltaban pocos metros para llegar al patio.

Ahora estaba más sucia, había cambiado de color, descascarándose, cansada, casi sin fuerzas por la aventura que había vivido, y que todavía le faltaba recorrer, para llegar a hacer lo que soñaba: una rayuela.

Corriendo los últimos metros, al llegar al patio de afuera, ahí si, parecía que ya había quedado muy cansada. Se detuvo un ratito, y rodó, hasta llegar al centro del patio. Los alumnos la rodearon. No sabían qué iba a pasar con ella.

Se levantó de repente, y afiló su punta. Comenzó a dibujar muy tranquilamente, pausadamente, prolijamente una rayuela que más de uno envidiaría por lo bien que estaba construida. Realizó con su último esfuerzo unos números grandotes, hermosos, como para que los chicos no tuvieran dificultades en reconocer.

—Vio seño, le dije, que era una tiza rayuela —dijo el alumno que había hablado antes—. Sólo falta cumplir su deseo: para que ella haya hecho bien su misión en la vida, tenemos que jugar con ella, hasta que se haga chiquita.

Los alumnos entonces, se pusieron en fila, y fueron pasando de número en número, comenzando desde la tierra, el 1, y hasta llegar como destino final al cielo. La tiza rayuela se sintió en el mejor de los mundos y pensó: “Ya estoy en el cielo; los chicos me entendieron, siguieron mi camino y pudieron entenderme sin palabras... ¡Qué bueno!”

Tal fue así que, al ir pasando de número en número, la tiza se iba haciendo más chiquita, hasta que al llegar al cielo se pulverizó, se hizo trizas...

Y esa fue la mejor hora-recreo que tuvieron ese año... Los chicos, sin saberlo habían participado todos en grupo de este recorrido, y también todos compartían el juego. No había peleas, ni discusiones por quién hacía cada cosa..., se juntaron en esa búsqueda, y eso los hizo unirse más. La tiza rayuela

había cumplido su misión: dar felicidad y unir a los chicos. Ya no precisaba ni podía dar más.

Y cuando llegó al cielo de las tizas, el Dios Blanco la felicitó porque su trabajo estaba cumplido. Y se convirtió en un angelito tiza... Y desde allá arriba, a veces, solo cuando Dios se hace el distraído, y nosotros miramos muy atentamente el cielo azul, aparecen dibujadas líneas rectas. No son los aviones que pasan tirando humo blanco. Es un secreto, no digan nada: es ella, la tiza—ángel, que todavía quiere hacer una rayuela en el cielo para poder así jugar con las nubes y las estrellas.



Autora

Silvana Sosa



Matrimonio arreglado



¡Qué bárbaro, cómo ha pasado el tiempo!

Parece mentira que ayer nomás éramos solo Gilberte y yo, y ahora tenemos a Fricka, cada vez más independiente y valiéndose por sí misma. En realidad, me parece mentira que en una época vivía yo solo...

¡Qué momento aquel cuando ellas se estaban preparando para ir a buscar a mi novia!

Se maquillaban, se cambiaban de ropa, de zapatos, una y otra vez... No partían más y a mí devoraba la ansiedad. Si bien me parecía una locura esto del matrimonio “arreglado” ya me había resignado después de escuchar esta historieta de que cuando se pertenece a la aristocracia no se puede casar con cualquiera, sino que la futura esposa debe ser su igual. Me parece escuchar ese diálogo entre Sancho y Teresa Panza... ¡Pero eso es del siglo XVII! Uno creería que en estas épocas somos más “liberales”.

Iguales... ¿Qué es una igual? ¿una gordita rubiona y apacible a quién mirar y necesitar tocarla para confirmar que no es el propio reflejo en el espejo? O tal vez... ¿Alguien que disfrute paseando en las tardes de sol, que en primavera, cuando los pájaros cantan en las copas de los árboles, se detenga para escucharlos, que en otoño intente atrapar las crepitantes hojas que agita el viento, que no se canse de oler jazmines y nardos, ni de comer helado? Sería agradable tener alguien con quien compartir esos momentos...

Probablemente, lamentablemente, una igual será quién por azar tiene un tal padre, y una tal madre, que ahora se dicen aristócratas, pero cinco o seis generaciones atrás no pasaban de ser del vulgo, hasta que vino alguien y les dijo (quizás por estar en el lugar y hora correctos) “vos vas a ser aristócrata de acá en más”. Esa es la historia de todas nuestras familias. Pero por supuesto, ¿cómo hacer que entiendan que una vez fuimos todos iguales? Antes de formular la primera protesta te salen con la sangre y los genes, ¡para eso sí se acuerdan que están en el siglo XXI!

Parecería que al fin se van. Se ven un poco nerviosas. Yo voy a casarme con una desconocida, ¡pero ellas se dan el lujo de estar nerviosas!

¿Cuánto demorarán en volver? Son capaces de quedarse charlando sin acordarse de mí.

Espero que sea algo inteligente, sino esto va a ser muy aburrido. ¿Y si es fea o demasiado soberbia? ¿Qué difícil se me hace esta espera!

Si no estuviera tan nervioso podría despedirme de mis posesiones, que seguramente compartiré con ella. Correr y saltar por la casa vacía, sin que nadie me vea, porque tal vez sea mi último momento a solas. Despedirme de mis libros, que eran sólo míos, que tanto me ayudaron a aguzar el intelecto como las uñas. Acariciar por última vez a mi conejito de felpa, que me acompañó en tantos momentos difíciles, me va a dar vergüenza tocarlo cuando ella llegue. Jugaría a la pelota, pero no quisiera que me encontraran en medio de un desorden.

Las escucho llegar. ¡No pueden verme así! Estoy alterado, arrebatado, y creo que hasta despeinado. Va a ser mejor que me oculte y salga cuando esté listo.

Me lavo la cara, ¿el pelo está bien? Orejas y uñas deben estar inmaculadas. ¿Los bigotes? Todas las puntitas levemente enruladas, eso me da un aire frívolo, coqueto pero distinguido. Me llaman ¡todavía no estoy listo! Estoy preocupado, no sé que me espera allá afuera. Veamos el manto, sí se desacomodó cuando pasé bajo la mesa... Me voy a desmayar... ¡No! ¡Nunca! No puedo parecer débil en un momento así. Debo inspirar respeto, o mi esposa me va a llevar por las narices. Tengo que arreglar el manto. Debí cazar unas palomas para ofrecérselas como obsequio de bienvenida, ¡qué digo! Me parece tan aberrante cazar en estos tiempos como hablar de aristócratas y matrimonios arreglados.

Estoy listo. Tengo que salir, o mi demora va a parecer una afrenta. Con calma, tampoco voy a correr. ¿Quizás una graciosa cabriola para que vea que soy todo un atleta? Mejor ver primero e improvisar según sea prudente.

Estás allí, Gilberte. ¿Serás como esa hija de Swann, hermosa caprichosa?

Tu manto negro parece atrapar toda la luz, para irradiarla por tus ojos, del color de los astros, de ese primer fuego donde se templó la vida, de esa primer fragua donde se forjaron amores y odios. Tu rostro es inocente, tu cuerpo de leopardo, grácil y fuerte. Tu linaje es el de los dioses del Egipto; el mío, el de los gatos de albañal. ¡No soy ni remotamente tu igual!

Quiero huir pero me estás mirando, y mi cuerpo no responde. Ya soy tuyo, pero no tu esposo, jamás a tu nivel. Soy tu siervo, tu esclavo.

¿Querés tocarme? ¿Olerme? Huelo a bajeza, a servidumbre, huelo como cualquier pobre gato enamorado, que ya no es dueño de sí, ni le cabe orgullo

que el de tu mirada. ¿Querés que te hable? Solamente podría emitir un llanto desconsolado, un rugido lastimero de león derrocado, que fue rey poderoso, pero la muerte tocó a su puerta, una majestad soberbia, bella y digna, ante la que sólo podrá hincarse y sentirse grandioso por merecer su presencia.

Ese día experimenté todas las emociones concebibles. En tu presencia.

Hubo veces, tiempo después, en que nos deteníamos a contemplar las aves, y recordaba lo feliz que me hacía eso antes de conocerte. Ahora, mientras dormimos la siesta bajo las madreelvas, ya no me colma de placer su fragancia. Me pregunto si hubiera sido mejor vivir sin conocerte, disfrutando de nimiedades.

Fricka juega con las flores y tus ojos se abren para mirarla. Me mirás, siento el calor de tu mirada, y la vida fluye en mis arterias. Soy feliz y amo este mundo, y las aves cantan, y las flores perfuman, porque nos mires. Corro y salto, y juego con Fricka, todo porque nos mires. No hay felicidad como esta. Lo veo en tus ojos, querida Gilberte, ese día cambió tu vida también, pero vos lo sabías, lo entendías, y no guardabas temor alguno. Nuestra hija corre a retozar en tus brazos y yo por fin entiendo, porque sus ojos son los tuyos, de oráculo, de diosa omnisciente, de creadora.



Autora

Cecilia Ana Torres



El rey tacaño



Esta historia se trata de un rey muy, pero muy tacaño.

Vivía cobrando impuestos, pero nunca gastaba ni una moneda de cobre.

Todos los días, y a toda hora, sus súbditos, recorrían el pueblo para sacarle los ahorros a todos los habitantes, diciéndoles que si no fuera por el rey, ellos no vivirían.

El pueblo cada vez era más pobre. Comían las sobras del castillo, la gente envejecía rápido, y se enfermaban con mucha frecuencia.

El castillo estaba rodeado de vallas, y desde el pueblo nadie podía verlo.

Ni siquiera la banderita de la torre más alta. Sus habitantes querían saber quién era el rey que los gobernaba. Pero no podían, porque el rey no recibía a nadie. Solo quería tener más, y más dinero.

Una noche..., mientras el rey dormía plácidamente entre sus sábanas de seda y bordados en oro, un ángel de la luz, se metió en su sueño.

El rey se enojó, y le ordenó que se fuera inmediatamente. Pero el ángel no le hizo caso, lo tomó de un brazo y se lo llevó a volar.

Desde el cielo, el rey pudo ver cómo a los ancianos se los separaba de todos sus ahorros, cómo a los puestos de frutas, se les quitaba lo recaudado en el día. Pudo ver también a una familia sentada alrededor de una mesa, mirando un plato vacío y sin nada en la alacena.

La situación del pueblo era realmente desesperante.

El rey observaba todo sin hacer ni una mueca de preocupación. A él nada lo conmovía.

Volaron mucho tiempo, hasta que el ángel descendió, y aterrizó en una casa que estaba perdida en el medio del campo, rodeada por la fría nieve del invierno. En ella, yacía un anciano enfermo, muy enfermo.

El ángel sin decir una palabra, extendió sus alas y se fue...

A gritos, le pidió el rey que no lo dejara ahí. Pero el ángel igual partió.

El anciano apenas podía respirar y tenía mucha fiebre. Necesitaba ayuda con urgencia. El rey miró a su alrededor y no encontró nada. No había comida, ropa, ni dinero. El anciano vivía en la pobreza absoluta.

Despacito se acercó a la cama y el anciano dejó de respirar.

El rey dijo llorando:

—¡Por favor no te mueras! ¡Tengo mucho miedo!

El anciano tomó una bocanada de aire, y comenzó a respirar nuevamente.

El rey por primera vez había llorado, por primera vez sentía miedo, y por primera vez estaba realmente asustado.

No sabía qué hacer. Si no había ningún camino, nunca podría llegar al pueblo. Muy triste se sentó en el umbral de la casa y lloró. Luego de un rato, se levantó y comenzó a caminar. Sus pies se congelaban, y su capa de rey, apenas lo cubría del frío. Pero nunca se detuvo.

Al cabo de unas horas llegó a un pueblo remoto. Cambió su corona de oro por sábanas, frazadas, y mucha comida...

Al llegar a la casa, vio que el anciano seguía vivo. Rápidamente lo tapó con sábanas y frazadas, guardó la comida en la alacena, y tomó una vieja olla oxidada. La llenó con nieve y cortó unos trozos de sábana, para hacer compresas y así poder bajar la fiebre. En ese instante el rey se despertó, y salió corriendo del castillo. A pocos kilómetros encontró la casa del anciano. Se paró junto a la cerca, y vio al anciano cortando leña. ¡Fue solo un sueño! Pensó el rey. Pero a través de la ventana, pudo ver las sábanas y las frazadas arriba de la cama, la olla oxidada, y las compresas que había usado para bajarle la fiebre.

El rey salió corriendo como un rayo.

Llegó al castillo, y ordenó que a cada familia se le brindara comida, abrigo y medicamentos.

A los enfermos se los llevó al castillo para curarlos. También repartieron semillas para cultivar, y alimento para los animales.

En poco tiempo el pueblo estuvo fuera de peligro, entonces, ordenó que se quitaran todas las vallas, y por primera vez se vio el castillo.

Al día siguiente, el rey visitó todas las casas, y el pueblo al fin, lo pudo conocer.

El viento llevaba y traía alegría, y nunca más volvió a cobrar impuestos...



Autora

Tamara Fejgelis



El portal mágico



Un día llegué a la casa de mi abuela y vi el balde verde roto y una escoba que no barría, a unos metros había una casa de plástico con techo de paja. Dentro de ella se ocultaba un duende que comía un poco de azúcar.

—Ah, por cierto, me llamo Mili —dije yo—. ¿Quién sos?

—Soy Roqui, el duende del jardín —contestó.

—Yo soy Mili, la nieta de la dueña de esta casa ¿la conoces?

—Si —dijo Roqui—. Sé quien es, la vi, pero ella a mi no, porque soy un duende mágico, y nadie que no crea en la magia puede verme, ni a mi ni a mi casa.

—Y vos ¿Crees en la magia? —preguntó Roqui.

—Yyyy... Si, supongo que si, por que te estoy viendo ¿no? Siempre creí en la magia y me opuse a que la gente me diga que no existe.

—¡Que bueno! —dijo Roqui—. Porque a partir de hoy tu vida estará llena de magia, y cada vez que halla un problema mágico acudiremos a ti. Porque haz descubierto que hay magia en este jardín y cuando eso sucede, esa persona se convierte en la guardiana mágica del jardín. Cada vez que una guardiana mágica crece o se muda se elige otra, y la elegida sos vos. Espero que lo disfrutes.

En la habitación de arriba ¿La ves? Ahí está la entrada al reino mágico. En la primera puerta vive una bruja loca, la segunda puerta aprisiona tres tigres y, en la tercera puerta, ahí esta el portal. El portal te lleva al reino mágico, las otras, a la perdición. Visita el reino mágico cada vez que puedas. Te deseo suerte en tu misión.

Escuché al duende con atención. Miré atrás y me di cuenta de que en todo este tiempo no había visto a mi perra, Loli. La llamé:

—¡Loooooiiiiiiii! —pero no venia. La busque en la casa. No la encontré.

Decidí buscarla en el reino mágico. Si no la encontraba la daría por muerta. Entré en la habitación. Abrí el portal y me adentré en el reino.

Aparecí frente a un hongo, pero un hongo ¡Enorme! ¿Los pies de mi abuela? ¡No! ¡Una casa! Toqué la puerta. ¿Saben quién me atendió? ¡Un conejo! Si ¡un conejo! Con moño, saco y sombrero. Dije:

—¿Ha visto a una perra por aquí? —y el conejo me contestó—. La única perra que hay en el reino es Loli, la reina peluda, vive en el castillo croqueta.

Emprendí la marcha hacia el castillo, fue un largo viaje. Pase por muchos, muchos riesgos.

Al fin llegue al castillo. Entré por la hermosa puerta dorada y admire los objetos del salón. Entre ellos se destacaba un jarrón con una placa que decía: “jarrón extravalioso, no tocar”.

En la habitación encontré a Loli sentada en un trono de oro y plata. Sobre ella una gran manta de seda. Sobre su cabeza una corona de oro y plata incrustada en joyas. La mire y dije:

—¿Qué hace usted acá Lolita? Nos vamos a casa ahora.

La alcé y camine tres pasos. Un guardia de seguridad me vio y gritó:

—¡Se llevan a Loli, reina de los piratas sin garfio de plata, ni garfio de oro, con garfio de garra que es nuestro tesoro y pata de palo que se la sacaron y le lastimaron, luego le curaron!

Se me acercó, y en un intento de patada de karate rompí el jarrón.

—¡Córtenle la cabeza! —exclamaron.

Y comencé a correr fuera del palacio, entonces le dije a Loli:

—Te bajo y me guías hasta la salida.

La bajé. Corrió como nunca y al fin logramos salir del palacio, luego salimos del mundo mágico.

Bajamos las escaleras y entramos a la cocina. Mi abuela nos vio y nos dijo:

—¿¡Dónde estuvieron!?! ¡Están todas transpiradas! Mili andá a bañarte que ya vamos a comer y a la noche viene a dormir Rossi.

Terminé de bañarme, me sequé, me vestí y fui a comer. La comida estaba deliciosa. Salí al jardín y vi un chanco con casco sobre un auto de carreras corriendo de aquí para allá y a Roqui, el duende, comiendo azúcar como siempre.

—¿Qué está pasando acá? —grité. Yo ya sabía lo de Roqui, los tigres, la bruja, el conejo, Lola y el reino mágico, pero ¿un cerdo y un auto? Yo de eso no sabía nada. Se habían escapado del reino mágico y ahora no los podíamos meter. Tratamos de regresarlos a su mundo pero ellos corrían, saltaban y se movían mucho.

De repente, salió mi abuela con una escoba y les empezó a pegar al chanco y al auto.

—¿Vos sabías de esto? —le pregunté—.

—¡Por supuesto! —me contestó— hay una pista de carreras a dos cuadras y además pasan camiones que llevan chanchos. ¡Casi nos descubre!

Por suerte, mi abuela, no ve muy bien. Entró en la vieja habitación, pero tropezó con una piedra y ¡pum!, cayó al reino mágico... Entonces corrí a buscarla.

Esta vez el conejo disfrutaba de unos ricos chocolates y una piletta, me acerqué y le pregunté:

—¿Vio a una abuelita pasar?

Me señaló una palmera. Junto a ella estaba mi abuela usando una pollera hawaiana y la parte de arriba de una bikini. Entonces grité:

—¡Abuela! ¡Abuela!

—¡Hola nieta! —me contestó—. No te había visto por aquí. En eso llegaron Roqui y Lola y sacamos a la abuela del reino.

Bajamos las escaleras y le dije a mi abuela —Cambiate, ya llega Rossi.

—Si, ya me cambio y voy a limpiar la habitación donde vos siempre jugás.

Se cambió y como dijo, limpió la habitación. Parecía una habitación común.

Sonó el timbre, era Rossi. Marí, mi hermana abrió la puerta. La recibí. En la habitación hablamos de chicos y bailamos, hicimos guerra de almohadas y en un momento dijo:

—Voy al baño Mili ¿Dónde está?

—Arriba —respondí— pero olvidé que había dos arribas. El del baño y el del reino. Cuando vi que no volvía fui a buscarla y..., no la encontré. Fui a la habitación y escuché gritos. Rossi gritaba como si la estuvieran pesando para una receta y ¡Así era! Ella estaba atada de brazos y piernas sobre una balanza. Cuando de pronto descubrí que Mari, mi hermana, me había seguido.

—¿Por qué me seguiste? —le dije.

Le grité y corrí a salvar a Rossi. Me escondí en la ventana hasta que la bruja dijo:

—Voy por las papas.

Entonces salté y la desaté. Nos fuimos corriendo del reino, bajamos las escaleras, nos recostamos en la cama y yo cerré los ojos esperando volver la próxima semana y seguir creyendo para seguir siendo la guardiana mágica.



Autora

Patricia Mouriño



Sabor a ti



A mí me gusta pensar que la gente tiene sabor; así como otros piensan a los demás seres por el temperamento, o por el temple, o por sus acciones o simplemente por la personalidad.

A mí me gusta pensar en que la gente tiene su propio e irrepitible sabor, que marca quiénes son.

Claro, que quien me conoce un poco más o ha tenido la oportunidad de conocerme sabe que soy cocinero. No de profesión, ni por haber estudiado en alguna academia de algún gran chef. No, ni mucho menos; mi trabajo cotidiano, es decir el que me da de comer, como decimos los grandes, es la construcción, mi trabajo es el de levantar paredes, picar, revocar, colocar vigas, o sea soy un albañil.

Entonces ustedes se preguntarán, por qué digo que soy cocinero, la respuesta es sencilla, eso es lo que siento que soy en mi corazón. Me gusta cocinar, me siento bien haciéndolo, me gusta limpiar verduras, salar carne o enmantecar una fuente para hacer una rica torta.

He tenido la posibilidad de viajar por las distintas provincias de mi hermoso país, además de conocer los paisajes y la gente que lo complementa, lo que mas me gusta es probar las comidas típicas. Disfruto de sus colores, sus condimentos, las texturas y todo lo que da sabor y personalidad al lugar y no hablemos de conocer una bodega, con toda lo que ello representa, la frescura y oscuridad de los depósitos, el olor de la fermentación, el ocre de los toneles, la degustación de los vino... Ahhh ¡¡¡¡Qué placer!!!!. Pero no quiero desviarme de la idea inicial que dio origen a este relato.

Así como me transmiten distintas sensaciones los productos con los que cocino, de igual forma lo hacen todas las personas con las que me relaciono habitualmente o aquellas que veo en la televisión o las que están dentro de los libros. Quizás ejemplificando pueda dar forma clara a lo que pienso.

Recuerdo hace muchos años, cuando todavía era un pibe al que la vida lo deslumbraba a cada paso a mis tíos, cansados y sudorosos volviendo del trabajo.

Llegaban a la casa de sus padres, mis abuelos paternos, y se sentaban a tomar unos ricos mates. Mis papas me habían enseñado que cuando llegaban los mayores había que saludarlos con un beso. Y así, obediente besaba sus mejillas.

Los dos eran metalúrgicos y su piel clara (oscurecida por el trabajo) olía a óxido de hierro. Sin embargo y aunque ustedes crean que todo era producto de mi imaginación, tenían distinto sabor.

¿Cómo es eso? Se preguntarán. Cuando me acercaba para saludarlos los dos olían a trabajo, sin embargo, tenían diferente sabor.

El tío Jorge, el más grande de ellos, era ácido y en cambio el tío Luis era dulce, como un caramelo.

Con el tiempo, y a medida que fui creciendo, descubrí que Jorge era un hombre irónico y descreído de todo. Hablaba muy poco y era solitario, nada lo convencía, tenía siempre una mueca torva en los labios con la que planteaba en un gesto todas las dudas que no comentaba.

En cambio Luis, aunque hablaba poco también, en sus palabras uno siempre encontraba aliento y apoyo. Jamás levantaba la voz, ni insultaba y el gesto que lo caracterizaba era su sonrisa tímida.

También recuerdo el sabor peculiar de mi abuela materna y de mi vieja. Como también el de mis sobrinos recién nacidos, sabían a miel y flores. Algo de ustedes pensara que era el perfume que le ponen a los bebés y yo quiero creer que era el gusto de la inocencia, de un alma sin pecado.

A veces pienso en el gusto de ciertas personalidades e imagino el gusto de Messi o de Ronaldo, al argentino le siento gusto a helado de vainilla, siempre con ganas de verlo, de saborearlo un rato. En cambio el portugués debe saber a “mate amargo”, pura energía pero te da vuelta la cara como gesto de disgusto. Siguiendo con las personalidades, también imagino el gusto de Isabel Allende, la gran escritora chilena, quien debe saber a un buen vino tinto. Para mí a un “Cabernet Sauvignon”, de gran color, con muchos matices en la boca, pero maduro y lleno de confianza.

Después de tantos sabores puedo decir que el que se lleva todos los premios es el de mi mujer, mi compañera, mi todo. Lleva los aromas de la selva en su piel, el sabor del agua en sus besos y el olor a rosas en sus manos cariñosas.

Ustedes dirán, “está enamorado” y yo les voy a responder “perdidamente”, pero les puedo asegurar que sus hijos al ser interrogados por mí pudieron

ratificar lo que yo les digo. Ustedes repetirán “es subjetivo, es un pensamiento muy personal sobre alguien a quien quiere mucho” y yo les voy a responder con seguridad “sí, esa es la verdad”, pero si hay algo que les puedo asegurar es que el sabor mas fácil de identificar y el más dulce que existe sobre la tierra es el sabor de amar.



Autora

Carmen Eva Vilches



Falucho en La Siberia



Todas las tardes se reunían en un una esquina de la calle Manuel Ugarte, sentados sobre algún viejo banquito de madera a charlar o a jugar a las bolitas, El Tano, Paco y Ramiro.

Eran pibes, de pantalones cortos, que recorrían el barrio, por las tardes, pateando tachos oxidados sobre la tierra reseca de las calles.

Pero una tarde, después de salir de la escuela, al pasar por la calle Galán, a Paco se le ocurrió, visitar a un compañero que estaba enfermo, claro que el lugar donde vivía era muy feo, lo llamaban “La Siberia”.

Era un barrio de casas de madera y cartón, con algunos techos de chapa, separados por pasillos, donde de noche, todo podía pasar desde un asesinato hasta un robo, y nadie escucharía, ni sería testigo de nada, allí se armaban banditas que esperaban a los turistas o a algún visitante extraviado para robarles hasta los pantalones.

Pero había que visitar a un compañero que estaba enfermo, hacía días que no iba a la escuela, pero justo ese día, se hecho a llover.

Cada uno tomó unos cartones para taparse y salieron rumbo a una visita sorpresa, en realidad a una aventura.

Las secas calles, se convirtieron pronto en charcos de barro, con un fuerte olor a campo, porque por allí pasaban los aguateros, toda clase de vendedores, que traían sus mercaderías en burros, en caballos, también algunos lecheros, para vender la leche directa de la vaca, si, por que la ordeñaban delante tuyo, en unos jarros, de aluminio, y ¡no saben que rica era esa leche!; solo la espuma daba energía.

Siguieron primero, caminando, y luego corriendo para refugiarse debajo de algunas chapas, porque los cartones sobre sus cabezas eran solo papel mojado.

La lluvia parecía no darles un poquito de descanso, hasta que llegaron a la casa de José.

Les abrió la puerta, volaba de fiebre, pero en esa época no había médico a domicilio, así que decidieron llevarlo a la curandera, que con algún gualicho o té lo curaría.

Era un diluvio, pero solo el José conocía el lugar, así que no quedaba otra solución que cargarlo en los hombros.

Primero, lo abrigaron y lo envolvieron en cartones, y debajo de una vieja chapa, salieron en busca del remedio.

José temblaba, no sé si de frío, de fiebre o de miedo.

De pronto gritó es allí, en esa casucha de la puerta azul.

Y cayó al piso inmóvil.

¡Qué susto!, pensaron que se había muerto, y después de tocar a la puerta y acomodarlo sentado frente a ella, se fueron corriendo cada uno a su casa, dejando al pobre José, solo en el barro.

No querían saber de muertos, de policías que no les creerían lo ocurrido, ni tampoco del padre de José, que levantaba bolsas en el puerto de Buenos Aires, y podría terminar con ellos antes de que puedan explicar nada.

Cuando les faltó el aliento, se sentaron, la lluvia ya era llovizna, y el sol parecía que quería salir.

Primero se miraron, y nadie quería ser el primero en hablar del tema, y juntos exclamaron:

—¿Y si no murió y sólo sufrió un desmayo!?

Pero como saberlo sin volver, tenían que pasar nuevamente por esos callejones, barrocos y sucios, pero la intriga pudo más.

Y allá fueron, ya caía la tarde y aunque ya no llovía, se iba haciendo de noche.

Todos empapados, y con las zapatillas Pampero mojadas, llegaron al lugar.

Claro les costó mucho, porque el Tano decía es por aquí, Paco, no era por allá, y Ramiro no me acuerdo, y entre que por allá y por acá, se encontraron frente a la puerta azul.

No sabían si golpear o esperar a que alguien saliera, en la duda, llegó la noche y recordaron a sus padres asustados por la ausencia, y en los chirlos que iban a recibir por la travesura, pero contaban con la comprensión del motivo que los llevo a semejante audacia: entrar en la Siberia.

Por fin la puerta se abrió, salió una vieja con una vela roja, con olor a cebo rancio, claro de eso se hacían las velas en esa época, ya que no había luz eléctrica, y al vernos, exclamo:

—¿Quiénes son ustedes, y qué quieren?

Le preguntaron si vio a un niño enfermo en la puerta, ella, los miró fijo y luego dijo:

—¿Es ese que está en la cama medio muerto?

Paco el más valiente se asomó a la habitación de chapa y madera con un olor a humedad mezclado con esencia de yuyos y dijo:

—Sí, es nuestro amigo.

La curandera, los hizo pasar y les explicó, que ya le había bajado la fiebre, pero que tenía que guardar reposo, ponerles cataplasmas para aflojar el catarro, y que tenía que tomar un jarabe, inventado por ella, para mejorar el resfrío y que no le vuelva a subir, la fiebre.

Y allí comenzó otro lío, quien lo llevaba a la casa, y como le explicaban al padre lo sucedido.

Le pidieron a la vieja que los ayude, pero cuando decidieron hablar con ella, ya había desaparecido, y un viento frío los envolvió, temerosos salieron corriendo, y gritando, cuando una figura fantasmal con una bandera argentina en la mano, los detuvo en uno de los pasillos.

Plantado frente a ellos, les dijo:

—Yo Falucho, no dejé mi bandera, en mano de los godos, y ustedes no pueden dejar a su amigo, tirado en el barro.

El miedo y el susto, pudo más y volvieron decididos a llevarlo a su casa. Cuando todo se explicó, primero a su padre y luego a los suyos, que los esperaban reunidos en la placita del barrio, hoy Echeverría, iluminados por faroles a grasa y kerosene, los abrazaron y felicitaron.

En casa Ramiro le pregunto a su mamá quién era Falucho, la respuesta explicó, el porqué de su aparición.

Falucho es un aparecido de la Siberia, que cuida a la gente que valora la amistad, él luchó en la guerra de nuestra independencia, junto a San Martín, defendiendo a todo patriota que encontrara en su paso.

Pensando en lo vivido, los tres amigos se quedaron dormidos, en los viejos catre de lona, tapadito con mantas tejidas por las abuelitas.

—¡Qué hermoso es tener a alguien que nos cuide cuando estamos lejos de casa!

—¿Existirá realmente Falucho?



Autora

Lucinda Nilda González Loizaga



Los pequeños hombrecitos honestos



Hace mucho tiempo, en un extenso bosque encantado, vivían unos pequeños hombrecitos unidos con un solo objetivo, ser honestos, cueste lo que cueste.

Un día llegó una pareja de reyes, para ofrecerles un mejor trabajo, casa, comida y vestimenta. Pero a cambio debían hacer un negocio muy sucio.

La reina les dijo:

—Si convencen al pueblo de que nosotros somos la mejor opción que tienen para desarrollarse en un futuro cercano, les daré lo que más quieran.

Los pequeños hombrecitos que no tenían mucho, lo pensaron y pensaron.

Entonces le dijeron a la reina:

—Aceptamos su propuesta, con la condición, que nos dará, todos los lujos que deseamos.

Los reyes aceptaron y le dieron las instrucciones. El pueblo que conocía a los pequeños hombrecitos, no podían creer que estos se hayan vendido por una gran riqueza.

Lo que no sabía el pueblo era que ellos no pensaban realizar lo que los reyes querían.

Fue en ese momento, que los hombrecitos honestos, hablaron con la gente, para decirles:

—Ustedes y nosotros, debemos unirnos, para demostrarle a los reyes, que somos nosotros, los dueños de elegir nuestro futuro.

De qué manera lo hicieron, trabajando duro para demostrar que los reyes, lo único que querían era ser dueños de todo el pueblo y quedarse con todas sus riquezas, sin importarle la gente.

Fue así, que engañaron a los reyes y les hicieron firmar un acuerdo, supuestamente, que se quedarían con la riqueza del pueblo. Pero en realidad, lo que ellos firmaron, fue un tratado donde los reyes debían repartir su fortuna a todo el pueblo.

Es así que los pequeños hombrecitos y el pueblo lograron lo que buscaban: ser honestos con ellos mismos, sin cambiar sus costumbres.



Autora

Vanesa Sierra



La mancha



Cada noche de su vida era un recuerdo. Coleccionaba recuerdos de aventuras, de juegos infinitos, de romances soñados. Recuerdos oscuros, pegajosos, sólidos e intangibles que se aglutinaban en su memoria y pujaban por salir a la realidad incierta de sus días... Recuerdos que confluían en un origen común: un punto.

Un punto lejano, oscuro, misterioso. Tal vez, algo más que un punto, una mancha imprecisa.

Cada noche, desde el techo, la mancha lo miraba y él, desafiante, se dejaba mirar.

A veces, se preguntaba a sí mismo, cómo un punto tan pequeño, apenas una visible mancha oscura de humedad en el techo distante de su habitación, podía guardar dentro de sí todo un universo de posibilidades..., no se esforzaba demasiado en encontrar respuestas, más bien se esmeraba en prolongar la lucidez que le permitiera vivir intensamente cada una de esas experiencias que lo aguardaban del otro lado de la mancha en el techo...

En una ocasión, descubrió que la mancha no era la que atesoraba oportunidades... La mancha era tan solo un pasaje, un puente hacia otros mundos, hacia otras realidades expectantes.

No era que necesitara evadirse de una propia realidad aplastante o aterradora..., era simplemente eso, la posibilidad de adueñarse de miles de mundos sorprendentes, diferentes al suyo, que de tan normal y real, no ofrecía más que rutina.

Su casa, la de sus padres, había sido una de las más lindas de Villa Urquiza. Amplia y señorial, se destacaba en la tranquila cuadra de bajas casonas, rodeada de robustos árboles que la aislaban, aún más, del bullicio y distracciones del centro de la ciudad.

Allí vivía desde siempre, junto a sus padres, una hermana menor y una abuela. Su vida era una sosegada sucesión de instantes que se deslizaban claros y monótonos hacia la nada..., pero ahí estaban las noches, su cuarto y la hipnótica mancha, ese pequeño y amorfo punto oscuro en el techo.

Sus primeros pasajes a través de ella, fueron tímidos viajes hacia extraños desiertos prehistóricos donde todo era aventura y peligro. Así comenzó a comprobar cuan útiles podían resultarle todas las técnicas de lucha, defensa y supervivencia conocidas por medio de la lectura de sus libros de historia y literatura.

Luego, la mancha comenzó a funcionar como brújula desquiciada, y cada pasaje se constituía en una experiencia que podía conducirlo tanto a selvas salvajes plagadas de exóticos y enormes animales desconocidos, como a mansiones embrujadas o mundos de cinco soles donde debía enfrentarse a civilizaciones arcaicas regidas por estrictas legislaciones y cruentos rituales.

Repentinamente, la dirección de la hipotética brújula, quedó estancada y el destino comenzó a llevarlo una y otra vez al mismo lugar: una versión oscura de su propio mundo, una dimensión paralela a la de su propia existencia pero ubicada en un futuro remoto, incierto. Los restos de su propia civilización luego de un fatal e inevitable apocalipsis, donde los sobrevivientes no eran más que jirones de carne y humo, con escasos restos de humanidad, que vagaban sin rumbo cierto e intentaban infructuosamente reconstruir de las cenizas, algún vestigio de civilización que les proporcionara reparo y a la vez, un motivo para continuar con sus vidas. Ante la destrucción absoluta, él se irguió como guía y se transformó en el líder esperado que necesitaban para reconstruir sus esperanzas.

El tiempo fue pasando en ambas dimensiones, y en ese ir y venir constantes, su fuerza se afianzaba y la razón de su existencia parecía encontrar un sentido. Fue entonces, cuando durante una cena familiar, una noticia le produjo el mismo efecto de un cataclismo arrasador que venía a terminar con las estructuras de cualquier posible certeza en su vida: “la casa sería vendida”.

El mundo en derredor se detuvo y por unos instantes, también el recorrido de la sangre por sus sienas. Todo se tornó confuso. Sin la casa, quedaba eliminado el acceso a esa otra dimensión donde se había consolidado como líder y conductor, donde había encontrado su lugar, su auténtica misión en la vida...

Había que actuar rápidamente y tomar decisiones que estuviesen a la altura de lo que se esperaba de un héroe..., debía elegir..., de una vez y para siempre.

A la mañana siguiente, cuando su madre fue a buscarlo, ya no lo encontró... Sólo estaban sus lentes de hombre común apoyados en la mesita de luz, sobre el último libro de Bradbury que había estado leyendo en los días anteriores.

Inútil buscarlo..., junto con él, también desapareció la misteriosa mancha en el techo.



Autora

Gabriela Rodríguez



Cuentos tradicionales con finales distintos...



Una Cenicienta fastidiada por el duro oficio de ser princesa, empujada en unos intolerables zapatitos de cristal y quejosa por una noche de baile interminable.

El violento despertar de una Bella Durmiente asqueada por el beso pegajoso de un príncipe-escuerzo.

Aladino y una lámpara, vieja y maltratada, atesorando un genio que más que cumplir deseos espera ansioso escapar en busca de su propia libertad.

Los cuentos tradicionales nos remiten a un tiempo pasado, el tiempo de nuestra infancia, aquel tiempo en que, con sólo escucharlos, nos bastaba para cerrar los ojos y dormir.

¿Por qué buscar a estos cuentos otros finales..., a sus personajes otros destinos? Si los finales propuestos hicieron conciliar dulces y placenteros sueños a tantas generaciones...

¿Por qué, entonces, cambiarlos, atreverse a modificarlos y sorprendernos con nuevos desenlaces?

¿Por qué no dejar habitar a Cenicienta en su mágico mundo de princesa, a la Bella Durmiente esperar el beso que le devuelva la vida, al genio complaciente de Aladino surgir de una pulida lámpara dorada?

Finales diferentes... cuentos distintos

Colorín..., colorado.

Piedra libre a la imaginación.



Autora

Claudia Viviana Bonamino



IV

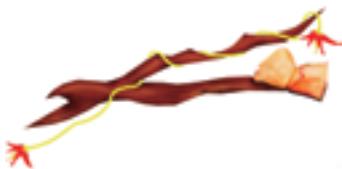
Sílabas las estrellas compongan

(Cuentos de ciencia ficción)

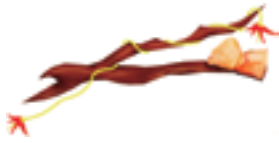
Suda electro en los números que llora.

Luis de Góngora y Argote

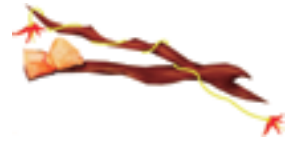
*Yo busco de los siglos
las ya borradas huellas,
y sé de los imperios
de que ni el nombre queda.*



Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bastida
(Gustavo Adolfo Bécquer)



Kabín, su vida y el videojuego



Era una familia como muchas de las nuestras, que vivía en una casa en una localidad de la provincia de Buenos Aires, con dos hijos que estaban en la escuela primaria: Kabín de 8 años y Dulce de 6. Una tarde como todas las tardes, luego de llegar de la escuela, Kabín el hijo mayor de la familia, toma su merienda y se va a jugar con su consola de video juegos, cuando de repente...

Enciende su consola, inserta el CD de juego de aventuras en 3D y... el televisor lo absorbe por medio del control. Entra en 3D y vive lo que ahí sucede.

Se da cuenta de que ya no estaba en su casa, era un lugar hermoso pero distinto, lleno de duendes que hacían magia. Los duendes se quedaron estupefactos al verlo y el niño, a-te-rro-ri-za-do. Le dijeron que no tuviera miedo, que no le harían nada malo. Le contaron que hacía mucho tiempo que no tenían una visita como la suya, y que la última persona que allí estuvo, había sido muy generosa con ellos al ayudarlos a deshacerse de un monstruo de las montañas que amenazaba su colonia. También le contaron que hacía poco tiempo comenzaron a desaparecer algunos de sus habitantes y tenían la sospecha de que podía haber sido algún nuevo monstruo de las montañas. Amablemente le mostraron a Kabín una especie de piedras preciosas que brillaban muchísimo, eran muy llamativas y pensaban que esa podía ser la razón por la cual los monstruos atacaban su aldea, pero no sabían cómo hacerlas desaparecer. En ese momento, el niño pensó que si tal vez él se las quedaba podría ser devuelto al mundo real. Entonces ideó un plan para que sus nuevos amigos creyeran que iba a ayudarlos, cuando en realidad lo único que quería era guardárselas sin que ellos se dieran cuenta. No perdió más tiempo y puso su plan en marcha. Pidió ayuda a los duendecillos y comenzaron a buscar entre todos, en todo lo que veían en el lugar, algo que los llevara a solucionar sus problemas; así Kabín podría regresar con su familia y ellos encontrar tranquilidad en su mundo.

Mientras tanto un ser extraño que usaba ropa diferente en comparación a la del niño, sale del videojuego, se notaba que vivía de una manera más rústica, y comienza a vivir la vida de Kabín.

La madre del niño escucha ruidos provenientes de la habitación y va a ver lo que pasa. Está el video juego encendido. Lo apaga. No ve a su hijo, lo llama (creyendo que estaba en el baño duchándose) y alguien con su misma voz responde, la madre se queda tranquila y se va del cuarto.

El ser extraño, era un Kobolds de fisonomía y carácter igual al de Kabín, que comenzó a disfrutar de la vida familiar del niño y ya no pensó en volver a su mundo...hasta que luego de un año..., una tarde volviendo de la escuela, encuentra en la vereda camino a su casa una bolsa llena de juguetes que le llama mucho la atención porque sus colores eran muy pero muy llamativos.

Se acerca, la toca y en un instante desaparece. Sin saber cómo, se encuentra repentinamente en un lugar que estaba cerca de las montañas, rodeado de bosques y lagos. Un paisaje que le recordaba el lugar de donde él provenía.

No sabía qué hacer, pensó y pensó, hasta que se le ocurrió que podía cortar leña de los árboles caídos que había en el bosque para hacer magia, poder sobrevivir y tal vez regresar a su tierra. Cuando no estaba en el bosque cortando leña, estaba en una cueva dentro de una de las montañas en la que en su tiempo libre se dedicó a investigar y un día encontró, mientras miraba sus paredes, unas marcas que tenían la forma de huellas de animal, empezó a sacar la tierra y de repente algo comenzó a brillar. Era algo similar a las piedras, brillantes y muy llamativas, que se guardó como si fueran un tesoro muy valioso. En ese momento comenzó a valorar todo lo que tenía en el lugar de donde provenía.

Kabín comenzó a extrañar a su familia, a pesar de haber deseado siempre ser parte de ese mundo virtual. Pero el destino quiso darle una lección y lo dejó atrapado en ese mundo irreal.

Al no tener noticias de su hijo, después de tanto tiempo de buscarlo sin resultado alguno, la familia del niño decide mudarse a otra casa, entonces entre todo lo que guardan para la mudanza queda por embalar la consola de video juego, que nunca más había sido usada por ningún integrante de la familia, hasta ese momento, en el cual Dulce, la hermanita del niño, pide a sus padres que le dejen jugar el juego por última vez. Los padres acceden al pedido de la hija.

La niña enciende la consola, pone el CD del juego 3D en funcionamiento y aparece en la pantalla un duende con apariencia amigable que le indicaba los lugares que tenía que recorrer. Mientras tanto el “supuesto duende” aprovecha para ver desde lo virtual la realidad que dejó y observa la vida familiar que tomó prestada el Kobolds. Ve a su hermana queriendo jugar, pasando los

niveles del juego exitosamente pero temiendo que le pase lo que a él, a pesar de querer seguir viendo lo que sucedía dentro de su casa, hace gestos de auxilio pero no es escuchado y sólo la pantalla decide por él.

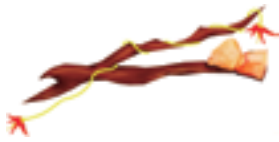
Dulce, ve que la pantalla le muestra dos opciones: VOLVER A JUGAR y EXIT, como ella no se decide por ninguna, una voz muy rara le dice desde el video juego:

—¡GAME OVER!, —apagándola...

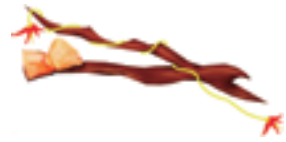


Autora

Romina Ileana Guillan



Avecmoi Feliz



Año 2500.

¡Esto es algo maravilloso!, parece como si las estrellas rozaran mi piel. No debería emitir este pensamiento en voz alta, me tildarían de antiguo o romántico, que sería peor, lo mío seguramente proviene de algún antepasado; en fin, mejor respiro hondo, disfruto de mi primer viaje por el espacio y pienso en mi objetivo: llegar al planeta AVECMOI, último descubrimiento de un mundo distinto a los que ya conocemos. Los últimos informes indican que allí todo es alegría, dicen que los seres que habitan ese planeta tienen sentimientos, algo que en muchos mundos ya desapareció. Tampoco hay computadoras, ni robots ¿Cómo será posible vivir sin ellos?

—A ver Zábir, vos que sos mi amigo de hace años, fijate en tus registros cuántos años luz faltan para llegar a Avecmoi.

—Pri-me-ro: A-mi-go, pa-la-bra e-li-mi-na-da del ca-tá-lo-go es-pa-cial des-de ha-ce dos-cien-tos a-ños.

Se-gun-do: Fal-tan e-xac-ta-men-te pi...pi...pi... cien a-ños luz

Ter-ce-ro: a e-se pla-ne-ta no quie-ro ir.

—¿Por qué Zábir?

—Por-que en-tre sus ca-rac-te-rís-ti-cas fi-gu-ran: hu-ma-nos a-gra-da-bles; son-rí-en to-do el tiem-po; son fe-li-ces.

—Pero Zábir, en nuestro mundo, hace cientos y cientos de años, la gente también era feliz.

—No re-gis-tro e-sa pa-la-bra. E-rror e-rror. A-ten-ción, a-ten-ción, sí re-gis-tro as-cen-so de la tem-pe-ra-tu-ra en ca-bi-na tres.

—Está bien, dirigite al capitán y solucioná el problema.

Otra vez solo, que ansiedad que tengo, ya quisiera llegar a Avecmoi.

—¡A-ten-ción!, es-ta-mos por A-vec-moi-zar, 10, 9,8,7,6,5,4,3,2,1,0

—Vamos Zábir, Avecmoi tiene nuestra atmósfera.

—...¡Qué maravilla! ¿Será el paraíso?... pero este mundo es muy parecido a lo que fue nuestro planeta. En el Museo de San Telmo, hay fotos de personalidades de épocas pasadas pero también de animales y plantas que dejaron de existir hace mucho. Recuerdo haber visto en él, estos árboles, creo que se llamaban pinos; pero acá puedo tocarlos, son como pinches y muy ásperos, y...

—¡Qué aroma dulce! ¿Pájaros? ¡No puede ser!; sí, creo que estamos en el paraíso.

—Zábir, cuanto lamento que seas un robot.

—¡Pe-li-gro! ¡Pe-li-gro!

—¿Qué pasa?

—Se a-cer-ca un ob-je-to no i-den-ti-fi-ca-do en las co-or-de-na-das...

Cuando me di vuelta la vi: tenía una túnica blanca, volaba y sonreía.

—Zábir, no es un objeto, es una mujer..., y sonríe, ¿Zábir, sonríe!

Se paró frente a mí, me estiró su mano con la palma hacia arriba, apoyé mi mano en ella, y en ese momento, sin pronunciar palabra alguna, me llevó a recorrer un paisaje de verdes, lilas y azules.

Zábir nos seguía como podía, con sus rueditas móviles a toda velocidad, prendiendo y apagando sus lucecitas de colores, dando vueltas a nuestro alrededor y gitando:

—¡Pe-li-gro! ¡Pe-li-gro! Si no fuera un robot pensaría que estaba desesperadamente celoso.

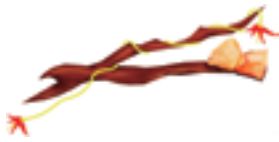
—Hasta aquí llegaste Zábir —le dije, y apagué todos sus contactos.

La miré a los ojos, una mirada expresiva, única. Ella seguía sin hablar; no hacía falta. Estaba suspendida a medio metro del piso, me ofreció su mano nuevamente y me elevé junto a ella. Mi corazón latía fuertemente...y me dejé llevar para sentir en todo mi seresa palabra que alguna vez los humanos disfrutaron, quería sentir, la felicidad.

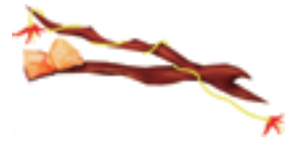


Autora

Liliana Silvia Spaltro



El milagro



Estamos en el África meridional, sin tiempo, con mucho espacio. Con necesidades que hay que esforzarse por satisfacer, sin instrumentos más que las manos, palos y rocas. No existen los nombres, los verbos, si los sonidos guturales. La sabana esta muy calurosa hoy. A lo lejos entre los espaciados arbustos se puede ver el calor que la tierra seca despidе. Vamos en busca de comida. Ya sea frutos, algún resto cárnico que carroñar. Tenemos que tener cuidado, no hay seguridad en cuanto a los animales que acechan para conseguir lo mismo que nosotros. Nos movemos en grupos. Tengo hambre. Me conformaría con la médula de algún hueso. Mi cría mama, pero ya se acostumbró al dulce gustito de la carne cruda. Ya es una boca más que alimentar. Los machos van delante con sus palos buscando alguna presa fácil de agarrar. Las hembras vamos recogiendo frutos y semillas que guardaremos para la vuelta. Compartimos. A lo lejos se divisa un charco lleno de agua y lodo. Suelen andar por sus alrededores seres con muchas proteínas.

Los problemas suelen acechar durante la noche. Nuestro refugio son los árboles. Subidos a ellos estamos a salvo de las fieras que utilizan la noche como táctica de ataque. La altura es la única seguridad que nos alejan de la realidad animal. Seguimos vagando buscando alimentos ocasionales que nos nutran y satisfagan esta hambre animal que nos acecha.

No tenemos un lugar fijo. El terreno siempre nos lleva más allá. Bueno, el terreno y el hambre. Vamos siempre en grupo hacia donde, por supuesto haya árboles seguros. La noche, es sin dudas, el abismo de la eternidad. Nosotros le tememos. En ella asechan seres despiadados que utilizan la estrategia de la sorpresa.

Con palos que encontramos en suelo, comenzamos a tirar los frutos de un árbol. Recogemos muchos y mientras los machos siguen carroneando los restos de una cebra, nosotras y nuestras crías comemos lo recolectado.

Empiezo a tener miedo, está oscureciendo y debemos encontrar árboles para pasar la noche en sus copas.

A lo lejos se oyen sonidos extraños. No puedo divisar si son hienas u alguna otra fiera que nos asecha.

Los machos regresan trayendo huesos, el tuétano debe estar muy rico. En un momento determinado, uno de ellos me muestra un objeto extraño. Está hecho de materiales raros y al girar una parte saca algo amarillo que es efímero.

De repente acercamos unas chalas bien secas, y se produce un milagro.

¡FUEGO! Fuego para pasar la noche a los pies de los árboles sin temor a ser devorados.

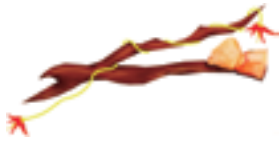
¡FUEGO! Para cocer nuestros alimentos.

¡FUEGO! ¡Qué objeto raro y mágico!

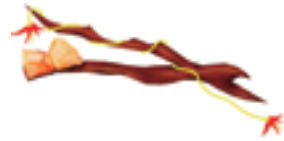


Autor

Gerónimo César Daniel Austral



Piratas



Golpeaban con fuerza las olas, la astillada quilla del barco pirata. El viento no dejaba de azotar la vieja embarcación; las velas, ajadas por el sol y la brisa salobre, trataba de resistirse a él. Comenzaba a caer la noche y el temporal no parecía tener intenciones de cesar.

La campana, asida a uno de los mástiles cerca del timón, se agitaba con el vaivén furioso del barco, tornando su sonido insoportable para los atemorizados hombres de abordó.

Ya entrada la noche, los relámpagos, por breves instantes dejaban ver las caras de preocupación de los rudos hombres de altamar, y luego desaparecían nuevamente en la vasta oscuridad.

De pronto, bruscamente y en forma inesperada, el viento dejó de soplar, el agua dejó casi instantáneamente de agitarse y la tripulación experimentó el silencio más aterrador de su existencia.

No podían escuchar, ni siquiera su propia respiración, al tiempo que una densa neblina los comenzó a ocultar entre sí.

El viejo Tom, con su espeso bigote y su gorra negra, miró con cara de espanto a Dan, el pirata flacucho y temeroso... esa camiseta a rayas lo hacía verse aun más débil, en contraste con Peter un aciano barrigón que estaba a su lado.

Se asomó el capitán con una vieja vasija de ron y su infaltable compañero Peter, un loro malhumorado que siempre perdía alguna pluma, cuando estaba asustado para observar qué sucedía. Ciertamente desde su camarote no sabía qué sucedía en cubierta y a qué se debía tanta calma después del ajetreo de la nave.

Desde el palo mayor Brad, alertó a los piratas de unas extrañas luces que salían desde la profundidad del mar...

Luces plateadas que, a toda velocidad, se dirigían hacia el cielo y comenzaban una danza espectacular, emitiendo un zumbido ensordecedor.

Salía una y otra y otra... se cruzaban sin chocarse, realizaban giros sobre las cabezas de los atónitos marineros. Parecía que lo que buscaban era marearlos, ya que sus cabezas giraban y giraban tratando de seguir el ágil movimiento de las extrañas luces, o quizás, pensaba Brad, buscaban estudiarlos o hacer contacto con ellos.

Dan, intentaba ponerse a resguardo en el sótano aunque era retenido con fuerza por Tom quien le decía:

—Esto es algo maravilloso, no puedes esconderte cobarde...

De pronto la danza cesó, los marineros no salían de su asombro...las luces se perdieron a gran velocidad sumergiéndose con el misterio con el que habían surgido de la espesa masa de agua.

Los piratas cuando pudieron salir de su estado de asombro, hicieron un pacto de silencio

No revelarían a nadie lo que habían vivido por miedo a ser tomados por mentirosos o quizás por locos...

Lo cierto es que el capitán escribió en su libro de viajes y como único con todo detalle lo sucedido aquel día.

Su único testigo fue su viejo loro desplumado.

Dejó como reflexión personal:

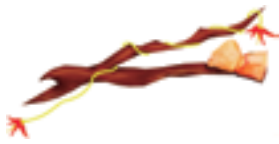
Buscamos nuevas islas, nuevos tesoros nos guiamos por las estrellas y vemos al cielo permanentemente, pero en el centro de la tierra, debajo de las aguas hay seres que nos miran y esperan ser descubiertos o quizás hacer contacto con nosotros y contarnos maravillas de otros tiempos, de otras realidades, de otras dimensiones.

Capitán Thorty - 27 de marzo de 1784

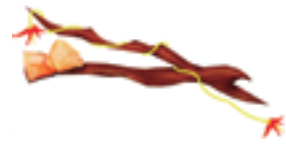


Autora

Claudia Adriana Mari



La llorona



Existe en la tierra conocida como Argentina, una ciudad próspera, en franca expansión y que hasta en épocas de crisis fue conocida como ciudad del pleno empleo.

Se cuenta sin embargo, en círculos secretos, que en tiempos inmemoriales antes de la creación del hombre; o quizás luego de su extensión, si se le da crédito a algunas de las teorías de causalidad retroactiva, que en ese territorio, como en tantos otros durante esa era mítica estaba poblado por seres grotescos, gordos y blancos como esos gusanos que se alimentan de la piel muerta y la carroña. Su cabeza, así como el resto de su deforme cuerpo era totalmente lampiña, carecían de nariz, poseían una boca pequeña con labios muy finos, casi inexistentes y esa masa estaba coronada por dos ojos pequeños, finos como rendijas y de mirada cruel.

Estos habían levantado una ciudad de piedras rojas traídas de muy lejos al norte, de otra tierra otrora fértil y que ahora es un páramo de polvo rojo donde con suerte llueve dos o tres días al año.

Habían tenido que trasladarlas ya que por alguna razón perdida en los anales del tiempo, el lugar escogido para erigir su ciudad no poseía esa clase especial de mineral.

Un día, como surgidos del éter, otra raza de seres, altivos, diáfanos descendió de los cielos como volutas de humo transportadas por la brisa. Sus voces, sus cánticos ultraterrenos barrieron la zona. Los armónicos que sus voces transportaban hicieron vibrar las piedras que se convirtieron poco a poco en polvo y fueron barridas por el viento.

Los seres lechosos no corrieron mejor suerte, el polvo generado como una tormenta cubrió sus cuerpos y comenzaron a derretirse, a deshacerse como las babosas cuando algún niño cruel les echa sal y observa cómo se retuercen mientras pierden la humedad y degeneran en una baba que al secarse con el sol desaparece dejando en su lugar una casi invisible capa de piel que era todo lo que contenía sus entrañas ahora evaporadas.

Debido a las acciones de los volátiles seres aéreos, no existen restos arqueológicos de esto.

O al menos eso se creía hasta que una pequeña piedra tallada, fue regurgitada por la tierra. Se especula que la prosperidad de los campos que caracterizan a la zona se debe en parte al abono que recibió la tierra al derretirse los obscenos seres blancuzcos.

Lo que nadie podía saber, era el efecto que el sórdido objeto, encontrado por dos niños de la zona a fines del 1800, tendría.

Pocos años después el más pequeño de los niños murió en situaciones confusas, y al crecer el hermano mayor, cuyo nombre se desconoce, gestionó el paso del ferrocarril por el lugar; que explotó demográficamente y en 1887 fue ascendido a la categoría de villa.

El niño se casó y tuvo un hijo y ese otro hijo, siempre uno y solo uno, varón, de piel blanca como la nieve y una tendencia genética a la calvicie tan marcada, que para cuando terminaban de desarrollarse, los ya no niños comenzaban a perder el pelo de manera alarmante y era tradicional que directamente se afeitasen la cabeza al cumplir los dieciocho años, momento en que el padre hacía entrega a hijo de la reliquia familiar.

Y así fue durante cien años en los que vieron en diferentes partes del país, siempre casándose y teniendo un hijo y sólo uno.

Hasta que en un perverso giro del destino, el heredero de turno se instaló en el mismo lugar de donde su familia había surgido tanto tiempo atrás.

Allí conoció a una hermosa joven con la que se casó y con la que tuvo un par de mellizos, un niño y una niña; ambos blancos como las nubes del cielo.

Los dos padres estaban muy felices, la madre incluso juraba que al nacer la niña, la segunda en salir, había escuchado el sonido más hermoso que había oído jamás.

Los doctores lo achacaban a la anestesia que habían tenido que darle para el parto y no prestaron más atención al tema, aunque la joven madre parecía obsesionada con él.

Durante ese período comenzaron también los dolores de cabeza y las alucinaciones auditivas, ella parecía convencida que la piedra tallada que su marido llevaba colgada al cuello emitía un sonido discordante e indescriptible.

Él, guardó la piedra en un cajón, en el fondo del armario, pero no había forma, mientras esta estuviese en la casa, ella sufría las migrañas y gritaba, cantaba o ponía música fuerte con el fin de ahogar el sonido.

Fue más de lo que ninguno de los dos pudo soportar y fue recluida en una institución psiquiátrica en la que sorprendentemente mejoró al poco tiempo y fue liberada para volver a su hogar.

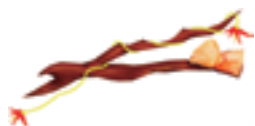
Una vez allí y bajo medicación reasumieron su vida. Sin embargo poco a poco comenzó a calar la idea de que el sonido de la piedra que había desaparecido comenzaba a volver a medida que su hijo crecía. Los sueños de criaturas extrañas, con rostros abotagados y blanquecinos no ayudaban y una trágica tarde de noviembre la perturbada madre atacó a su marido con un cuchillo y se arrojó con los niños en brazos por el balcón del departamento en el que vivían.

El abismo negro de la noche se abrió bajo sus pies mientras las luces bajo ella se acercaban quiméricas y cambiantes, esperaba ser abrazada por la armonía y la libertad ese sentimiento placentero de completud. Pero el sentimiento no llegó, sí la armonía, pero bajo ella no había hermosura ni bondad, si no crueldad y sordidez.

Las luces naranjas y amarillas, febriles subían a su encuentro, las canciones dulces sonaban como una burla y comprendió su error mientras la angustia y el pavor cerraban su pecho, abrió los brazos y vio como los niños se alejaban intentó alcanzarlos pero se difuminaron como el humo en un huracán.

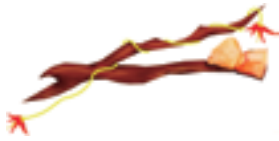
No sintió el suelo, solo cayó y cayó hasta el fondo de un pozo de insondable profundidad.

El padre de los niños todavía joven sobrevivió al ataque. Volvió a casarse y tuvo otro hijo, pero lejos del lugar que vio nacer el linaje en el que él, así como otras personas de la ciudad juran que aún puede escucharse una nota, imposible de alcanzar por una garganta humana. Personas con habilidades especiales juran haber escuchado también sollozos, y luego la frase “¡Mis hijos! ¿Dónde están mis hijos?”

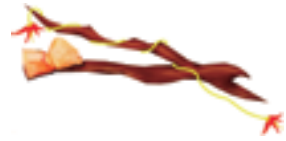


Autor

Valentín Casaravilla



Candy



Candy llegó a mi vida cuando tenía tres meses de edad y diez centímetros de altura.

Al morir la tía Raquel, mi hermana y yo heredamos todas sus pertenencias, incluyendo las doce mascotas que ella amaba: un papagayo, tres perros, dos gatas, cinco canarios y Candy, una bellísima mona titi capuchina. Regalamos todos los animales a familiares y vecinos, menos a la mona: nos había cautivado de tal modo que decidimos adoptarla.

En menos de una semana, mi hermana Luisa y yo nos convertimos en expertas en temas de crianza de monos, gracias a la ayuda de Internet. Leyendo los artículos en pantalla, aprendimos a darle los cuidados que necesitaba. Pero nunca aprendimos a educarla.

Candy revolucionó nuestras vidas y nuestro pequeño departamento en un abrir y cerrar de ojos; por momentos era un adorable bebé que dormía, jugaba, comía... y en otros parecía enloquecer y corría, chillaba, trepaba, se escondía y rompía cosas que iba tirando a su paso. Tenía especial predilección por todo lo que fuese tecnológico: el control remoto de la TV, el equipo de música, la radio, el teléfono celular; la mona pasaba horas observando con atención, copiando nuestros movimientos y los imitaba a la perfección. ¡Hasta había aprendido a calentar sopa en el horno a microondas!

Cierto día llegué del trabajo y me extrañó que Candy no saliese a recibirme con gritos y abrazos. La busqué por todas partes hasta que la encontré debajo de la cama, acurrucada. No quería salir, pero finalmente la convencí con un caramelo de dulce de leche, su favorito. Se fue asomando de a poco, con cara de haber hecho un gran lío.

Cuando la vi, casi me muero del susto: su panza brillaba con un leve tono azulado. La envolví con una frazada y salí corriendo a buscar un veterinario de guardia. Luego de una exhaustiva revisión, el profesional me encaró y me dijo, boquiabierto:

—No lo puedo creer... se ha tragado un pequeño teléfono celular.

—¿Cómo hizo eso?!

—Eso quisiera saber yo también. El hecho es que lo tiene alojado en su estómago, encendido y funcionando —respondió el hombre, tan asombrado como yo.

—¿La va a operar?

—Es imposible. No soportaría semejante intervención. Además, es un aparato muy pequeño, no obstruye el paso al intestino. Sugiero dejar al animal bajo estricta observación; si sobrevive las próximas cuarenta y ocho horas, podemos considerar la posibilidad de dejar el teléfono en su estómago.

Candy no sólo sobrevivió esas cuarenta y ocho horas, sino varios años más. Muchas cosas sucedieron en ese tiempo: Luisa se casó, se mudó y yo quedé viviendo con Candy, que con el tiempo experimentó una increíble mutación.

Cuando sonaba el teléfono, ella apretaba un lugar en su pancita y “atendía la llamada”. Bueno, en realidad venía corriendo hacia mí, abría la boca y el sonido salía sin dificultad. Yo conversaba con mis amigos a través de la boca abierta de Candy. Pronto extendió sus habilidades al punto de marcar números en su pancita y hacer ella misma las llamadas. Varias veces sonaba mi teléfono y en la pantalla podía leer “Candy”. Entonces yo atendía y escuchaba sus grititos excitados en mi aparato; y le hablaba, para que me escuchase; a ella le fascinaba la voz de las personas y los sonidos del teléfono. Mis amigos y vecinos la llamaban sólo para escuchar sus grititos de alegría cuando ella recibía un telefonema. También aprendió a usar los comandos para escuchar música y la radio. Lo más sorprendente fue que en poco tiempo, se las ingenió para escribir mensajes simples con las teclas.

Candy se había transformado en un teléfono viviente, al que nunca hubo que recargar. En la última consulta, el veterinario llegó a la conclusión de que el teléfono se alimentaba automáticamente con la propia bioenergía del animal. Sin embargo, me advirtió:

—La batería de estos aparatos tiene una vida máxima de cinco años.

Cuando se agote..., no sé qué sucederá con Candy. La batería y ella forman parte el uno del otro.

La batería duró siete felices años. Una fría mañana de agosto, se empezó a agotar. Candy usó los últimos minutos de energía para teclear algo en su pancita; mi teléfono sonó, atendí y leí en la pantalla su mensaje: “te extrañaré”.

Nada más. La vida de Candy se apagó de repente, junto con la batería del teléfono. La enterré en el jardín, debajo de un manzano.

Han pasado dos años y sigo llorando cuando pienso en ella. Hoy hace mucho frío, estoy triste, sola..., ya es medianoche y no puedo dormir.

Algo me inquieta: acabo de recibir en mi celular un mensaje que dice:

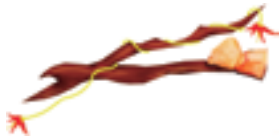
Te extraño. Voy por ti.

Candy.

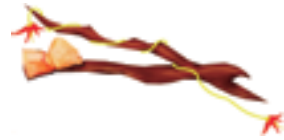


Autora

Patricia Marta Kieffer



La asesina



Hermosa, esbelta y bella, era ella. Se destacaba por su perfume tan dulce y especial. Todo el que se acercaba no podía dejar de oler su aroma. Era muy sociable y querida por toda la gente.

Esa tarde iba a participar de un agasajo muy especial: el cumpleaños del dueño de una importante empresa, el señor López. Ella fue expresamente invitada por sus socios.

El homenajeado muy emocionado fue a recibirla...

—Irma “ven rápido” para la oficina es urgente se trata de José —la preocupada esposa salió velozmente. Allí encontró policías, fotógrafos, curiosos y demás, pero no pudo ver a su marido el querido JOSÉ LÓPEZ. Lo único que se acordaba la señora es que nadie podía explicar lo que había sucedido, pero la realidad es que se había muerto. Todo era confusión y angustia. La palabra muerte súbita fue el parte médico. La policía comenzó a investigar las supuestas causas de esta muerte pero no había nada que la pudiera explicar. Ese hombre no tenía enemigos, acreedores, ni nada que justificara ese crimen. Ella sentía el sabor del éxito.

Laurita se paseaba alegremente por la calle, sus frescos veintiún años le permitían caminar con entusiasmo.

Se dirigía a la facultad como lo hacía siempre. Ella también andaba por ese lugar, no le importaba nada ni nadie. No se enternecía ante ninguna situación. Laurita se dejó arrastrar por los encantos de ella. Quería darle una sorpresa a su mamá... pero la sorpresa se la llevó la joven y dulce Laurita.

Tumulto de gente, empujones, ambulancias y policías, todos estaban desesperados presenciando la escena. Nadie entendía nada, Laurita yacía en el piso sin respirar y sin que los médicos pudieran hacer nada por salvarla. Sin embargo ella siguió su camino sin sentir la menor pena. La familia y los amigos no entendían lo que había pasado. La única explicación que recibieron fue, la de muerte súbita sin causa. Ella sintió el sabor de la felicidad por su segundo triunfo.

En el departamento de policía había mucha gente que salió de testigo sobre lo sucedido. El inspector a cargo de la investigación no podía encontrar

respuesta a esa muerte. La chica era el ser más bueno que existiera en este mundo. Su vida transcurría entre la facultad, el trabajo, amigos, novio, familia y demás. No estaba metida en ningún problema, ni de drogas, ni de nada. De las manos de ella nadie estaba libre sea buena o mala persona.

Dos muertes misteriosas, la policía no sabía por dónde investigar, ni de quién o de qué había que proteger a la población.

Era una tarde hermosa, el jardín estaba poblado de gente, se iba a celebrar el día de la primavera. El lugar se encontraba adornado de hermosas flores de todos los aromas, colores, y clases. Se podía oler todas las fragancias a la vez.

Ella por supuesto estaba allí, no había sido convocada, pero ella no necesitaba ninguna invitación.

Una multitud se congregó alrededor de ella, su encanto era irresistible, ella se acercó a agasajarlos.

La tarde se convirtió en tristeza, desolación y en muerte. Las diez personas fueron veladas rápidamente y con el mismo diagnóstico: muerte súbita.

Se decidió investigar ya que no se podía permitir que sucedieran otras muertes. El problema era que no se sabía por dónde comenzar.

Se citó a todas las personas que estuvieron con las víctimas. Ellas atestiguaron que no hubo nada que les hubiera llamado la atención.

Hugo, un empleado del señor López, comentó al pasar que arriba del escritorio había quedado una mancha de un líquido muy extraño. El inspector limpió con un hisopo la muestra y la llevó a analizar al laboratorio. El resultado dio que se trataba de una sustancia venenosa.

Lo mismo ocurrió cuando se revisó la ropa de Laura. Pero no se sabía por dónde investigar ni qué objeto podría llegar a estar envenenado. Por su dedicación quisieron premiar al inspector, entonces decidieron traerla a Ella para levantarle un poco el ánimo.

Cuando se iba a acercarse sintió un mareo, se alejó. Fue extraño, pensó.

Cuando se levantó para ir a tomar un vaso de agua, vio unas gotas sobre el escritorio.

Inmediatamente tomó la muestra y la llevó al laboratorio. No podía creer el informe sobre lo que leían sus ojos.

Ahora podía comenzar a comprender lo que estaba pasando.

El inspector se reunió con todos los profesionales del país para que lo ayuden a descubrir de dónde surgió ella y cómo hacía para asesinar a la gente.

Los entendidos en el tema, se reunieron, y pudieron detectar que ella, había ingresado de otro país y esa podría llegar a ser la causa. Aparentemente se colocó arsénico para terminar con unos bichos de colores que infectaban la zona.

Un grupo de investigadores viajó a ese país para primero prohibir por un tiempo su venta y segundo para exterminar a esa especie.

El lugar era muy grande estaba lleno de ellas, no había una de ellas sino mu chísimas de esa clase, se llamaba: Magnolia, pero no todas eran venenosas, sólo una de cada mil lo era, el problema era saber cual no lo era, ya que no había forma de descubrirlo.

Los especialistas se calzaron guantes, todos estaban muy nerviosos ya que podían perder la vida.

La Magnolia se caracterizaba por abrir sus pétalos y era allí cuando pasaba su veneno. Así sucedió con las víctimas. Con mucha cautela rociaron el piso de veneno para envenenar a todas las magnolias. Una a una, iba muriendo. Se podía observar como algunas de ellas se resistían, principalmente ELLA. La causante de todas las muertes, era la que más se negó a morir: abría sus pétalos para pasarles el veneno a los profesionales pero por suerte ellos estaban protegidos. Se movía con desesperación, luego de varios segundos se murió dejando atrás toda la tristeza que causó.

Todos volvieron satisfechos ya que la Magnolia había sido combatida.

El lugar quedó vacío, ya todos se habían ido con el espíritu triunfante, pero nadie se percató que había quedado un pedacito de semilla esparcida sin que la afectara el veneno. El viento empezó a soplar fuertemente, la semilla, logró salir de ese lugar...

Se realizó un agasajo para el valiente grupo. Se trató de dar algunas explicaciones de cómo una flor podía matar gente, y se dijo que el olor era lo que atraía a las personas y que el veneno era tan fuerte que producía muerte súbita en los seres humanos.

Mientras la ciudad descansaba aliviada ya que el mal había terminado, ella reposaba del viaje agotador que le causó el viento, se introdujo en el fondo de la tierra de un hermoso jardín. Sus intenciones, no eran salir, ni crecer, por ahora, sólo descansar, por el momento. Ella decidiría cuanto tiempo iba a ser ese por ahora, podía ser un día, un año, un mes, años, siglos etc. Ella determinaría cuando volver. Algún día lo haría. Sus hermanas habían muerto, pero ella seguiría decidiendo sobre el destino de la población. Estaría presente en un cumpleaños, bautismo por que no en un jardín o en una escuela. Sus

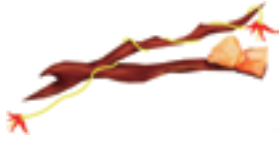
sentimientos no tenían límites. Volvería para que la gente conozca la verdadera ella. Todo a su tiempo. ¡Salud humanidad! ¡Hasta pronto!

¡Disfruten mientras yo los deje!

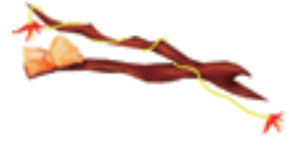


Autora

Marisa Roxana Barnatán



Maldiciones



Silencio majestuoso, solemne, esperado.

El murmullo de todo el día lo había abrumado tanto que no podía creer que fueran posibles minutos así. Con esos instantes se sentía dichoso, como si se quitara de encima una pesada carga que lo perseguía.

Ni siquiera quiso encender las luces, quizás temiendo que se rompiera el hechizo.

Se sentó en su sillón favorito y pasó así varios minutos, tal vez media hora.

Ya extrañado, sorprendido que la magia de la calma continuara, decidió pararse e ir a encender la lámpara de pie, junto al rincón de la ventana. Nuevamente no encendía, era la tercera vez esa semana que debía cambiar la lamparita. Pensó que seguramente un cortocircuito o algo parecido provocaban que se quemaran. Como las veces anteriores, siguió a tientas hasta la cocina pero... allí tampoco encendían las luces. Por las hendijas de las persianas se divisaba luz en la calle. Evidentemente era un corte de luz en su departamento, maldijo su suerte y buscó las velas.

Abrió el tercer cajón, adonde siempre las guardaba: nada.

Su malhumor iba en aumento. La paz del inicio de la noche se transformaba lentamente en un caos: no soportaba ir a dormir sin mirar antes su serie favorita. De nuevo maldijo, esta vez a los gritos y se sorprendió una vez más:

—¡No escuchaba su propia voz! ¿No escuchaba o no emitía sonido alguno? Comenzó a desesperar.

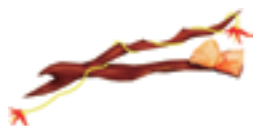
Este juego del destino lo estaba atormentado, no era posible. Era cierto que ese día había deseado más de una vez la oscuridad y el silencio. No, no, no..., esto ya se escapaba de sus manos.

Caminaba a tientas por la casa intentando percibir alguna sombra que lo guiara, ahora ni siquiera se traslucía un solo destello por las persianas, tambaleaba de un lado a otro.

Preso del pánico gemía como un niño, se frotaba los ojos, sacudía la cabeza, quería gritar y no podía, quería escuchar aunque fuera un solo sonido pero el más cruel de los silencios lo abrumaba.

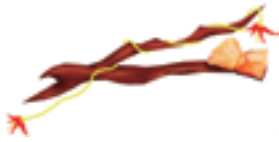
Sintió que pasó horas así hasta que, extenuado, se quedó dormido tendido en el suelo incapaz de poder acercarse al dormitorio.

A la mañana siguiente nadie notó su ausencia en el trabajo, nadie reclamó su presencia en ningún lado, como si nunca hubiera existido, como si siempre hubiera estado en la oscuridad, rodeado de silencio, majestuoso, solemne, esperado.

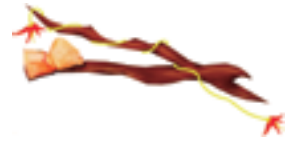


Autora

Adriana Marcela Fava



El regalo



Las relaciones entre Lucas y Anastasia ponían de manifiesto una ambivalencia afectiva que oscilaba entre el amor y el odio. El destino les había marcado ser hermanos. Hijos de una famosa escritora y de un prestigioso científico de quienes los dos heredaron la pasión por las letras y sólo Lucas, el interés por provocar fugaces fumaradas de colores y repentinas explosiones con diferentes reactivos.

Los hermanos compartían varias horas la casa sin la presencia de sus padres para que arbitraran en los momentos de complicidad o en las situaciones de mayor hostilidad en las que dos hermanos se peleaban.

Disfrutaban del placer por la lectura, aunque cada uno con sus gustos. Anastasia, romántica y soñadora, se inclinaba por las historias de hadas, princesas y príncipes valientes. Lucas, en cambio, prefería cuentos de espantados, desaparecidos, fantasmas y por qué no alguna bruja con la que identificaba perfectamente a su hermana. Relatos que le habían dado una vasta experiencia en cuentos de terror.

Todo transcurría con normalidad cuando coincidían en travesuras y juegos. Pero cuando algo no encajaba en los planes de alguno de ellos, como sucede entre los hermanos que se quieren mucho, “ardía Troya”.

Una tarde de esas en que los dioses estaban desencontrados, los hermanos estuvieron a un pasito de arrancarse los pelos. Fue entonces cuando Lucas, para olvidar por un momento la presencia de Anastasia en su vida, se encerró en su mini laboratorio a improvisar experimentos. Entre los frasquitos de reactivos que aparecían ante sus ojos, no dejaba de estar la imagen de la bruja de su hermana.

Comenzó la tarea. Ensayó una y otra vez distintas mezclas y soluciones.

Logró vapores y olores..., hasta que sus intentos premiaron su perseverancia con un espectro de color grisáceo azulado que poseía las características perfectas para una ocasión especial. Inmediatamente pensó en Anastasia.

Probó una y otra vez los trucos más espeluznantes que se le pudieron ocurrir. Y fue cuando Lucas no vaciló: era el regalo ideal. Su hermana se merecía eso y mucho más.

El fantasma tenía lo suyo, y lo demás lo ponía Lucas. Él se encargaría de los gemidos por las noches, del ruido a cadenas que se arrastran, de cerrar las puertas con un golpe seco cuando aparecía, y todo lo que pasara por su imaginación. Era un experto en cuentos de terror.

Lo metió en una bolsita bien paqueta, le colocó un hermoso moño y se dirigió hacia el dormitorio de su hermana.

—¡Sorpresa!

Anastasia, que estaba inmersa en un mundo de hadas, interrumpió su lectura, volvió a la realidad y trató de comprender el hecho de que su hermano le trajera un regalo. “Está conmovido y muy arrepentido por lo de hoy”, pensó, tratando de abrir el obsequio con agradecimiento.

Pero cuando intentó meter la mano en la bolsa y vio tan espantosa aparición, lanzó un alarido que resintió los tímpanos de todos los vecinos de varias cuadras a la redonda. Pero aún continuaba anonadada y agradecida por el gesto humanitario de Lucas. Entonces repitió la fórmula de cortesía que todo el mundo dice cuando recibe un regalo:

—¡Muchas gracias! ¡Es hermoso!

Y con su nula experiencia en cuentos de terror, se preguntó: “¿Dónde lo guardo?”.

Se le ocurrió meterlo en el cajón de la mesita de luz. Allí lo tendría oculto y si su hermano lo reclamaba, amablemente se lo mostraría como una reliquia que se guarda con mucho recelo.

Esa noche la familia cenó armoniosamente y luego se fueron a dormir con total normalidad. Lucas, por su puesto, se metió en su cama ansioso por animar su descomunal invento.

Al instante en que Anastasia colocó la cabeza sobre la almohada y apagó la luz, escuchó un grosero bostezo y vio que el espectro se metió debajo de las sábanas conduciéndose hacia los pies. Intentó gritar espeluznada, pero del susto se quedó muda. Ahí comprendió una vez más la generosidad de su hermano.

Durante varias horas esa noche no pegó un ojo. Sentada y acurrucada en la cabecera abrazada a sus piernas. Lo sacaba y en pocos segundos el fantasma volvía sumando cada vez más elementos tenebrosos: risotadas siniestras, ruidos de cadenas, quejidos ululantes, traspaso de lugares, aperturas y cierres de las puertas del placard...

Ana sabía que Lucas había tramado esta venganza. Entonces, con firme decisión se levantó, se dirigió al cuarto de quien la esperaba expectante y lo sentenció:

—O sacas ese monstruo horrible de mí vista o despierto a papá y a mamá y le cuento todo.

Satisfecho por la hazaña realizada y con el temor de que su padre se enterara, Lucas decidió interrumpir el malvado castigo.

Intentó agarrarlo del pescuezo pero el espectro escapó lanzando una carcajada perversa y atravesando la pared del dormitorio. Quedándose con la sensación de haberlo ahuyentado, decidió acostarse.

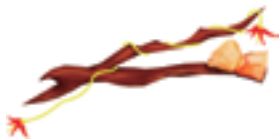
Cuando estiró sus piernas descubrió que el maleficio se había vuelto en su contra. Acurrucado y con las rodillas en el mentón, sólo miraba el reloj esperando esa hora tan ansiada en que su padre se levantara para pedirle la fórmula exacta y hacer desaparecer el espectro grisáceo azulado provocado por una mezcla de reactivos y una pizca de maldad.

A pesar de ser un experto en cuentos de terror.

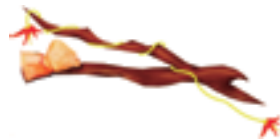


Autora

Norma Beatriz Lascurain



Yo soy vos



Mi nombre es Pablo Zanone. Tengo 29 años. Viví toda mi vida en el barrio de Saavedra, cerca del parque en una casa muy pequeña. Hace un tiempo decidí mudarme. No fue fácil pero encontré la casa de mis sueños muy cerca.

Ayer me mudé a mi nuevo hogar: Jaramillo 4315. Hoy acabo de darme cuenta que no hice tan buen negocio.

Es de noche, una de esas noches invernales, frías lluviosas que suele tener Buenos Aires en junio. Hace un rato se cortó la luz, pero la casa tiene un brillo mágico, extraño. Misteriosamente mi notebook se enciende y se conecta a Internet. Supuse que tendría batería y me acerqué. Quizás estuviera conectada a una Wi-Fi vecina, no lo sé. Lo más sorprendente vino después. El programa de videoconferencia se activó y alguien con mi apellido, Zanone, quería contactarme.

Suelo ser confiado, algo ingenuo, es cierto, y el hecho de que tuviera mi apellido para mí indicaba que podía ser algún familiar, un pariente lejano, tal vez. Así fue como acepté su llamada.

Apareció la imagen y lo noté con cierto parecido físico a mí. Bastante más viejo, es cierto, pero lo que iba a decirme me paralizaría por completo. Su voz gastada por los años sólo atinó a decirme “Soy Pablo Zanone, yo soy vos”. Ahí me di cuenta de que su mirada era la mía, su cicatriz en la ceja izquierda me pertenecía también. Su lunar en el mentón era mi lunar en el mentón.

Grité. Con todas mis fuerzas. Nadie me oyó. Él trató de advertirme que algo iba a pasarme, no le entendí bien. La comunicación se entrecortaba y no supe que hacer. Las imágenes de mi vida pasaban como una película en la pared, a toda velocidad. Un flash. Ahora escucho una sirena. El ruido es cada vez más potente. Creo que se acerca.

Debe ser la policía, claro. Seguramente ellos podrán resolver este caso y mañana todo estará olvidado.

Cierro los ojos como presagiando un final feliz. Respiro hondo y mi piel se arruga. Poco a poco empiezo a tomar conciencia de que no estoy soñando.

A través de la webcam veo como se llevan a ese Pablo joven de su casa de Jaramillo 4315 allá en Saavedra. Grita, jura que no está loco, pero los enfermeros

lo meten a la fuerza en la ambulancia. Uno de ellos le hace un gesto a su compañero, se ríe y comenta por lo bajo lo habitual de los casos de doble personalidad.



Autor

Adrián Gastón Trasmonte



La visita de Goyo



Mi nombre es Nicolás. Vivo desde hace diez años en una casa bastante vieja, con varias habitaciones, altillo, patio delantero y un jardín; herencia de mis abuelos, en el barrio de Flores.

Lo que a continuación van a leer es el suceso más increíble que me podría haber pasado, y por que no decirlo, de manera más precisa, el encuentro más inesperado que un ser humano pueda tener.

Aquella noche del mes de julio, hace ya seis años, volvía de un largo día de trabajo. Noche de mucho frío, llovizna y viento. Cansado me recosté sobre un viejo y cómodo sofá de cuero que tengo en mi taller, donde pinto, dibujo, escucho música, leo, escribo y paso la mayor parte del tiempo cuando estoy en casa.

Relajado y tranquilo, al abrigo de la estufa que calentaba la gran habitación-taller, me dejé llevar por el sueño y descansé sin darme cuenta, hasta pasadas las dos de la mañana, hora en que me desperté para experimentar la vivencia más asombrosa de mi vida.

Me desperté con la sensación de estar siendo observado, al mismo tiempo que me di cuenta que a menos de tres metros de distancia, justo enfrente mío, ciertamente alguien me estaba mirando en silencio.

—Hola, no tengas miedo Nicolás, no tenés que asustarte por mi presencia...!

Una parálisis se apoderó de todo mi cuerpo y quedé quieto, de pie, frente a lo más sorprendente que se había cruzado en mi camino. Una criatura de enorme ojos verdes, muy claros y transparentes, de mirada muy profunda y repleta de misterios a la vez. Diremos un hombrecito, no un enano o un duende, un pequeño hombrecito del tamaño de un niño de unos ocho años de edad, aproximadamente midiendo un metro veinte, mas no. Sus ojos verdes haciendo juego con su cara redondeada de nariz pequeña, boca compuesta por labios finos, dos orejas en armonía con el resto de la cara, un cabello rojo oxidado un poco desprolijo y sin peinar, su tronco y extremidades delgados, vistiendo una polera de lana roja, pantalón marrón casi llegando a los tobillos, dejando ver unas medias blancas y unos zapatos tipo botas de media caña con mucho uso

de color beige. Todo esto con un chaleco de cuero marrón gastado con las marcas que va dejando el manoseo constante con un tono mas oscuro y grasiento, y un morral de cuero marrón oscuro cruzando el pecho y la espalda sujetado por dos hebillas, evidenciando que allí dentro había cosas personales de valor.

Luego de analizar al hombrecito, seguía sin pronunciar palabra, estático como una estatua y sin sacar mi mirada de esos ojos verdes que parecían mirar más allá.

—No tengas miedo, no quise asustarte y no te haría daño— dijo en voz suave y confiable el hombrecito, —Mi nombre es Goyo, y te pido disculpas por irrumpir así en tu casa, en tu habitación —prosiguió—. ¡Hace tres semanas que estoy parando en el altillo que hay en la terraza de esta casa..., tu casa, y no quise causar molestias haciéndote saber que estoy de incógnito en ese cuarto donde guardas cosas en des uso...!

El hombrecito volvió a decir:

—Mi nombre es Goyo y sé que el tuyo es Nicolás...!

Al cabo de un rato y de dejarme llevar por sus palabras de presentación y tranquilidad, me animé a entablar un dialogo.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Y por qué estas en mi casa? —pregunté en tono suave.

El hombrecito respondió:

—Estoy acá por lo que te acabo de decir, y sobre todo por que me gustan tus pinturas, en especial aquella que mide 70x80 cm y se encuentra arriba en el rincón.

—¿Y qué tiene de especial esa pintura? —pregunté asombrado.

—Sin querer pintaste a la perfección el paisaje de mi mundo... El paisaje de donde yo vengo, mi hogar natal, sus montañas, sus rocas, su vegetación, su atmósfera, y ese cielo... Ese cielo tan único en todo el universo... ¿Cómo pudiste pintarlo a la perfección sin haberlo visto o estado jamás allá...? —exclamó con entusiasmo Goyo— Aquellas palabras me dieron un poco de tranquilidad después del susto que había pasado hacía un rato.

—¿Y de donde venís?—le pregunté con un poquito mas de confianza.

—Bueno, voy a ser lo mas concreto posible —contestó Goyo.

Vengo de un lejano lugar, un lugar que no es en este planeta tierra..., a años luz de acá, lejos de este sistema solar.

Asombrado y con más entusiasmo exprese:

—Pero, extraterrestre no sos...

—¡No del tipo que tenemos imaginado acá en la tierra —proseguí entusiasmado.

—¿Entonces que sos?...

Esbozando una sonrisa Goyo respondió:

—No, Nicolás, no soy el clásico extraterrestre cabezón de ojos grandes y negros, con cuerpo chiquito y delgado sin vestimenta y desnudos de color verde... No soy de este planeta, pero vengo de un mundo similar en ecosistema al planeta tierra..., yo no vine en una nave espacial, llegue hasta aquí atravesando lo que se llaman Portales Estelares.

—Aaah..., ya voy entendiendo —le dije.

—Sí, Nicolás —prosiguió Goyo— en los momentos que estabas ausente de tu casa, yo me tomaba el sano atrevimiento de husmear entre tus cosas, especialmente tu amplia e interesante biblioteca, y pude llegar a deducir que eras una persona que comprenderías y sería capaz de saber de que se trata lo que estoy diciendo.

—Gracias por el halago...

—Agradecí con un suave movimiento de mi cabeza hacia adelante, al estilo de saludo oriental.

—Sí, mi planeta se encuentra a unos años luz de la constelación de Orión, conocido como Zeph —afirmó Goyo.

—¿Y con qué instrumentos llegaste hasta aquí a través del tiempo y el espacio? Pregunté.

Sentándose en una banqueta de madera y en tono de estar a gusto en mi habitación, Goyo prosiguió:

—¡Con estas herramientas Nicolás..., solo estás...! Mostrándome las palmas de sus manos, pude ver por lo menos durante diez segundos, tiempo que él las abrió y las expuso para que yo las vea, unos signos nunca vistos por mí, jamás imaginados ni remotamente ideados por ninguna civilización en nuestra historia. Una especie de tatuaje o quemadura impresa muy prolijas en ambas palmas, sólo se me ocurre comparar a grandes rasgos con el calendario Maya..., pero en miniatura, muchísimo más complejo y totalmente diferente..., no sé..., algo nunca visto. De otro mundo.

—¿Y cómo se aplican estos símbolos? —Pregunté.

—En este hermoso mundo, el tuyo —siguió explicándome Goyo— hay Portales Estelares, lugares únicos de accesos a otros mundos, a otras galaxias, a otros universos.

Estos Portales solo los sabemos detectar nosotros, y no se encuentran en cualquier parte, son contados en este mundo, para serte más concreto te confiaré que

son solo doce, y uno está aquí en Buenos Aires, esta bellísima ciudad cosmopolita.

Y veo que hay humanos como vos, a los que puedo confiarles el secreto de todo este misterioso universo mío, paralelo y sin fin.

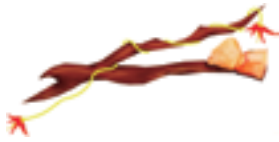
Luego de varias horas de conversación entre Goyo y yo, comprendí lo diverso y complejo que es nuestro universo. Llegando el amanecer desarmé el bastidor, enrollé la pintura, y se la obsequie. A continuación sacó de su morral una pipa, la cargó con un tabaco muy perfumado, la encendió y comenzó a fumar. Esta es la última imagen que recuerdo de la visita de Goyo, debido a que a las tres de la tarde desperté de un profundo sueño sentado en mi viejo sofá, aún persistía en el ambiente un leve y casi imperceptible aroma de su tabaco.

Me levanté y busqué por toda la casa y en el altillo a aquel pequeño hombrerito pero fue en vano... Goyo se había marchado, dejándome las cenizas de su pipa en una cajita de fósforos Fragata que atesoro. Espero volver a verlo.

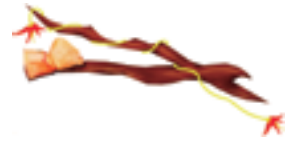


Autor

José Nicolás Frías



El salón de los esqueletos



Un día con mis compañeros nos dirigimos hacia el Museo de Ciencias Naturales, ubicado en la Gran Ciudad de Buenos Aires. Durante el viaje escuchábamos música y podíamos observar diferentes puntos estratégicos de la ciudad. Hacía calor, los pájaros nos acompañaban con sus diferentes sonidos, que se mezclaban con las canciones que cantábamos. También podíamos sentir la brisa tenue que trae la primavera y veíamos por las ventanillas hermosos parques floreados, todo era perfecto. Luego de una hora llegamos al lugar y en la puerta nos esperaba una guía para contarnos de que se tratarían los diferentes sectores a visitar y la conducta que deberíamos tener. Comenzamos el recorrido, la primera sala que observamos se llamaba el salón de esqueletos, miramos todo el lugar detenidamente, hasta que de golpe, mi compañero Mario, encontró una palanca atrás de un mapa que contaba la historia de aquellos fósiles, explicaba claramente “no bajar” escrito en un cartel, pero la curiosidad fue más fuerte y sin pensar lo que podía pasar la bajo rápidamente. De repente todo se empezó a mover, los esqueletos se cayeron completamente, los cuadros y mapas también, casi todo, excepto las grandes esculturas de oro que se encontraban en la entrada del salón.

Se generó un gran desorden en el museo, los policías no sabían qué hacer para calmar a los turistas y a los visitantes de otras escuelas. La profesora encargada de nuestro grupo nos reunió en la entrada principal, pero quedo atónita y boquiabierta cuando vio que a su alrededor había mucha altura, mirando hacia sus pies, temblando del temor a caerse. De golpe estábamos todos situados encima de una roca, donde se podía sentir un intenso olor a fuego y un fuerte calor en el cuerpo. Miramos hacia abajo y estábamos rodeados de lava. La guía asombrada y con un escalofrío que le recorría el cuerpo se acercó a un científico para indagar la situación. Este le dijo que nos encontrábamos en el medio de un volcán que en minutos iba a entrar en erupción. En ese mismo momento Mario se sintió muy culpable y confesó lo que hizo, pero ninguno pensó en acusarlo sino al contrario nos dirigimos rápidamente hacia la sala de esqueletos y nos paramos justo delante del mapa. En el piso el científico pudo

ver una carta que decía: “Esto no es un juego, este museo está encantado, para salir de aquí y volver a la tierra firme se tiene que someter bajo un desafío, aquel que haya bajado la palanca tendrá una misión especial, debe sumergirse entre la lava y encontrar la pieza que le falta al museo, si se sumerge y continúa con vida volverá todo a la normalidad pero sí en cambio no sucede eso, se quedarán a vivir acá por siempre”.

Mi compañero asumió la responsabilidad, se sumergió en la lava ardiente, sintiendo que su cuerpo se quemaba, se iba desintegrando, cada vez con menos fuerzas, titubeaba y le costaba mantenerse en pie...

Hasta que de golpe se escucha un relámpago y una voz disfónica de fondo como si fuera un leve esbozo. Era mi perro, que estaba un poco inquieto por la fuerte tormenta. Abrí mis ojos como dos luciérnagas en la oscuridad del cuarto, y ahí estaba yo, entre tanto alboroto, comprendí que todo era un sueño que en realidad estaba descansando para mañana regresar a la escuela. Me quede tranquilo y me sumergí en mis sábanas, tratando de olvidar aquella terrible pesadilla que me atormentó.



Autora

Jimena Laura Barcos



La selva del sueño



Una noche, tres amigas tuvieron el mismo sueño, este consistía en que la escuela se había convertido en una selva, y que para poder sobrevivir había que sortear cinco niveles. De no hacerlo, no podrían salir más de la selva.

Las tres niñas que eran amigas, hablando en el recreo se cuentan el sueño, y ¡oh sorpresa! se dieron cuenta que todo coincidía. Las tres al escucharse supieron que algo raro pasaba y no volvieron a hablar del extraño sueño.

Pasaron unos días y la maestra les avisa que harían una visita al Zoológico de la Ciudad. En el zoológico había animales de todas las especies –como en el sueño, recordaron las tres niñas– y de puro susto al regresar no sabían por qué pero estaban preocupadas, querían que esa visita se terminara rápidamente.

Al regresar sucedió algo inesperado, la maestra tocó el timbre de la escuela y en vez de abrir el portero, apareció un mono y la escuela se había convertido en una gran, gran selva. La maestra gritaba, todos eran rehenes de una tribu de gorilas y para poder ir a casa había que pasar estos niveles:

El primero pasar un pantano lleno de cocodrilos.

El segundo colgarse de lianas enormes que parecían hamacas.

El tercero luchar con los leones.

El cuarto pasar entre flamencos salvajes y lograr que ninguno los pique.

Y en el quinto y último, había que esquivar a gorilas hambrientos.

Las tres niñas que habían vivido esto en sueños, ayudaron a todos los compañeros y a la maestra para salvarse y volver a casa. No fue fácil porque todos los niños estaban aterrados, incluso hasta Matías que era el más osado temblaba y lloraba. La maestra los tranquilizó diciéndoles que todos iban a salir triunfantes de esas pruebas aun cuando a ella se la veía con mucho miedo.

Todos los niños fueron sometidos a estos niveles y se dieron cuenta que los animales no eran tan salvajes y comprendían que se trataban de chicos. Las más valientes eran las tres amigas que no paraban de alentar y darle fuerzas a sus compañeros.

Al terminar las pruebas, todos felices les agradecieron a las niñas el gesto que habían tenido y ese sueño premonitor que les ayudó a salvar la vida de todos sus compañeros. En el colegio nunca más se volvió a recordar este increíble suceso.



Autora

Lucila del Carmen Alarcón Iriarte



Extraño romance

Terminé mi relación con Felipe de manera triste y desesperada, cuando le dije adiós, recién dimensioné como iba a ser mi vida sin él.

No hubo vuelta atrás, le pedí a nuestro mejor amigo que nos acompañase un rato y cuando se fue, nos abrazamos sentados como chicos en el piso, en medio del caos de la mini mudanza, por varias horas, llorando y besándonos.

Cuando cerré la puerta detrás de él, decidí que no podía quedarme en casa sola y me fui a lo de mi mejor amiga a llorar y charlar lo incharlable.

Pasaron 2 meses y estaba esperando a mi amiga para salir a tomar algo, ya que era una preciosa noche de sábado, cuando de repente, sonó el teléfono y me sorprendió una voz masculina que me decía:

—Soy Mario el amigo de Felipe, le pedí tu número para hablar con vos, quedé viudo y estoy solo y triste, ¿podemos hablar?

Quedé callada por un momento por la sorpresa, que me causó esa llamada inesperada.

Yo sabía por Felipe de la enfermedad de su mujer y de su muerte, pero no hice mayores comentarios y le dije:

—Bueno cuando quieras tomamos una café. Se sorprendió agradablemente y por supuesto aceptó encantado.

Pasaron sólo tres días y comenzó una corte ininterrumpida de invitaciones, llamadas para hablar un rato, etc.

La primera salida, a ver una película.

Película que yo, ya había visto y para colmo no era en un cine, sino en el Consejo de Contadores y Economistas.

Allí comencé a conocer parte de su mundo.

Luego fue un cóctel; más tarde una cena de fin de año con la hija preferida, el marido, sus colegas y otras mil personas.

Siguieron más salidas, muchas, pero la que me ocupa hoy es la que realizamos en la Patagonia.

Me llamó durante una semana seguida, dos o tres veces por día para planear el viaje. Tenía que ser en tren, llevar las bicicletas plegables, mochilas y la comida para el viaje.

Por fin llegó el día.

El tren era del siglo pasado, un desastre, sin vidrios, a pesar de que a media noche había conseguido que nos cambien a primera clase; en fin, sin agua, sin baño, horrible. Al llegar a Bahía Blanca, bajamos a esperar en la estación para que nos lleven en micro el resto del viaje hasta el lugar previsto. Terrible calor, esperamos casi cuatro horas.

El hotel, reservado seguramente sin muchas preguntas, era clase menos diez.

Una cama, mesas de luz, y unos guardarropas, todo del tipo de muebles que se compran en un supermercado.

Y llegó la noche, me vestí muy elegante pero..., la cena era en un restaurante de pueblo. Me sentí fuera de lugar, yo que siempre estoy arreglada de manera no sólo elegante sino con gusto.

Tomé más vino del que estoy habituada, al salir lo noté, me apoyé en él para no caerme. ¡Que vergüenza! Pensé, y me causó risa. Decidí tomar un helado.

La heladería estaba casi vacía y los clientes eran gente joven.

Me esforcé en elegir algún sabor rico, no podía pensar y dije:

—Para mí de limón.

Al salir, lloviznaba, una suave lluvia que apenas mojaba. Llegamos al hotel y me acosté vestida.

Caí en un sopor en donde sentía que me sacudían tratando de volverme en mí.

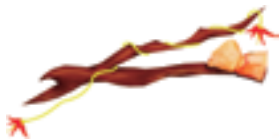
Suavemente fui perdiendo contacto con la realidad, y me sumí en un sueño agitado.

Cuando desperté estaba sola, en un lugar desconocido, vestida con un camisón antiguo, que no me pertenecía, y de él, no había rastros...

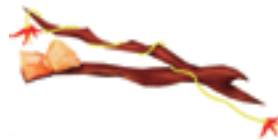


Autora

Ana Luisa Sepe



Victoria



El estrepitoso trueno a esa hora de la madrugada la sacudió de su letargo.

Sobresaltada, inspiró intensamente. Quizás, con más oxígeno, lograría lo que sus ojos parecían determinados a evitar cerrándose una y otra vez: terminar el trabajo práctico cuya fecha de entrega expiraba en unas horas.

Incorporándose en la silla, decidió minimizar la ventana del archivo para distraerse un ratito y ver si lograba motivarse. No obstante se trataba de Historia ¡Cuánto detestaba esa materia! No había forma de que las fechas, las distintas “casas” y esos interminables árboles genealógicos se fijaran en su mente.

¿Era realmente necesaria tanta data?

Y entonces vio el cartel resplandeciendo en la pantalla, duró apenas tres segundos más fueron suficientes para que se restregara los ojos una y otra vez. Cliqueó “deshacer”, “esc”, “atrás” y... ¡Nada! Había desaparecido. Sin duda había visto mal y todo era producto de su imaginación, después de todo ¿quién o qué era V.Y?

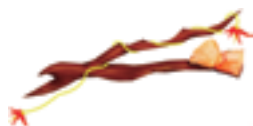
Al conectarse a Facebook vio la solicitud de amistad “Victoria Young desea...”

Demasiado para ella. “¿Y ahora qué pasa?” se preguntó a sí misma en voz tan alta que ahogó el sonido de la lluvia en el techo de chapa. Ella tenía perfil restringido. Ella era la que solicitaba amistad a los demás, ¿cómo se había filtrado ese pedido? Inmediatamente apretó “ignorar” y para asegurarse que nada ni nadie la molestara la bloqueó. Sin embargo, al restaurar el archivo de texto se escuchó a Rod Stewart, el intérprete favorito de su madre, cantando “For Ever Young.” Cerró la laptop y con el corazón en la boca corrió hasta la cocina. Le temblaban tanto las manos que la tapa de la pava se cayó y el sonido se propagó por toda la casa. Lo único que le faltaba era que se despertara su madre recriminándole como siempre “¿por qué dejas todo para último momento?” Pero no. Ahora vivía sola. Ella ya no estaba.

Con la taza de té de tilo en una mano y armándose de valor, volvió hasta su escritorio decidida a terminar el trabajo práctico que la habilitaría a rendir el último final. El título era una promesa que le había hecho y que no podía dejar de cumplir. Una vez más abrió su laptop. Si tan sólo lograba conectar

los hechos que había investigado para redondear la conclusión y completar la bibliografía... Se acordó de los links, le faltaba verificarlos. Al clicar el último, en lugar de aparecer un sitio con líneas de tiempo, se abrió un video en Youtube: "The Young Victoria". Resignada, lo miró.

Gabriela terminó la conclusión y en consecuencia el práctico justo a tiempo para enviarlo por mail. En el momento en que los rayos del sol inundaron de luz su habitación, desbloqueó la solicitud de Victoria Young. Victoria jamás chateó con ella ni escribió en su muro, pero figura entre sus contactos.



Autora

Claudia Antinori



V

Mudando de semblante
(Transformaciones)



*En verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que al oro oscurecían.*

Garcilaso de la Vega



El misterio de la Fuente de las Nereidas



Me hallo caminando por las calles de Buenos Aires, deambulo sin sentido. Aún no logro recordar cuándo fue que tuve una casa y mi familia al lado...

Tengo seis años escasos, cerca de las fiestas es mi cumpleaños.

Deambulo y recorro barrios en los que los automovilistas pueden darme una moneda o al menos su sonrisa a cambio, a veces de una estampita de amistad o religiosa.

Se preguntarán ustedes cómo es que mi vocabulario tararea palabras de cierta envergadura, pues les digo señoras y señores que en la calle hay de todo. Mi padre sin ir más lejos fue un arquitecto un día con oficina y traje pero el tiempo pasó y a su muerte mi madre no pudo pagar más el alquiler así que fui a dar a una pensión y después a la calle.

Mi madre, no sé hoy dónde está. Sólo la recuerdo enferma. Sueño que ella juega con nosotros, me refiero a mis otros dos hermanos y que es una guía de turismo que me lleva de la mano por las calles de esta Buenos Aires.

No piensen que el hecho de vivir en la calle ha hecho que no fuera a la escuela, pero debo ayudar a mantener mi familia, pues todos somos uno, decía mi mamá.

Bueno, pero estaba en eso de contarles que andaba por la calle, siempre a la vista de mi madre..., imaginaria y esta vez la zona a recorrer era la costanera sur por una calle llamada Tristán Achával Rodríguez. La vista era espléndida.

La costanera me deslumbró sin duda.

¡Qué paseo más bello! Una ribera podría decirse. Caminamos y caminamos hasta cansarnos. Visitamos la Reserva ecológica también. Todo me fascinaba sin lugar a dudas.

El ruido de los motores de los autos, la salida y llegada de aviones, era un mundo nuevo para mí.

Y yo, soñaba. Soñaba con volar, manejar y treparme a cuanto lugar me lo permitiera.

Era la tarde de un domingo, momento para la familia.

Hasta que mis piernitas no dieron más y volviendo junto a la fuente de Las Nereidas nos detuvimos para comer algo.

Recuerdo tan solo que me dormí. Mi cuerpo pequeño quedó hecho un rollito a los pies de la fuente. Era tan bella la mujer de la ostra, era Venus que nació y Las Nereidas reían y cantaban y yo me dormía.

De golpe, entré en un terreno de ensoñación, no sé al día de hoy si era realidad o mera ficción...

Las Nereidas llegaban danzando, brincando alegres, cantando deseosas de colaborar, decían con el nacimiento de Venus, que era la más agraciada.

Me pareció estar entonces, en el país de las hadas de las que mi madre tanto me había hablado o la señorita en las clases del jardín. Me hacían recordar el baile del relato de Las doce princesas bailarinas de las Mil y una noches...

¡Qué magníficas eran! ¡Cuán etéreas! Su mundo era de ensueño, todo estaba a su alcance.

De repente cobraron vida y me dieron luz y me dieron esperanzas...

Me hablaron del amor, de la dignidad, de la gente noble, del pueblo que ama, que sana las heridas y yo les creí.

¡Y pedí tan fuerte que por favor de su mundo me trajeran una mami y un hogar!

Sé que no soy la única que deambula por las calles de la ciudad, otros niños lo hacen.

Pero, no me digan por qué, yo creí, como creía que a veces mi madre estaba a mi lado y me cuidaba. Su ser delgadito estaba a mi lado siempre aunque sólo fuera mi imaginación, lo sé ahora.

Al despertarme vi una joven señora con un señor y me preguntaron que hacía allí sola a estas horas pues el sol ya había caído. Les expliqué que no tenía hogar y sí dos hermanos.

Ellos me contaron que no habían podido tener hijos y que estaban deseosos de tener una familia.

Y, entonces escuché la magia que tanto esperaban mis oídos de niña.

Los acepté y mis hermanos a ellos. Recuerdo algunos trámites y lugares recorridos, pero lo que más recuerdo fue cuando Venus me dijo:

—Querida niña tú madre viene en camino por ti. Acéptala, ella será todo amor.

Pues, saben que:

—Yo le creí y mi despertar fue ver a ese par de personitas amables rodeadas de luz, esperanza y amor.

Las Nereidas me devolvieron padres y un hogar a mí y a mis hermanos.

Aún hoy les sigo contando esta historia a ellos y de tanto contarles ellos miran siempre a Las Nereidas y a Venus y les hablan esperando que éstas les contesten.

Mi sueño y el misterio de Las Nereidas irán siempre de la mano.



Autora

Sandra Zulema Lione



Al filo de la muerte

Había una vez una niña muy dulce, sensible, tímida, siempre le costó expresar sus sentimientos. Formaba parte de una familia de clase media, el papá salía a trabajar y la mamá se ocupaba de los quehaceres de la casa y de la educación de sus hijas. Vivían en una casa alquilada muy antigua y bastante deteriorada, con la abuela materna y una tía.

Esta niña Mercedes era la menor de dos hermanas, la mayor se llamaba María.

María era lo contrario de Mercedes, con una personalidad muy fuerte y dominante, eran hermanas pero eran muy distintas una rubia y otra morocha.

Mercedes creía que era adoptada, todo el tiempo se lo decía su hermana. María decía: sos negra, mira tu piel oscura y tu pelo grueso y renegrado, tus dientes metálicos asustan, no te pareces a nadie de la familia yo tengo el pelo rubio y fino y mi piel es blanca y delicada, somos como el agua y el aceite.

Mercedes desde los ocho años usaba aparatos fijos, los cuales odiaba y quería arrancárselos.

María tenía muchos granos y se ponía barrocutina todas las noches, esa crema puesta parecía barro, se acercaba a la cara una linterna y asustaba a Mercedes, con esos sustos siempre le costó dormirse y se imaginaba cosas viendo las paredes descascaradas de su habitación.

Mercedes dudaba de su procedencia, era tan insistente su hermana con los desprecios que ella muchas veces quiso ver su partida de nacimiento. Era muy pegada a su mamá ya que ella la absorbió mucho por la pérdida de un hermano dos años mayor que ella, ni siquiera asistió al jardín por no separarse de su madre. Esto la perjudicó en muchos aspectos era reservada, callaba muchas cosas y siempre hacía lo que decían los demás.

A veces Mercedes se sentía asfixiada o atada a un lazo que la unía a su madre y no la dejaba crecer, pero las dos se amaban.

María se crió con su abuela y quería ser hija única, era un poco malcriada y caprichosa, le daban todos los gustos.

Rosa, mamá de María y Mercedes tuvo una enfermedad en donde corría riesgo de vida y temía morirse mientras tanto encargó el cuidado de las niñas a su hermana.

Mercedes estaba muy preocupada y tenía pesadillas todo el tiempo. Un día mientras estaba en la escuela su mente se puso en blanco, comenzó a ver un mar, donde las olas llegaban muy alto y había una mujer que iba mar adentro sin detenerse, Mercedes no podía ver quién era esa mujer, su imagen era borrosa, de golpe reconoce la ropa, era su madre.

Mercedes le gritaba con tono sollozo: “Mamáaaaaaaa no sigas, pará te vas a curar, te necesitamos”.

Rosa comienza a verse cada vez más pequeña y se introducía lentamente sin detenerse hasta que desaparece en el mar.

La maestra de Mercedes se acerca y le pregunta: “¿Estás bien?”

Mercedes estaba helada y temblaba, su mirada ausente, estaba su presencia física pero su mente se encontraba en otra dimensión.

Esto se repetía una y otra vez. Durante la noche cuando pensaba olvidarse de esa imagen e intentaba descansar y dormir entraba en un sueño profundo, aparecía una niebla espesa, luego comenzaba a visualizarse una mujer de espalda alrededor de 40 años caminando sin parar era evidente que quería morir, detrás de ella iba corriendo una niña de 12 años tratando de detener a la señora pero no lo lograba.

El miedo a la muerte de su madre iba invadiendo su vida.

Por suerte Rosa se operó y se salvó pero le tomó mucho tiempo recuperarse, se convirtió en una persona depresiva, triste porque la operación le dejó secuelas en el rostro, ya no era la misma.

Ahora Mercedes es adulta y sigue discutiendo con su hermana, sin embargo sigue teniendo pesadillas con su madre ¡¿Cuándo se acabarán?!



Autora

Patricia Mónica Leira



La grieta



Eran las tres de la mañana y su corazón lo despertó de un salto. Sentía como sus pies se deslizaban, dejando caer precipitadamente su cuerpo hacia el vacío. Gritó y gritó en medio de la oscuridad, pero nadie pudo oírlo... Lloró, intentó aferrarse del vacío y siguió llorando hasta que sus pulmones quedaron casi sin aire. Se despertó desconsolado, con la frente empapada de sudor, el pelo pegado a la cara y sus ojos fijos en la encendida inmensidad de la ciudad.

Pronto recobró el aliento y al mismo tiempo fue comprendiendo que se había tratado solo de un sueño. Se miró las manos, miró alrededor. La noche estaba fría y las piernas pasaban caminando sin advertir que su pesadilla comenzaba al despertarse. Sonrió con alivio de sentirse vivo y luego se tapó la cara con las dos manos. Las mantas y el cartón habían quedado a un costado, agarró una punta de la frazada y lentamente se escabulló en el rincón del puente. La brisa que anunciaba la llegada de la madrugada adormecía sus tristezas y agitaba su corazón con el resoplar y el cuerpo apretado por el frío. Tres horas más tarde deambulaba a dos calles de allí con los pies helados y la panza vacía...

—¿Me da algo?

El hombre mayor giró lentamente y miró a los chicos, son cuatro o cinco, que se agolpan frente a la puerta de su casa, que tiritan en la tarde de invierno y que levantan sus pequeñas caras oscuras y frágiles hacia él. El hombre de unos setenta años, silencioso y con calma, da un paso hacia adelante. Y los chicos, cuyas carnes magras, y cuyos huesos tiritan bajo los pulóveres mugrientos, miran, inmóviles y silenciosos al hombre. Después uno de ellos murmuró como avergonzado:

—¿Señor, señor me da algo?

Esperan que el hombre vele la luz helada de sus ojos y sea por un corto, corto instante, generoso.

El anciano los mira por encima de su hombro, enfoca su mirada en puntos ambiguos, luego desliza su mano bien cuidada en el bolsillo derecho de su pantalón beige. Los chicos, harapientos, siguen allí esperando, tambaleantes por momentos.

El intenso viento parece levantarlos del piso. Los seis dirigen sus miradas hacia los ojos huecos, hacía la posible promesa.

El saca la mano del bolsillo, las expectativas aumentan.

—¡Por favor! —agrega uno de los jóvenes, superado por la ansiedad.

—Shhh, ¡calláte! —replicó el mayor, codeando al más pequeño. Las miradas se dispersaron un instante y volvieron rápidamente a concentrarse en el hombre mayor. Por fin la interminable espera sucumbe, el anciano abre su mano. Los pequeños ojos encendidos sonrían por un instante pero al terminar de abrirla deja ver un juego de llaves en el hueco de la palma. El rostro de los pequeños se arruga y llenos de decepción insisten:

—¿Nos da algo, don? ¡Por favoor!

El más chiquito estirando la mano, dio unos tironcitos de la manga del traje para acompañar la súplica:

—¡Deele! —insistió.

—Tengo hambre —mientras se tocaba la panza.

El viejo no reacciona, camina dos pasos para atrás como si delante suyo hubiese un gran charco de barro y levantando su brazo revisa si su traje está manchado. Luego de comprobar que todo estaba intacto intenta introducir la pequeña llave en la enorme puerta de aspecto macizo.

—¡Vaaamos señor! una monedita y nos vamos —insisten.

El hombre a estas alturas no recuerda su infancia y menos recuerda haber pasado hambre. No solo parece no tener memoria, parece que también ha perdido el habla...

Decidido abrió la puerta de su casa cuando el viento, ahora más fuerte, voló el sombrero de su cabeza, recién ahí pareció cobrar vida. Por más rápida que fue su reacción, no logró atraparlo, pero no dijo nada, lo que no resultó extrañó. Solo se golpeó los costados de las piernas con ambas manos y torció la cabeza hacia un costado, luego se arregló el cabello mientras su mirada reflejaba el dolor de la pérdida. Tal vez ese sombrero representaba algo importante para él. Y el niño pequeño parecía comprender lo que había en esa mirada, ese sentimiento de pérdida y de nostalgia. Así fue como sin que pasara un segundo del acontecimiento gritó:

—¡Voy yo! Y corrió inmediatamente hacia el sombrero, a toda velocidad, exhalando vapor de su boca, a causa del frío helado, y volvió con el sombrero entre sus dedos flacos. El viejo, impávido y más frío que la mañana, tomó una moneda del bolsillo opuesto al que extrajo las llaves y tomando su sombrero dejó caer la moneda en las manos del muchacho. Tanta distancia tomó para no tocar las sucias manos del jovencito, que la moneda cayó rodando. Todos salieron corriendo entre empujones y risas, tratando de atraparla. Finalmente

el más grande lo logró. Se incorporaron buscando la imagen el hombre mayor, pero éste ya había desaparecido. Ahora se marchaban, empujándose y jugueteando, tratando de fraccionar en seis partes la tibia moneda que viajaba hacia algún comercio de la ciudad.

Mientras caminaban al centro de la ciudad, una grieta se abrió bajo sus pies. La pictórica imagen de la desolación abrazó nuevamente sus cuerpos y a medida que avanzaban sus figuras iban esfumándose dentro de la barrosa hendidura, que dejó en la piso de la cuadra una mancha con sus formas, formas que al día siguiente fueron descubiertas y admiradas como trazos de arte urbano por el viejo comerciante al salir de su casa.

 **Autora**
Ana Maria Lenardi



Ciudad de guillotinas



La partida de póker había comenzado con tanta rapidez como la noche había caído en la ciudad. Ansiosos, los integrantes se acomodaron frente a la mesa redonda en una especie de ritual ya conocido. Las cartas se repartieron velozmente, acompañadas por ese sonido característico que emiten. Mientras algunos de los participantes bebían y otros se movían, se enroscaban como serpientes en las sillas de madera vieja, las apuestas comenzaban a aumentar.

Un peculiar sentimiento de ambición se apoderaba de todos los allí presentes y los envolvía, haciendo perder a muchos de ellos, hasta la necesaria cordura. En el centro de la mesa, el manojito de billetes crecía y aparecían relojes y hasta llaves de vehículos en un intento desesperado por continuar en el juego. Pedro, que hasta el momento llevaba ganadas varias manos, se sintió fuertemente atraído por una joven que se encontraba a unas pocas mesas de distancia. La observó detenidamente durante un largo tiempo, pero sus ojos no se encontraron. La muchacha no parecía interesada, por lo que decidió, en su afán de conquistarla, ser el ganador de la difícil partida y así lograr tener su total atención. Las apuestas crecían incesantemente y la idea de Pedro se veía cada vez más limitada, debido a que su dinero comenzaba a acabarse y el azar no se encontraba necesariamente de su lado.

De pronto, en un drástico impulso y abrumado por los resultados, realizó su peor y última jugada. Apostó lo más valioso que tenía: su propia cabeza. La sacó de un fuerte tirón y se oyó un extraño crujido, la colocó sobre la mesa y dos manchitas rojas aparecieron sobre el brillante paño verde. Algunos se desmayaron, otros permanecieron inmóviles y tiraron sus últimas cartas. Los ojos de Pedro que continuaban moviéndose miraron a la joven, que sonrió de manera burlona, se levantó de su silla y salió por la puerta principal. Allí quedó Pedro, abatido por la triste derrota, con un cuerpo incompleto y una cabeza parlante, que le repetía una y otra vez, un mismo consejo que parecía no entender muy bien: “nunca pierdas la cabeza por una chica”.



Autora

Marcela Sandra Deidda



El guardián



Sentado en el cordón de la vereda junto al poste de luz y abrazando la mochila que sostenía sobre las piernas, Martín pensaba acerca de las injusticias de la vida.

Llovía. Por la dirección del viento, las gotas le daban en la espalda. El agua caída corría ligero hacia la alcantarilla de la esquina llevándose con ella basura. Esto observaba Martín mientras se le mezclaban recuerdos de cosas que su abuela le contaba cuando era chico.

Su abuela decía que no era bueno recordar desgracias. Sin embargo, él hacía cuentas sumando lo malo que le había pasado, lo malo que le estaba pasando y todo lo malo que le podía pasar.

Su abuela decía que la primera risa de un niño recién nacido despertaba a su ángel de la guarda. Contaba que los ángeles se ocupaban de mantenernos vivos para que nosotros aprendiéramos a vivir antes de morir. Martín estaba seguro de que el suyo estaría muerto o borracho, dormido o preso porque jamás le había dado una mano en la vida.

—¡Mi vida es una porquería! —gritó con furia, pero nadie lo escuchó por los porrazos de tantas gotas de agua golpeándose contra el cemento.

Se quedó viendo cómo el agua arrastraba cosas. En eso distinguió un gusano sobre una hoja seca.

—Un gusano en una balsa —pensó.

Martín dejó a un lado la mochila y se levantó para seguirlo. Lo corrió media cuadra hasta que de rodillas pudo rescatarlo antes que se lo tragara la alcantarilla. Martín miró al gusano y lo dejó en un arbusto. La lluvia se detuvo.

Un chirrido agudo seguido de un fuerte sonido metálico, interrumpió el silencio. Martín cayó de espaldas del susto.

Un camión que transportaba fruta había perdido la dirección, no había podido frenar a tiempo y había chocado contra el poste de luz donde Martín había estado sentado segundos atrás.

A pocos metros del accidente, Martín vio su mochila aplastada bajo una rueda, y cómo cientos de manzanas, mandarinas y limones rodaban libres por la calle. El aire ya no olía a lluvia sino a ensalada de fruta cuando el gusano, despanzurrado de risa, se escabulló entre las hojas.



Autora

María Isabel Taboada



No me olvides



Asunta era chiquita, muy chiquita para entender... Llena de abrazos y juegos, llena de amor, llena de hermanos.

Sus días pasaban entre la escuela, las recetas con mamá en la cocina los días de invierno y las costuras y los juegos en el patio largo de glicinas donde el perfume de las flores nos endulzaba el aire. Aún hoy recuerdo esas flores pendientes sobre mi cabeza cuando pienso en ella.

Pero era chiquita, chiquita para entender que un día, tendría que irse de todos los abrazos y los perfumes.

Lo escuchamos una noche escondidas tras un muro. Escuchamos llorar a mamá, somos muchos, decía, llenos de amor y abrazos.

Y esos brazos se abrieron y la dejaron ir con la abuela.

Un día, una tarde de paseo y sol vio pasar a mamá con sus hermanas por la vereda de enfrente y su vereda fue sombra y lloró.

Y ya no soñó, soñando con ese día. Y sus piecitos caminaban despacio en días eternos pensando en volver y recordando..., las tardes de juegos y de costura. El bordado mágico, encuentro infinito con sus hermanas, entre sus manos de oro.

Asunta era chiquita y era un hada bordando; mamá lo sabía. Su tesoro estaba allí, en esa tela. Su secreto, su vida entera.

Así que el Jueves a la tarde salió caminando con su bordado nuevo, aquel que había comenzado en rueda con sus hermanas, junto al brasero. Estaba decidida a buscar y elegir su lugar, su espacio. Se sentía triste y muy sola. Pensaba en la abuelita y apretaba la tela contra su ropa.

Ya había pasado un rato cuando vio en la vereda aquel hueco, una baldosa que no estaba ya, un espacio sin dibujos ni sombra. Y miró y busco, pero no la encontró. Entonces bordo la baldosa que faltaba sentada en el suelo tratando de hacerla lo más parecida posible a las otras.

Pronto descubrió en el piso algo que no era de allí. Era una pesada puerta y estaba entreabierta.

Y así esa señal en el piso la hizo cambiar el rumbo.

Y entro. Y vio. Vio todos esos cuadros en las paredes y todos los colores y las pinceladas, y todo el espacio para correr, o bailar, o sentarse.

Y Asunta eligió. Eligió el del pasto porque el sol jugaba entre el verde más maravilloso que haya visto jamás... Y se zambullo en él, y era tan mullido y alto que ella casi podía perderse.

Cuando miro hacia arriba, descubrió el cielo. Y sintió en el cuerpo toda su tibieza. Era suave, ese azul... parecía estirado de naranjas dulces y violetas.

Entonces las flores la invitaron a jugar y decoro con ellas su pelo oscuro y su falda con vuelo y los colores se confundieron en su vestido.

No sabía si era real pero muy a lo lejos comenzó a escuchar música, y..., venía..., venía..., de aquel cuadro. ¡Las bailarinas! Y comenzaron a rodearla y se sintió volar, tan liviana, tan contenta. Recordó a sus hermanas, entre juegos y risas, y la música y ese tiempo que no pasaba...

Bailo un largo rato.

Pero cansada se sentó, hacia mucho que no se movía tanto. Arreglo su ropa y doblo su bordado.

Y cuando alzo los ojos la vio.

Una niña la miraba, casi ausente. Su ropa sencilla, humilde. Ella peinaba despacito su cabello suelto y largo.

Asunta no quiso hablarle, no era necesario pero pensó en lo lindo que sería tener una amiga. Le regalo sus flores y la peinó. Ella respondió con una sonrisa.

Aquel momento de silencio y de calma junto a la niña, su mirada triste..., la preparo para lo que sería un encuentro maravilloso.

Todos la descubrieron primero desde el gran cuadro, algunos la miraban con curiosidad, otros con sorpresa. Detenidos en su hacer no podían no verla. Asunta era diferente, más inquieta sin tanta ceremonia.

Y ella vio primero los juguetes de los niños y la mirada amable de los padres, y los abrazos. También sus ropas de fiesta, como la de su muñeca.

Inmediatamente trato de arreglarse para presentarse ante ellos, cubrió sus hombros con la tela bordada y con una reverencia pidió permiso para pasar.

 **Autora**
María Paula Piacentino



Lo que mata es la humedad



Esa mañana me desperté con pocas ganas de salir de la cama. Me estiré y di vueltas en atrapada entre las tibias sábanas de algodón. En la oscuridad tanteé el control remoto de la tele y la prendí. Me gusta saber la temperatura antes de empezar el día. Es que en mi casa hay calefacción central y no puedo ni intuir qué pasa afuera.

El pronóstico anunciaba poca visibilidad, por un banco de niebla, y humedad en aumento.

Supe, entonces, que sería otro día pesado en Buenos Aires, un hábito en mayo.

Noté, al ir a la cocina, que estaba más lenta que de costumbre, tal vez por mi baja presión aumentada por la poca presión ambiental.

Empecé a prepararme para salir al trabajo. Me acerqué a la ventana mientras tomaba un espumoso mate amargo.

Desde mi piso, el quince, no podía ver los techos de las casa vecinas, menos aún las torres de Retiro. Elegí un taje gris y un pañuelo para el cuello. Salí a la calle.

Las pequeñas gotitas que flotaban en el aire entraban por mis fosas nasales como un sólido. Me sentía cada vez más inquieta y esa misma inquietud me llevaba a inspirar más seguido. Era como si el aire tuviera poco oxígeno.

Tal vez esta conducta me hiperventiló y comencé a transpirar. Enseguida mi cara se llenó de gotas gordas que chorreaban arrastrando mi maquillaje. Le saqué una vuelta al pañuelo con la ilusión de sentirme mejor. La vista se me empezaba a nublar mientras que mis oídos comenzaban a percibir un leve silbido que iba “in crescendo”. Comencé, como si me enredara con mis pies, a tropezar con cosas inexistentes. Apoyé una mano en la pared.

El vapor circundante se fue condensando en pequeñas gotas de lluvia.

Comprendí, con horror, que cada gota que me tocaba la piel se incrustaba produciendo una pequeña laceración con forma de canaleta que caía vertical por mi rostro hacia la tierra, produciendo una suerte de derretimiento, mi carne se abría, se volvía líquida y caía arrastrada por el agua de la lluvia. Traté

de secarme con la mano pero sólo logré arrancarme un pedazo de nariz que quedó colgando entre mis dedos. Una cortina de sangre roja caía desde mis cejas. La lluvia se escurría por mi cuello hacia el interior de mi ropa causando en mi cuerpo el mismo efecto desbastador.

No pude mantenerme en pie y caí sobre un charco de mí misma. Traté de arrastrarme pero no tenía fuerzas. Mi ropa, casi vacía, parecía un resto de basura en la mitad de la acera. Lentamente, sin dolor, pero en medio de una sorda desesperación fui evaporándome, desapareciendo, licuificándome hasta dejar de existir.

Eso fue todo. En mi trabajo me criticaron por no avisar que me iba a ausentar. Decidieron que me despedirían en cuanto llegara. Pero no llegué y ellos se quedaron con las ganas.

 **Autora**
Alicia Irene Vieytes



Visita nocturna



Aterrada, sin palabras, dura como una estatua intentando gritar: “¡Socorro! ¡Ayuda!”, Ludovica esperaba ansiosa los pasos de su madre que vendría a despertarla para ir al colegio. Esos pasos tan pocos queridos cuando el cansancio produce sueños apasionantes; esos pasos rechazados cuando habrá un examen. Esta vez Lulú, como así le decían, anhelaba que llegara su madre y la cobijara en sus brazos.

Al abrirse la puerta, Ludovica saltó sobre su madre quien no comprendía la angustia y el temor de su hija de 9 años. Intentó calmarla acariciando su cabello mientras la pequeña dejaba caer las primeras lágrimas.

El llanto cesó. Con angustiada voz Ludovica inició su relato intentando explicar el origen de su temor. Lentamente contó que aquella noche mientras dormía, un terrible sueño la despertó sobresaltada. Sabiendo que era una pesadilla, intentó continuar durmiendo porque al día siguiente debería ir a la escuela. Acomodó la almohada debajo de la cabeza y se propuso dormir. Pero en ese instante, un terrible ruido, que provenía del exterior, logró asustar nuevamente reconociendo que aquel sonido era desconocido. Estática se quedó en su cama mientras el temor la volvía a invadir.

Mirando las sombras que se proyectaban en la pared de su habitación divisó la figura de un hombre que se asomaba por la ventana. La luz de la calle permitía identificar con claridad un ser un tanto extraño, de tronco delgado y cuello un poco largo, acorde a su ovalada cabeza, con escasos cabellos erizados. Sus brazos se extendían como queriendo abrir la ventana para entrar a la habitación. Cuando aterrada, giró la cabeza como queriendo descubrir quién era aquel sujeto, pudo identificar en el espejo que colgaba sobre la pared a su costado, que no se trataba de un hombre. Para su sorpresa, quien intentaba ingresar en la habitación parecía ser aquel árbol que ella tanto amaba, donde había trepado y jugado, aquel árbol que había crecido junto a ella en el frente del jardín. No era difícil reconocer que este extraño espécimen reflejaba en su leñoso rostro, enojo y angustia a la vez, seguramente por la reciente poda de sus ramas más añejas.

Balanceándose sobre la ventana y rascando con sus delgados dedos el vidrio, el viejo sauce intentaba entrar. Ludovica no hallaba fuerzas ni aire para

gritar a su madre que acudiese a socorrerla. Su cuerpo permanecía rígido. El corazón latía acelerado. Sus ojos espían el reflejo del espejo, esperando que el árbol se decidiera a abandonar su objetivo.

Inútiles fueron los intentos por conciliar el sueño. La lluvia comenzó a golpear brutalmente su ventana y los truenos inquietaron a los perros del vecindario quienes iniciaron su habitual grito de ayuda frente al temor que les causaba la tormenta. Al escuchar los ladridos, el árbol se apresuró a entrar y comenzó a golpear con mayor énfasis el cristal.

La tormenta comenzó a apaciguarse. El sauce, ahora empapado, permanecía rasguñando el vidrio. La niña se preguntaba, sin encontrar respuesta alguna, a qué se debía aquella insistencia. No comprendía por qué aquel ser que ella tanto había cuidado y en donde pasaba sus tardes después de la escuela, se empeñaba en invadir su habitación de una forma tan violenta.

Paulatinamente el viento frenó su vuelo. Los primeros rayos del sol calmaron al añoso ser que parecía rendido frente a sus inútiles intentos y volvía a afirmarse en su lugar de siempre para recibir la mañana. La noche había pasado. Ludovica, tendida en su cama, comenzaba a sentir su cuerpo humedecido por el sudor.

Con temor, continuaba observando el espejo que reflejaba la ventana ahora vacía cuando su madre se adentro en la habitación para despertarla, grande fue la sorpresa al ver a su pequeña despierta y con tanta ansiedad.

Ahora, más tranquila, sentada junto a su madre, luego de haberle relatado lo ocurrido, permitió que las primeras lágrimas de angustia brotaran de sus ojos tratando de comprender qué había pasado.

Con voz tierna su madre intentó explicarle a su hija que aquello no había ocurrido, que solo se trataba de una gran confusión, simplemente una terrible pesadilla. Explicó que la tormenta había ocurrido durante la noche pero que ningún árbol existente podría intentar entrar a su habitación, y que aquel sauce del que ella hablaba, tenía sus ramas ahora muy cortas por lo cual era imposible que llegasen hasta la ventana. Ludovica no conforme con la respuesta, por lo vivido, decidió aceptarla como real sabiendo que su entendimiento no permitía reconocer los hechos como verdaderos.

Decidieron que faltaría a la escuela y recogerían juntas a su padre que llegaba de un largo viaje en avión. Lulú se cambió, tomó un ligero desayuno y partieron al encuentro.

Al salir de la casa Ludovica se detuvo. La visita nocturna la había atemorizado tanto que al salir de su casa, corrió al auto por temor a encontrarse con

el viejo sauce. Al acercarse, una rama cayó frenando su camino. La niña se detuvo para esquivarla y en el intento sintió como si el leño pellizcara su pantalón impidiéndole la huida. Tironeó su ropa luchando por escapar hasta que la puntiaguda rama terminó por quebrarse y la hizo caer. Con el corazón latiendo velozmente, Ludovica se incorporó y continuó su carrera hasta el auto donde su madre la esperaba sentada al volante. En ese momento, Lulú comprendió que no tenía testigos de aquella situación. No valía la pena contarle esta vez a su madre, tampoco le creería. Entonces, se colocó el cinturón, miró hacia adelante para evitar ver el sauce y lagrimeó.



Autora

María de los Milagros Astigueta



Intentó levantarse

Un día de tantos. Despertador. Pereza. Las noticias de la mañana en la voz del locutor radial. Apenas entró en contacto con la realidad, le llegaron las imágenes de lo complicado que podía llegar a ser el día por venir. Nunca había podido separar su vida del trabajo, disfrutar momentos a pleno, las preocupaciones lo acompañaban siempre como un zumbido, que más lejano o más cercano, escuchaba siempre. Pero, realmente, ¿cuál era su vida?

Miró a su alrededor, nada había cambiado en los últimos diez años, ni siquiera la habitación en la que había despertado hacía unos minutos. Siempre lo mismo, las fotografías sobre la mesa de luz, el reloj despertador, los anteojos, el libro (abierto en cualquier página) que ya ni recordaba haber leído alguna vez; las pantuflas puestas exacta y ordenadamente junto a la cama; el hueco (ese día, extrañamente, apenas perceptible) del otro lado de la almohada, signo de quien compartía su vida con él.

Sin embargo, una extraña sensación comenzaba a invadirlo. No podía precisar qué era. Todo parecía seguir la misma exasperante pero, en el fondo, tranquilizadora rutina de siempre. Los ruidos provenientes de la cocina indicaban la proximidad del desayuno listo y preparado a la hora exacta y en su punto justo de café negro y tostadas sin quemar. El rayo de sol que atravesaba la persiana entreabierta llegaba ya a los pies de la cama. Todo seguía el rumbo ya marcado por su vida. Sin embargo, algo no encajaba, pero no sabía qué. ¿Era él, que justo ese día estaba haciendo un inventario de todo lo que lo rodeaba para asegurarse de que nada había cambiado?

Una voz lejana le dijo algo. ¿Pero por qué apenas la escuchaba?, si debía provenir de la cocina, situada a pocos pasos de la habitación, en el diminuto departamento de Palermo que compartían.

Intentó levantarse. La radio parecía seguir su acostumbrada sucesión de locutores que en el fondo no decían nada, sólo intentaban llenar la mañana de sonidos antes que la gente saliera a la calle.

De pronto, los ruidos provenientes de la cocina y el aroma del café recién hecho desaparecieron. Alguien había decidido ser feliz.

Intentó levantarse. La rutina le era necesaria como el aire y ya comenzaba a ahogarse. Intentó levantarse, pero los hechos ya no transcurrían. Se habían detenido, hartos de no cambiar. El tiempo, prisionero, ya nunca saldría de esa habitación.



Autora

Andrea Marina Andreoli



9 de Julio



La masa informe que yacía sobre el piso del comedor de la Escuela N° 28 del D.E. 4° , no se parecía en nada al cuerpo erguido y lleno de energía que dos días antes caminaba por los pasillos, llevándose al mundo por delante, buscando material, haciendo ensayar a casi cien chicos simultáneamente, armando con varios afiches una Casa de Tucumán de dos metros y medio de alto y tres metros de ancho, armando un televisor de madera forrado de papel afiche para que el maestro de segundo, con su corbata, remede al locutor de Crónica Noticias, aunando voluntades para que todo salga como lo había planeado y tantas otras cosas que, seguramente, no llegué a ver.

Dani, que así se llamaba a pesar de que muchos creían que esto venía de apocopar el nombre Daniel, y sin embargo era una extraña broma de sus padres, sumada a su segundo nombre, Lilian, hacía sus primeras armas en la docencia y en el segundo año que trabajaba en la escuela decidió, sin medir las consecuencias, hacer un acto del día de la Independencia que fuera recordado, por lo menos, por lo próximos diez años. Una obra de teatro con la declaración de la Independencia, Canciones, Chicos bailando Chamamé, Chacarera, Gato y un cierre a toda orquesta con un coro cantando “En el país de la libertad”.

Éramos tres los que estábamos sentados en la mesa cerca de él cuando se derritió, sí, se derritió y la única forma de darse cuenta de que lo que estoy diciendo es verdad, hubiera sido verlo. ¿De qué forma puede llamarse a una masa de cualquier tipo u origen que fluye sin poder tomar forma propia y que, finalmente, termina en el piso ocupando un espacio redondo y con unos pocos centímetro de espesor.

Lo vimos deslizarse, lentamente, como si su cuerpo hubiera perdido todos sus huesos, sin reacción, con la cara enfocada en la nada, sin gesto, ni alegría, ni tristeza, ni furia, ni enojo, ni nada y terminar en el suelo. Los tres circunstanciales acompañantes vimos como su cuerpo perdía la tonicidad y el lugar que sus huesos debían sostener, pasaba a perder la forma y a derramarse como manteca expuesta al sol.

Poco a poco su cabeza fue hundiendo a su cuello y el resto del cuerpo cedió hacia los laterales formando una especie de gota gigante que, lentamente, fluyó sobre la silla, quedando desparramada en el piso del comedor, bajo la mesa.

Norma no pudo reaccionar y sólo repetía la frase que hacía pocos minutos le había dicho y pareció que él había escuchado.

—El 9 de Julio te mató —mientras lo veía fluir sobre la silla hacia el suelo.

Claro, todos lo vimos entrar esa mañana a la escuela, después del feriado y nos miramos entendiendo lo que cada uno pensaba. Su cara mostraba los rastros de una semana de furia en la que se creyó el rey de las cosas y todos sabemos que en algún lugar lo fue.

Patricia no habló, ella no dice mucho, pero su cara de horror lo decía todo.

—Se derritió, sí, se derritió. —Fue lo único que atinó a decir una vez que Dani yacía en el suelo sin forma reconocible para un ser humano.

La crónica se limitó a titular: EN UNA ESCUELA SE DERRITIÓ UN MAESTRO PRESIONADO POR LAS EXIGENCIAS DE UN ACTO DEL 9 DE JULIO.

Pero, como es la prensa, en una semana todo el mundo se había olvidado de Dani, incluso la placa roja de *Crónica* que él había remedado en su acto.

Pocos minutos después llegó la ambulancia del SAME y vimos como el médico trataba de acomodar en la camilla, trabajosamente, lo que se pudo levantar del suelo, que una vez sobre ella tomó su forma.

Yo no lo volví a ver, pero me dijeron que lo vieron bailando una chacarera en una escuela de frontera en alguna provincia del norte Argentino, erguido y con sus huesos en su lugar.

Cada tanto pienso en él y me digo a mí mismo: “¡Qué bárbaro este Dani!, al final consiguió lo que quería. Nadie se va a olvidar del acto del 9 de Julio en el que se derritió un maestro”.



Autora

Julieta Mercedes Leiro



Yo conmigo



No sé si alguien está dispuesto a escuchar lo que pasa, lo que le pasa. Tal vez no..., tal vez, no esté dispuesta a darnos signos de lo que en aquel mundo sucede. ¿Acaso importa?

Como cualquier mañana comencé a atravesar aquella calle solitaria para llegar a la Universidad. El viento envolvía mi cara y jugaba con mi ropa. Yo disfrutaba de sus caricias. Pronto mis ojos se fijaron en una sombra que parecía bailar e interpretar los movimientos del viento, mis movimientos. Era... ¡Claro que sí! Era.

El sol quería asomarse a lo lejos. Yo rogaba para que no lo hiciera. Disfrutaba de aquel baile, de aquel juego de mariposas con aquella sombra.

De pronto recordé que yo ya había estado ahí. Debía escapar.

La sombra sabía tocarme, susurrarme, envolverme. Sabía que la lucha no iba a ser fácil. Pero, ¿realmente quería ganar? Imágenes, gritos, palabras, dolor, abrazos delante de mí.

La sombra solo tuvo que acariciarme. Solo acarició mi mejilla izquierda.

Juro que solo eso...

Personas gritando en desesperación me rodeaban... si tan solo supieran.

Si tan solo pudieran escuchar y ver aquel baile. El baile.

Aquel baile conmigo.



Autora

María Eugenia Gaozza



Alergía



—Estoy empapado —me dijo.

Entonces entendí que pedía auxilio.

Al rescate de su fileteada sensación marítima, escabullí la almidonada servilleta en la porcelana china. Medio soso y arrumbado se dejó llevar por mi ajetreada tarea.

Cuando finalicé, suspiró:

—Tengo alergia a la papa desde el último aumento.

Y se dejó comer.



Autora

Mónica Lidia Echenique



Con olas y espuma



Nunca antes había pasado.

Desde que tenía memoria había sido sólo él, enorme y azul, tan lleno de vida. Jugaba solo con el calor del Sol y con el frío de la noche oscura. Grandes y poderosas corrientes se agitaban en él. Él era toda bravura y torbellino; sin embargo, estaba solo.

Pero ese día ocurrió un gran temblor. Un sacudón monumental y magnífico más allá de sus entrañas. Lo siguió un largo y visceral bramido: algo había gritado con todas sus fuerzas. Supo al instante que ya no estaba solo. Buscó con la certeza de que algo más había. Entonces la vio abrirse paso y emerger, oscura y sólida, tan distinta de él. Se esforzaba por mantenerse erguida.

Se acercó a mirarla: le pareció bella y encantadora como una sirena esculpida en piedra. La sintió estremecerse y le pareció frágil. La rodeó suavemente para no asustarla. La meció con mareas que inventó para ella. La acarició con dedos de olas una y otra, y otra vez. La vistió con una capa de encaje hecha con espuma. Le cantó con un rumor de agua que acabó de crear. Le besó los pies.

La supo compañera. No pudo evitar amarla.

Desde entonces comparten el día y la noche. Comparten la vida y el tiempo. Mar y Tierra crearon el mundo.



Autora
Verónica Claudia Rius



En la vereda



Todo comenzó con un simple dolor de espalda. Nada extraño para alguien que vive de changas: cargar un camión, hacer una mudanza, levantar o tirar abajo una pared, trepar a un techo para reparar una grieta. Esas eran mis tareas habituales. El movimiento repetido y el esfuerzo producen dolores musculares a los que estaba habituado. Pero hacía una semana que andaba sin trabajo.

Por las noches comencé a tener pesadillas. En mis sueños arrastraba una roca inmensa atada a una soga de la que no podía liberarme. Otras veces, alguien sujetaba mis pies al suelo y yo no tenía fuerzas para escapar o pedir auxilio.

Esa mañana me levanté casi sin fuerzas. Mi cuerpo parecía extraño. Sentía desgano y mucha sed.

Mi vecino de enfrente era médico y no dudé en ir a consultarlo. Me atendió amablemente y después de conversar un rato y de examinarme me confesó sentirse confundido por los síntomas.

Mi hermano es biólogo y tal vez él pueda aportarnos algunas ideas, dijo. En ese momento ya mi espalda se sentía rugosa y áspera. Mis músculos se habían puesto tensos y mi pierna derecha había comenzado a parecerme ajena.

El proceso continuaba acelerándose. Después, el médico me explicó que debía tomar una muestra de mi piel. Los hombres observaban con el microscopio, mientras hablaban en voz baja. Al rato me dieron una explicación sobre las células. Estas células se parecen mucho a las parenquimáticas, hay una gran vacuola y una pared delgada, dijo el biólogo. Si fueras un vegetal estaría todo en orden, dijo el médico y me miró por arriba de sus anteojos. Por ahora no voy a darte ninguna medicación. Pero no dudes en volver si esto sigue así.

Salí de su casa y apenas crucé la calle, casi llegando a mi casa me sentí paralizado como si en cuestión de milésimas de segundo mi peso hubiera aumentado cien veces. Mi pie derecho se hundió en la tierra y me tomó tan de sorpresa que apenas me di cuenta. El otro se hinchó y destrozó el zapato que llevaba puesto. Mis dedos comenzaron a estirarse y a enterrarse casi al mismo tiempo. Escuche el crujido de mis huesos. Como un torbellino sentí que algo

me envolvía y me volvía gigante. Después de eso, solo calma, inspiración profunda, latido suave, energía pura.

Ahora me dejo acariciar por el aleteo de cada pájaro y de cada insecto que me habita. Solo el viento me acuna. Pienso sin saber dónde se originan mis pensamientos. Como de chico, cuando creía que pensaba con la boca hasta que crecí y me convencieron que en alguna parte de mi cerebro se producían las conexiones necesarias para darles forma.

No siento frío, ni calor. Ni siquiera miedo. Sé que alguien todavía se preguntará que fue de mí. Tal vez el médico y su hermano esperen mi regreso o conversen sobre lo extraño de mi supuesta enfermedad. Tal vez alguien me esté buscando sin saber que es mía esta lluvia de flores lilas que los deja extasiados. Yo soy ahora este árbol que es sombra y testigo de sus vidas.

 **Autora**
Ana Gloria Casale



La foto



No sé por qué, pero antes de estacionar, tuve una sensación extraña. Sentía que algo cercano a mí, latía. *Toc, toc, toc*, los ruiditos eran fuertes pero pausados. De dónde provenían. Un Fiat 600 pasaba casi imperceptible y me rozaba el paragolpes. No le di importancia. *Toc, toc, toc...* de dónde venían.

Revisé la guantera, hacia los costados, debajo del asiento del acompañante y nada. *Toc, toc, toc*. Lo podía percibir próximo, y cada vez que pensaba en ello más cerca lo sentía. Estacioné. ¿Viene del portafolio? No puede ser, recuerdo cada objeto guardado. Cómo es posible, lo sigo sintiendo, viene de ahí, del maletín. Lo revisé. El sonido se volvía más fuerte, aunque más musical. Saqué dos planillas, dos folios, una revista y unas carpetas, entre las que se dejaba ver una foto, el *toc, toc, toc*, se detenía tranquilo hasta silenciarse sin perder su musicalidad, la foto brillaba dulcemente, la observé por unos minutos. Sus ojos eran tan transparentes y encendidos, tan bellamente redondos, desesperadamente tiernos, diría. Más que dilatarse sus pupilas respiraban cuando me le acercaba. Era maliciosamente hermosa. Dos bocinazos cortos me interrumpieron. Miré hacia atrás. No respondí al saludo de mi cuñado, tan temprano molestando. Solía venir entre la 8 ó 9 de la noche cuando necesitaba algo. Bajé del auto.

Pelmazo me preguntaba algo de los filtros de 52 mm. Lo único que quería era ver de nuevo esa imagen.

—No creo que tenga lo que necesitas.

—Si yo le vi dos a Marta. Seguro las tiene en el cajón del mueble gris.

—No sé. *Me descubriste*.

—Fíjate así me los llevo. *No tardaste tanto*.

La escuchaba claramente, era la voz de una muchacha, me hablaba a mí.

Sí, le oía la respiración, tan pausada y melodiosa como los *toc, toc, toc*. No hablaba, más bien cantaba, suave, su voz era aniñada y tibia. ¿La voz era de la chica de la foto? Despaché pronto al espeso. Y busqué, casi desesperadamente, la imagen, que ahora no emitía sonido alguno. No pude dejar de contemplarla. Cuando tuve que dejar de hacerlo forzosamente, la guardé otra vez en el maletín. Bajé a cenar y cuando regresé en busca de ella, experimenté otra sensación,

la saqué y la dejé sobre el escritorio, me alejé hacia el ala oeste de la habitación, ahora ella me miraba a mí. El teléfono sonaba. No atendí. Ella estaba solamente para mí.

—¿Siempre fruncís el ceño cuando encontrás algo? —me inquirió. No sé el por qué, pero no me sorprendió que me hablara.

No dejaba de mirarme, de buscarme, de estudiarme, y eso empezó a gustarme. Me susurraba cosas.

Un miércoles me despertó a las cuatro y cuarto de la madrugada cantando en francés, pero aquello no me sobresaltó, en el fondo, creo que necesitaba escucharla, supongo que me quería despertar del mal sueño que me acontecía.

Mi temor era que Marta la escuchara, la descubriese o se percatara de lo nuestro.

—*Sontabout de mes doigts,*

Comme do, re, mi, fa, sol, la, si, do.

C'est une chanson d'amour fan —me respiraba bajito.

Ese día estaba callada. Me arrimé solamente para saber si quería cantarme suavemente.

—¿Cómo se llama esa mujer? ¿La querés, Ricardo?

—A veces sí. Marta, es una señora que vive conmigo —le contesté risueño.

Por las mañanas, escuchaba sus interpretaciones francesas, las cantantes de ese origen eran sus favoritas, gracias a ella, conocí a algunas.

—*Comme do, re, mi, fa, sol, la, si, do.* Esa te gusta a vos.

Cuando tenía que efectuar tareas tan desagradables como oír hablar a mi esposa sobre su familia, corregir exámenes o evaluar mediocres e insulsas fotografías, me satisfacía mucho sentirla cantar.

—*Comme do, re, mi, fa, sol, la, si, do.*

No lo hacía solamente en ocasiones tediosas, también me acompañaba entonando su mejor repertorio cuando disfrutaba de lecturas. Nunca me había agradado tanto leer a Poe o a Kafka.

Cuando tenía intimidad con mi esposa (porque a veces tenía que hacerlo) la escondía o guardaba en un cajón dentro de una cofre de madera barnizada.

De todas maneras, la sentía cerca de mí, la percibía aproximarse, rozándome, cómo no desconcentrarse.

—Sé lo que haces —me reprochaba—. Siempre lo voy a saber.

Dos días la mantuve oculta. Me afligía la culpa. No niego que alguna vez pensé en descartarla. Sí, se me cruzó la fatal idea, pero fue un día, esa única

ocasión. No me animé, no tuve el coraje de hacerlo, porque aquella vez del cajón, sentí temor. Ordené a la empleada que guardara el cofre dentro del armario del lavadero.

Palpitaciones, sudoración excesiva, me ardía el retorcer de mis tripas; fueron insufribles esas 48 horas. Desesperadamente quería arribar, abalanzarme sobre la caja y abrirla. Sólo Dios sabe cuánto necesitaba hacerlo, en verdad ni mi mente ni mi cuerpo lo resistirían. Ella me castigaba y cuánta razón tenía en hacerlo, yo temía continuar sufriendo las consecuencias de mi accionar.

—¡Perdóname, tenés que perdonarme! No quería hacerlo así, ¿me disculpas algún día?

Su silencio me daba puntazos, me estremecía.

No había olvidado cuán agradable era contemplarla.

—No tenías que hacerlo, Ricardo. —Deslizó despreocupada y preguntó:

—¿Vos me querés? —Sorprendido la miré, no imaginé que me replicaría aquello. Entre respiraciones cortadas y sollozantes, le di un sí.

—Ahora sabes qué hacer. —Y no dijo más.

Y tuve que hacerlo.

La encontré saliendo de la estación. Esperaba a alguien más. Tenía el pelo más corto y de otro color. Su acompañante salió del edificio de enfrente, se dijeron pocas palabras, ella le sonrió, y pronto se tomaron del brazo. Caminaron seis pasos cuando ella percibió mi presencia, y dirigió sus ojos hacia mí, profunda y punzantemente como si siempre hubiese sabido que me encontraba allí, observándola. Sabía mis secretos, todos, los diálogos, nuestras charlas, Marta, las lecturas. Su temple me lo juraba y por eso debía ignorarme olímpicamente. Ante la primera reacción de su compañero que la interrumpió, abruptamente orientó sus ojos, ahora cansados y opacos, hacia él. Y volvió a ser la misma, la que era antes de conocernos (y volvió a pertenecerle algo que ya no me pertenecía).



Autora

Marcela Elizabeth Rojas Baez



Un cuento que nace de las alas



Esta es la historia de Lito el pajarito. Aunque podría ser la de cualquiera de nosotros. Lito era un pájaro muy bello, esos de pecho amarillo que cantan suave. Lito fue adoptado por una Niña que pasaba por el parque una tarde de calecitas y helados con su Padre. Apenas lo vieron (en verdad lo habían escuchado, luego se voltearon y lo vieron) parecía que los miraba con ganas de seguirlos. Eso es lo que la Niña y su Padre creían, en verdad Lito, que todavía no era Lito sino uno más del parque, lo que pretendía era develar eso que emanaban los humanos cuando comparten un sentimiento de..., verdadero amor.

Como imaginarán, la Niña y su Padre cuidaron mucho de Lito; lo llevaron al veterinario, le compraron el mejor alpiste y otras semillas para que se alimente, le cambiaban el agua clara ¡todos los días! increíble para un pajarito urbano, en donde a veces los charcos se asemejan más a cualquier líquido menos agua.

Todo muy lindo, pero de repente un día se despertó y se vio dentro de un lugar. Un sólo lugar. Esto, se imaginarán, no era común para Lito, acostumbrado a volar por todos los lugares que se le ocurrían. El lugar tenía también un sólo color, gris. Por momentos parecía que podía ir hacia otros lugares, pero lo intentaba y nada. Otra vez ahí solo.

Claro que todos los días se acercaba la Niña, antes de ir a la Escuela, cuando volvía, después de hacer la tarea y jugar un poco, antes de la cena y cuando se iban a dormir. Pero era raro...siempre se acercaban a él, nunca podía acercarse él a ellos. Esto no le gustaba, pero estaba tan contento de sentirse parte del sentimiento tan lindo que fluía en ese hogar, que se lo bancaba. Un día escuchó que la Niña decía unas palabras raras, dijo exactamente "Pa, me parece que a Lito le pasa algo, ya no canta tan lindo como ese día en el parque. Al principio sí, pero ahora parecería triste, no se, debe extrañar a sus amiguitos, debe extrañar mover sus alitas"...

Y así era, Lito estaba cuidado y recibía afecto, pero no era feliz como antes. Era un pájaro, y todos sabemos que los pájaros son pájaros porque vuelan... y tienen picos y patas, y les gustan las semillas..., pero también las lombrices, los bichitos y posarse en cuanto árbol les llame la atención por su frondosidad o

por los demás de su especie que allí se posan...las lombrices y eso, no comía hace bastante. Un día se les ocurrió llevarlo hacia la ventana, por ahí se distraía mirando hacia afuera y también, creyeron que al escuchar a otros pájaros, volvería a cantar tan bello. Obvio, siempre en ese lugar. Nunca en otro, o en distintos lugares. Lito comenzaba a pensar que estaba enfermo, ya estaba comprendiendo lo que la Niña había dicho.

Nunca había sentido semejantes ganas de mover las alas. En eso observa volando a un compañero “Ey, chist, ¡vos amigo! Acércate por favor que yo no puedo” le dijo. Los dos enseguida se pusieron a silbar y a cantar, y se oían melodías que parecían salida de partituras de piano o violín. En esos cantos, los dos se decían cosas, como que raro era eso de color gris y esas estructuras finitas pero tan pegadas unas de otras que no lo dejaban atravesarlas. Bueno la verdad era que Lito estaba encerrado, y que para ser feliz tenía que volver a volar, no quedaba otra.

Al día siguiente a esa tarde, vió a su amigo, pero ahora con otro compañero. Parecía que aveces discutían cantando y todo. La Niña y su Padre parecían muy contentos, pero ella seguía pensando que Lito no estaba bien.

Los dos pájaros silvestres, lo querían convencer de salir volando pero Lito sentía que estaba traicionando a esa familia que tan bien lo trataba. Los amigos no lo convencieron y se fueron. No quisieron obligarlo, pensaban que no estaba bueno estar encerrado, poder salir (la traba que lo impedía podía ser forzada por los tres) y no admitirlo.

Lo que sucedía, era que Lito nunca se había sentido tan cuidado, pero tampoco sabía como llamar eso que sentía cuando volaba, porque nadie se lo había enseñado. No se animó a romper con ese lugar, y a seguir a esos dos locos que si sabían lo que se sentía cuando movían sus alitas. Quedó solo, muchos días en su jaula, y en la ventana. Ese sentimiento tan lindo era lindo justamente porque era compartido, porque nacía de los que lo sentían; en cambio para Lito eso era tan igual a sus ganas de volar; el tenía que darse cuenta, o tenían que ayudarlo a darse cuenta, a veces no logramos hacerlo solos. Ni la Niña, ni los Padre ni Lito pueden solos.

Hasta que cierta vez, la Niña se acercó a cambiar sus semillas y agua, y le dijo, “Yo sé que preferís estar en libertad, pero mi Padre dice que si abro la jaula te vas a ir volando...y yo tengo ganas de cuidarte ¿que decís? aunque sé que tu casa no es este lugar, son todos los lugares que vos quieras...y bueno. Digo que fue un accidente, yo sé que no va a pasar nada, nosotros podemos elegir a donde

caminar pero Lito, vos no estas pudiendo elegir hacia donde volar”; y Lito tuvo lo que necesitaba, aunque costó que saliera de ahí.

Mientras movía con entusiasmo sus alas dormidas, giró su pico hacia el costado, y no podía creer lo que veían sus pequeños y negros ojos, era la Niña al lado de él flotando en el aire, y en su espalda flameaban dos diminutas alas, que se movían igual que las de Lito cuando pudo elegir hacia donde iría con el viento...

Así, pase lo que pase muchas veces no sabemos que hacer con nuestra libertad y no nos animamos a valorarla y disfrutarla. Pero a quedarse tranquilos, no estamos solos buscando la libertad, siempre hay alguien que también la esté buscando junto a nosotros; porque siempre estará nuestro niño, el que alguna vez fuimos, el que nunca se va, el que nos enseñe el sentido de la orientación de nuestras alas.

 **Autora**
María Belén Vera



Soñar con aventuras



Pablo tiene ocho años y está en tercer grado de una escuela de Villa Urquiza. Le gusta mucho jugar al basquet, coleccionar figuritas, jugar a los videojuegos, ver televisión, chuparse el dedo pulgar cuando duerme, divertirse con sus amigos y primos, pero por sobre todas las cosas, lo que más, más, le gusta es dibujar.

Cuando termina rápido sus tareas, la maestra le da permiso para dibujar en un cuadernito que tiene aparte.

Pero tanto le gusta dibujar, que un día, en medio de una clase, cuando la señora estaba explicando y no lo miraba, no pudo aguantar, sacó el cuaderno y empezó a dibujar.

Dibujó muchos muñequitos chiquititos, chiquititos (algunos parecían verdaderos monstruos) y mientras los plasmaba en el papel inventaba historias, aventuras que incluían luchas y peleas, para salvar a los monstruitos buenos, obvio. Pero justo cuando estaba por terminar al último muñeco, un chorro de tinta cayó sobre la hoja y manchó a este último personaje. Y aunque no lo puedan creer, si hasta a Pablo le costó creer lo que vio, ese monstruo saltó del cuaderno, tomó la punta de la lapicera y comenzó a pincharlo y pincharlo.

A Pablo le dolía bastante pero no podía moverse, ni reaccionar, estaba como petrificado en su banco sin saber qué hacer. Es que no podía creer lo que estaba sucediendo. Giró sus ojos como pudo y vio que la clase continuaba en normalidad. ¡Cómo nadie se percataba de lo que estaba ocurriendo! ¡Ni su compañero de banco que siempre espiaba sus dibujos!

Pasaron varios segundos, no sé, a Pablo le parecieron minutos ya que no podía reaccionar, hasta que de sus heridas comenzaron a caer gotitas de sangre sobre la hoja. Y esas gotitas comenzaron a mojar al resto de los muñequitos, despertándolos de un largo, largo sueño.

—¡Muchachos! —gritó uno de los muñequitos, que parecía ser el líder—. Es sangre, sangre de verdad. El chico que nos creó, que nos inventó, está en problemas. El malvado Chafer lo está atacando sin cesar y nosotros debemos ayudarlo —concluyó a modo de orden.

—Pero ¿Qué podemos hacer nosotros si estamos unidos a esta hoja de papel? dijo el más pequeño.

—Si lo deseamos con todas nuestras ganas y unimos nuestras fuerzas podremos salir del cuaderno —respondió el líder.

Y así fue que unieron todos sus poderes y lograron salir. Corrieron hacia la cartuchera, y tomaron una goma y aunque les costó bastante porque Chafer seguía atacando y se movía bastante, lograron borrar a ese maligno personaje.

Justo cuando se escuchó la voz de la maestra que dijo:

—Pablo ¿Dónde estás? ¿En la Luna? Te pregunté dos veces si habías terminado el trabajo.

Pablo quiso contarle lo que le había pasado ¡pero cómo lo iba a creer si esas cosas no pasan en la realidad! Entonces, miró sus heridas y no dijo nada.



Autora

Gabriela Élica Noemí Palopoli



La isla



En un viaje en avión a China sucedió una historia increíble al explotar una turbina. El piloto hizo todo lo posible para no caer, planeó, planeó y finalmente logró aterrizar en una isla abandonada. Sin embargo no todos los pasajeros logran salvar su vida: sólo cuatro de ellos. Un banquero, un médico, un científico y un cartonero. Los cuatro bajaron muy asustados y comenzaron a caminar por esa isla, cada uno tomó un rumbo distinto para ver que encontraban. El cartonero descubrió un refugio de guerra con agua, comida y armas; el científico un laboratorio en el cual había una sustancia muy llamativa, viscosa y brillante que parecía agua, enseguida pensó en analizarla pero el banquero que lo había acompañado en su afán de conseguir fortuna y pensando que era una bebida mágica la bebió sin pensar, lamentablemente era veneno y murió. El médico se había propuesto explorar la isla más profundamente, fue el que más caminó y descubrió que los habitantes de allí eran caníbales y había que estar muy alerta...

Así pasaron cuatro meses, luchando por sobrevivir de monstruos, caníbales y animales salvajes. Nunca se dieron por vencidos y buscaban por todos lados una manera de comunicarse y pedir ayuda. Un día uno de ellos encontró una radio ¡qué funcionaba! Y pidieron socorro. El rescate tardó casi cinco meses.

La vida era insoportable para ellos, el doctor fue comido por un monstruo que estaba al acecho, el científico cansado de esperar se suicidó y solo encontraron en el momento del rescate al cartonero. Por supuesto fue nombrado

Luego fue llevado en otro avión a la ciudad, pero él nunca olvidó a sus amigos y en honor a ellos comenzó a estudiar y se graduó de médico y científico y con la plata que había recibido de premio se compró un banco. Sin embargo aún cuando había cumplido muchos sueños el cartonero no olvidaba a la isla y regresó a ella. Buscó a la tribu de caníbales, cerca puso una escuela y los educó de tal manera que logró que estos seres se convirtieran en vegetarianos.

No todo terminó ahí, ya que el cartonero no se conformó con esto, sino que fue a buscar a los monstruos e instaló un gran frigorífico para procesar las carnes que necesitaban y que no se devorarán nunca más a nadie. Muchos

sueños se le cumplieron al humilde cartonero que finalmente eligió como modo de vida trabajar para los monstruos. Ya que fueron los más difíciles de educar.

Después de mucho tiempo alguien vio al cartonero con los monstruos más rebeldes ¿Él se había convertido en otro monstruo? En la fantasía nada es probable, pero sí todo es posible.



Autora

Paula Andrea Zanola Alarcón



Pétalos de sangre



Tatuar mi cuerpo nunca estuvo en mis planes, las modas masivas siempre me incomodaron. Nunca sentí la necesidad de verme incluida sintiendo pertenencia a partir de cuestiones netamente superficiales. Se sabe que en estos tiempos la tendencia rige las bandas e impone marcas, estilos, personalidades y accesorios. Dejar la infancia y pasar a la adolescencia, implica acompañar el crecimiento físico con cambios estéticos que, en muchos casos, violentan nuestro cuerpo. Siempre pensé que es como un largo proceso de pruebas de fuego, donde se hace de todo para ser grande; incluso, dejarse marcar. Tatuar-se es sin duda un ritual de graduación y, para algunos después del primero, llega otro, y otro, y otro. Se convierten en paños interminables de imágenes desvinculadas, que buscan algún sentido. Uno mismo se marea en la búsqueda. Y los que miran, también.

Por eso, doctor, me resistí siempre. A mi no me vienen con sometimientos del mercado. Y le aseguro, eso mismo se convirtió en el secreto de todo mi encanto; y, aunque no tenía tatuajes, también me convertí en una persona grande.

Y no solo eso. Poco a poco fui forjándome una vida austera y apacible.

Las complicaciones y los imprevistos los miraba desde lejos. Joven y emprendedora como era, la ambición de tener un buen empleo se materializó prontamente y la independencia llegó a mi vida mucho antes de lo planeado.

La soledad no era un problema, cuando uno se llena la vida con ocupaciones se anestesia el corazón, se pierde la noción del tiempo, del espacio, del contacto con los otros. Vivir anestesiado tiene sus ventajas: no hay nada que duela, no hay nada que lastime. Mientras tanto, uno sigue produciendo, forjando un futuro material que sirve de muralla, que protege, que asegura.

Pero en vano he tratado de escurrirme para no ser devorada por lo común. Nacemos, crecemos, nos enamoramos y morimos. Ningún ser humano escapa de este ciclo inevitable. Yo tampoco, doctor, aunque me había hecho tan fuerte.

Un día, las alfombras limpias sobre pisos cálidos, las alacenas simétricas y los placares ordenados en degradé, amanecen alterados.

Almohadas al revés, colchas en el piso y sábanas mal puestas albergan más de un cuerpo. Todo se desordena, doctor. Sí, todo enloquece.

Y así fue. Sí doctor, fue así. El amor se impregnó en mi piel. Una rosa recién cortada, con unas gotas de agua cristalina entre los pétalos rojizos, se insertó, perfecta, en mi hombro izquierdo. El tallo verde la sostenía con estilo y parecía gozosa de llevar su narcisismo al máximo con la muestra amenazante de sus espinas. Sí, doctor, las espinas aunque pequeñas, diminutas, se veían.

—¿Usted las veía?

—Sí, y eso no era todo, entre tonos claros y uniformes, del tallo esbozaba una hoja verde, erecta, descansando tranquila. Hacia abajo y en forma de semicírculo asomaba la leyenda “Ni rosas sin espinas...., ni amor sin celos”.

La convivencia entre nosotros osciló entre blancos y negros. Los momentos felices se almacenaron en la flor, otorgándole a su cuerpo tonalidades púrpuras que aterciopelaron su encanto. Sí, parecía de terciopelo y hasta emanaba un aroma gentil que me embriagaba lentamente. Sentía la fuerza de los pétalos uno a uno, a cada abrazo, a cada beso. Pero también una opresión. Sí, doctor, una opresión que lastimaba. La savia de mi rosa recorría todo el cuerpo entremezclándose con la sangre, marcando territorio, ejerciendo supremacía. Las espinas comenzaron a clavarse, y lastimaron. El tormento es penoso, cruel.

Usted me entiende.

Cuando una flor te hiere, solo tenés que soltarla, dejarla caer. Pero ya estaba enraizada en las venas, recorría todo mi cuerpo, enlazándose hábilmente por los miembros, hostigando al corazón, acosando mi cerebro. Los brotes se asomaban e intimidaban. Cuando se violentaban tiraban muy fuerte. Yo sentía cortarse la circulación. Mire, mire las marcas en forma de magullones...., se ven a simple vista.

¿Entiende? Antes cuando mi cuerpo estaba limpio y sano, mi soledad se reflejada en la palidez de mi piel como un trofeo. Ahora todo es muy distinto.

Cuando el destino se sella en la carne las cosas se vuelven muy extrañas. Resulta difícil sobrevivir a los ataques de nuestro propio ser, cuando el atacante está tallado en el hombro y en el alma. Está ahí siempre, expectante, acomodándose al devenir de las circunstancias, aprovechando todas las oportunidades para desplegar su seducción y, después, cuando se asegura la entrega máxima, se va desparramando hacia todos los frentes. Las heridas sangran cada vez con más fuerza.

Pensar el futuro sin él resulta imposible, está ahí, forma parte de mi piel.

El día a día se transforma en un cúmulo de acciones para solventar el vínculo. La rosa tiene todo el protagonismo y se apodera poco a poco de toda mi vida. Enloquecer con el roce de sus pétalos es todo lo que me importa. Mis intentos desesperados por retener su perfume, por perpetuar su encanto, se desvanecieron cuando la puerta se cerró anunciando el final. No logré sujetar ni la hoja, que decayó mustia y agobiada con el tallo. La espina se desprendió.

Sí y ahora llega hasta mi muñeca izquierda como estocada final. La sangre empapa las alfombras y se desparrama por todo el suelo formando un charco púrpura. Los pétalos rojos naufragan. ¿No lo ve, doctor?





El emperador de las aves



Como todos los días de ese frío invierno, Alex se dirigía a la escuela cuando la vio... Ella estaba ahí como cada mañana, la vieja señora, alimentando a las aves del parque, era una imagen que se había incorporado a la blanca postal cotidiana.

Ese día, Alex quiso de una vez por todas eliminar sus miedos y satisfacer sus dudas. Esa extraña mujer lo intrigaba: ¿Por qué dedicaba sus días enteros a alimentar a las aves? ¿Dónde vivía? ¿No trabajaba? Con más temores que certezas, Alex, decidió seguirla. La anciana mujer se movía lentamente y avanzaba con dificultad. Tras vencer varios obstáculos, la extraña anciana, llegó a la cima de una altísima montaña desde dónde se arrojó al vacío, provocando el espanto de Alex, quien escondido tras unos arbustos, no pudo reprimir un pequeño grito de horror, a la vez que los latidos de su corazón se aceleraban. La espesa neblina reinante le impidió ver con claridad, pero asomándose al abismo, alcanzó a divisar la figura de un ave gigante que pareció emerger de la nada misma.

Asustado como nunca lo había estado antes en su vida, Alex corrió hasta retomar el camino hacia la escuela, mientras no dejaba de reprocharse a sí mismo por su desmesurada osadía.

Al día siguiente, grande fue su sorpresa, cuando al pasar por el parque, vio la figura de la anciana y misteriosa mujer dando de comer a las aves. Lo dejó perplejo.

Como autómatas, Alex repitió los sucesos tal como habían ocurrido el día anterior, uno tras otro volvieron a repetirse sin alteración alguna.

Todo volvió a ocurrir al tercer día..., pero esta vez, Alex no pudo retomar el camino hacia su escuela y nadie volvió a saber de él.

El pueblo entero pasó semanas enteras buscándolo, y cuando ya todos habían perdido las esperanzas, la figura de Alex semidesnudo y balbuceando frases sin sentido apareció, dejando atónitos a los presentes.

Sólo quienes pudieron acercársele lo suficiente lograron descifrar entre sus delirios la siguiente frase: “Soy el emperador de las aves”.

Tanta fue la felicidad del pueblo por la reaparición de Alex que restaron importancia a su estado físico y mental.

La policía lo llevó hasta su casa y su madre entre gritos y llantos lo abrazaba irradiante de felicidad repitiendo “Alex has vuelto” “has vuelto”, pero Alex nada respondía.

La madre agradeció a los policías y los acompañó hasta la puerta de su casa para despedirlos; tras cerrar la puerta con llave, su hijo ya no estaba. En su lugar una enorme ave blanca de ojos rojos con mirada profunda e hipnotizante la atacó y comenzó a comérsela hasta no dejar rastros de ella.

De Alex y su madre nadie ha vuelto a saber, pero la enorme ave blanca continúa sobrevolando la altísima montaña y sus alrededores.-

 **Autora**
Alicia Schoenfeld

Epitogo
El cuaderno
Azul de Marechal

Querido Lector:

Me llamo Francisco Ismael Sinatra —puedes llamarme Ismael— y fui el encargado de leer las historias que hoy conforman la *Antología Docentes Fantásticos*.

El motivo de este epílogo (no digo desesperado, pero sí inquieto) es otro muy diferente a la sincera celebración que este tipo de proyectos merece. Permíteme, amable lector, contarte la singular historia que está detrás de esta *Antología*.

Fui contratado por el Ministerio de Educación de la Ciudad de Buenos Aires con el propósito de ordenar los textos que respondieron a la convocatoria, según los elementos literarios, narrativos o retóricos que permitieran un posible orden de lectura. Estudié algunas definiciones de literatura fantástica, leí libros de olvidadas ciencias y me entretuve con espejos y comarcas infernales para, como quien dice, "afinar el oído".

Pero no fue necesario que hiciera casi nada: una fuerza que no sé cómo llamarla (Cazar, imaginación, delirio, suerte, accidente...) había realizado el trabajo mucho tiempo antes de que yo leyera siquiera el primer cuento.

Soy, como tú, lector, un asiduo visitante de algunas bibliotecas públicas: entre otras, la Biblioteca del Docente. Allí, entre los libros archivados en la sección "Obras Generales", hay un cuaderno de tapas azules, manuscrito, cuya autoría es adjudicada a un tal Profesor Leopoldo Marechal. Amable lector, no pienses en el afamado autor de las célebres novelas o los espléndidos versos (¡Rama frutal llena de pájaros / enmudecidos, estanque negro, / raíz en curva de león / es tu silencio!). Este Leopoldo Marechal fue un Inspector Escolar que trabajó durante mucho tiempo en el D. E. IV., hasta su retiro en el año 1967. Espíritu curioso, Marechal era un gran conversador al que le atraían las buenas historias, a las que se preocupaba por transcribir en aquel cuaderno azul que todos llamaban *El Cuaderno azul de Marechal*. En él, durante muchos años, así como Béla Bartók recorría aldeas con un rudimentario fonógrafo y papel pautado, registrando el tesoro musical de Hungría, Leopoldo se dedicó a recolectar las historias que los docentes le contaban.

Cuando Marechal murió, su hija Olimpia, pensó que lo mejor era que el cuaderno quedara cerca quienes habían generado esas historias y lo depositó en la Biblioteca del Docente. Así, el *Cuaderno Azul de Marechal* llegó un día a mis manos. No recuerdo quién me recomendó leerlo, pero sí recuerdo que sus palabras fueron algo así como: "Leerás, Ismael, cosas extrañas y no sabrás si

las soñaste o si te las contaron o si ya las viviste... ” y citó los versos de la Divina Comedia de Dante: “Lasciate ogni speranza voi ch’entrate”. Pensé que todo era una broma inglesa y solemne. “¡Ah –le contesté– son textos “dèjà vu”, un error en la matrix!”.

Leí las historias del Cuaderno azul con curiosidad y placer. Me atraía el desfile de situaciones inverosímiles, narradas con frialdad naturalista; los momentos de zozobra, en los cuales, la vida cotidiana parece rozar otra dimensión: la esperanza y el desconsuelo frente a los misterios del mundo.

Pensé que el Cuaderno azul merecía tener una edición impresa, pero era muy difícil dar con algún familiar del Prof. Leopoldo Marechal como para pedirle una autorización. Solo figuraba el nombre de su hija Olimpia en la primera página, y siempre que llamé, me respondía una voz metálica de mujer, tal vez una máquina contestadora, que repetía: “¿Sí, sí?”, entre chirridos eléctricos. Su nombre, Leopoldo Marechal, homónimo del poeta, tampoco facilitaba las cosas, los registros eran confusos... Finalmente, desistí y me olvidé del Cuaderno.

Fue así, hasta que llegaron a mis manos los cuentos escritos por los docentes de la Ciudad de Buenos Aires convocados por el proyecto Docentes Fantásticos... Leí el primer cuento, busqué inmediatamente otro, y otro más... y confirmé que lo que primero había sido un leve temblor era una terrible certeza: ¡cada texto recibido en el proyecto Docentes fantásticos era una de las historias que yo había leído en el Cuaderno azul de Marechal!

Yo había leído todos los cuentos, antes de leer el primer cuento.

Del Cuaderno azul de Marechal, recordaba algunos fragmentos, imágenes, ciertas sensaciones... Todas volvían a aparecer en las palabras de los cuentos recibidos que conforman esta Antología. Quiero decir: estoy seguro de que estas historias que hoy tienes entre tus manos son idénticas a las del Cuaderno Azul de Marechal: pero no me atreví a buscar aquel libro manuscrito para comprobarlo.

Querido lector, querida lectora: busca, si quieres, el Cuaderno azul de Marechal en la Biblioteca, en la sección “Obras Generales”, y compara si estos cuentos son idénticos a los que figuran allí. Yo no puedo creer en cosas así, prefiero conservar la duda a confirmar un hecho tan inquietante que no sabría cómo manejar.

No cruzaré esa delgada línea.

Prof. F. Ismael Sinatra

Nota bene: He reunido las piezas siguiendo el caprichoso método de catalogación de historias que Marechal usara en su Cuaderno. Como me había resultado muy interesante, lo anoté tal cual era como para aprovecharlo en alguna clase. Por supuesto, pude ordenar todos los cuentos recibidos a través de Docentes Fantásticos en esa particular agrupación (¡porque ya estaban ordenados así!).

A Marechal, le fascinaba la poesía en general (adoraba recitar a Bécquer) y la poesía del Siglo de Oro en particular. Queda, entonces, cada capítulo bajo el epígrafe de versos que funcionan, de alguna manera, como égida, protección frente a los ejércitos que estuvieron detrás de esta Antología: la casualidad, el azar, otros destinos, la fantasía... No lo sé.

Ad acta.





Marco teórico







De qué hablamos cuando hablamos de *fantástico*

El cuento fantásticos se origina a partir del siglo XVIII de la mano de los autores románticos; durante todo el siglo XIX, la producción de este tipo de relatos fue abundante y originó una serie de reflexiones teóricas sobre su definición, hasta que a fines de la década del '60 del siglo pasado, T. Todorov publicó un riguroso estudio sobre este tipo de textos.

Si seguimos su propuesta, lo *fantástico* se define como la vacilación o ambigüedad que siente el lector ante una fractura del discurso; ya que, luego de un comienzo realista, surgen ciertos acontecimientos o aparecen personajes u objetos que hacen tambalear el universo de ficción construido hasta ese momento. Se busca dar explicaciones de lo ocurrido: a veces de la mano de lo maravilloso (como es el caso de un relato de vampiros o de hombres lobos), a veces a través de argumentos científicos (como en el cuento “El Almohadón de plumas” de nuestro Horacio Quiroga, que desbarata toda teoría sobre la maldad del marido de la difunta, ante la aparición de un parásito que chupa sangre). El lector poco a poco recupera la confianza en el texto porque encuentra explicaciones ante estas aparentes anomalías del discurso, explicaciones maravillosas o realistas.

Al finalizar su libro, Todorov reconoce que la variedad de textos existentes excede su planteo, ya que su análisis se centra en autores y obras del S.XIX. Entonces, atendiendo la variedad de cuentos que son llamados fantásticos, a la hora de intentar definir este tipo de textos, podemos quedarnos con esta idea de *la inquietud o vacilación creada por el discurso* y que el lector sostiene a veces hasta el final de la lectura.

Rosmary Jackson, en su excelente libro *Fantasy*, propone una definición más abierta del género al incluir textos considerados transgresores desde el orden social y/o discursivo; de esta manera, define como realismo onírico a Alicia en el país de las maravillas y parte del Fantasy, o incluye a aquellos autores que trabajan el tema del otro, como Poe, Mary Shelley, y E.T.A. Hoffmann: autores que reflejan el agobio del hombre moderno dentro de la sociedad de masas.

En conclusión, desde la teoría literaria: las variables del discurso, los temas, personajes, etc. permiten incluir bajo esta denominación de “*lo fantástico*”, gran variedad de textos que se los conoce como subgéneros; hemos adoptado esta mirada abarcadora para la convocatoria, en la incluimos: fantasía metafórica, literatura del absurdo, literatura maravillosa, construcción de mundos, terror o misterio sobrenatural, utopías, etc.

Prof. Beatriz Ortiz



Agradecimientos



Deseamos agradecer especialmente a los bibliotecarios, de cada una de las escuelas de la Ciudad, a cada docente que trabajó para dar vida este Proyecto y a los equipos directivos.

Especial agradecimiento Catalina Jones, Gimena Fernández Schmid y al equipo de Recursos Pedagógicos.

Mercedes Miguel

Directora General de Planeamiento Educativo



El astrónomo Carl Sagan contaba que “hubo un tiempo en que los hombres más curiosos creyeron que las estrellas eran fogatas que otras tribus encendían en el cielo. Y que la Vía Láctea era “La espina dorsal de la noche”. Con la lectura de estos cuentos..., extraños, maravillosos, fantásticos..., hemos recorrido los caminos de la fantasía y juntos con lectores y escritores volvimos a iluminar el acto de contar historias. Como ocurre en las aulas, como alrededor de un antiguo fuego, nuevamente, nos hemos reunido para disfrutar de las voces y los relatos.

Ustedes han dibujado una constelación y nos han invitado a disfrutarla.

Esa constelación es este libro. Este libro es de ustedes Docentes Fantásticos!

Agradecemos su participación en el Proyecto **Sé Escritor**, Colección **Mi Primer Libro** y esperamos volver a compartir más encuentros juntos.

¡Gracias!

Equipo: Recursos Pedagógicos





Esta obra constituye una antología
de cuentos que nos invita a descubrir
tiempos, espacios y seres extraordinarios.

Viajando a nuevos mundos, explorando
la imaginación y transformando a nuestros
Docentes en escritores Fantásticos.

